

BELÉN BARROSO

*Confesiones de
una heredera
con demasiado
tiempo libre.*





A Dolores: hermani, tú eres mi Cassandra.

*Y por supuesto, a Jane Austen,
porque si ella no hubiera escrito ningún libro,
¿a quién copiaríamos los demás?*

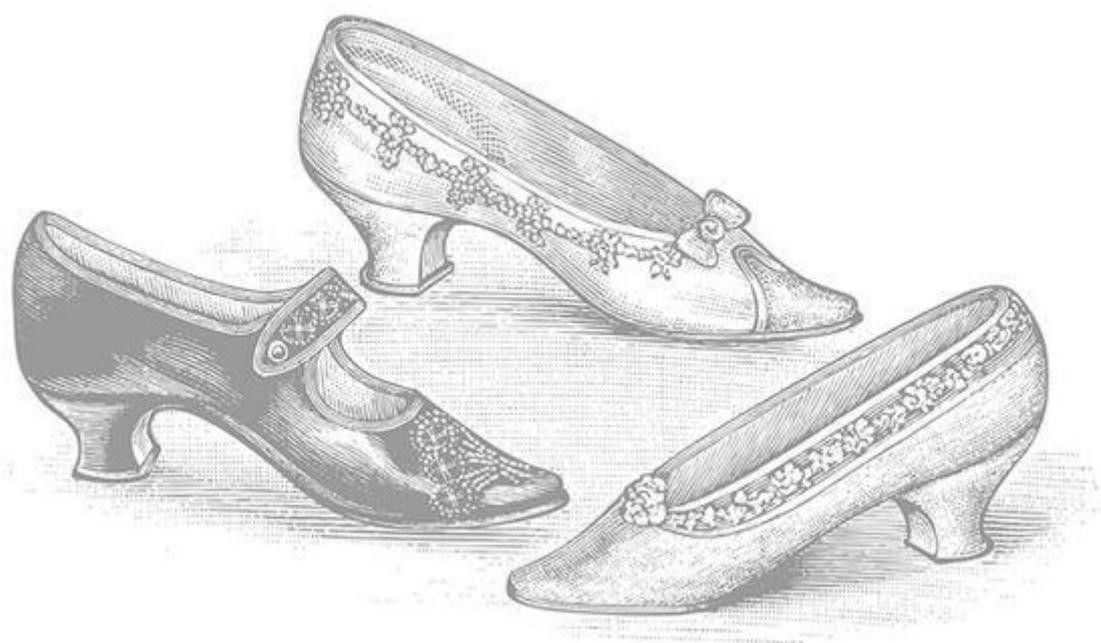




«Con ese libro hacía llevaderas sus horas de ocio
y se sentía consolado en las de abatimiento».

Persuasión







Querida Edwina



«Verdor inglés, civilización inglesa,
bienestar inglés».

Emma



Capítulo 1



Languidecer es muy de señoritas



Querida Edwina,

Los últimos días del invierno languidecen aquí, en Paisley Manors, tal y como languidezco yo. No tengo mucha idea de lo que significa «languidecer», pero espero que sea «estar aburrido hasta el límite», porque es exactamente lo que me pasa a mí.

Así que cuento los días para que comience la temporada social de Langfalls Upon Avon y pueda acudir a bailes y, por fin, cazar marido. Mi madre dice que no debo emplear esas expresiones, pero a ti te lo puedo confesar, estimadísima amiga.

Mi situación es desesperada ya que este año cumpliré los diecinueve y todavía no he recibido ninguna oferta de matrimonio digna de mención. Encontrándome como me encuentro —además de en este saloncito tan cuco— a punto de ser oficialmente una solterona, me pregunto si no acabaré las dos décadas de vida que, siendo optimistas, me quedan en un convento, en vez de

morir en mi tercer parto múltiple, antes de cumplir los veinticinco, tal y como soñamos todas las jovencitas.

Sería un drama que no me casara precisamente yo, que, como sabes, deseaba fervientemente tener muchos hijos para luego dárselos a la nodriza y que de la nodriza pasasen a la niñera, de la niñera a la institutriz, de la institutriz al internado, del colegio a la universidad y de ahí a donde les diera la gana, porque ni creo que entonces yo estuviese viva ni, aunque lo estuviera, me importasen lo más mínimo esas criaturas a las que no habría visto en la vida.

Eso me recuerda que la semana pasada mi hermano pequeño Vincent volvió del internado junto a un amigo para pasar las vacaciones.

Esto nos llena de sentimientos ambiguos al recordar aquellas otras vacaciones en que mi hermanito vino a casa acompañado también de un colega de estudios.

Fue muy emotivo: mi madre le abrazó emocionada y le colmó de atenciones, mi padre le consideró mayor para confiarle la combinación de la caja fuerte. En fin, que tardamos dos días en darnos cuenta de que estábamos abriendo nuestro corazón a un tal Thomas, el amigo que había venido con él.

Algo muy normal, teniendo en cuenta que mi hermano lleva en internados diversos desde los siete años y que, la verdad, estos escolares son exactamente iguales unos a otros con esos uniformes. El compañero tampoco se percató porque no visitaba a su familia desde las Navidades de hacía tres años, aunque no tenía muy claro si realmente las pasó en su casa o en la de algún otro compañero de estudios.

Este año, teniendo fresca en nuestra memoria aquella embarazosa situación —aunque no así la cara de mi hermano menor—, desde que han llegado los escolares hemos estado evitando decir ningún nombre, esperando a que alguno de los dos llamase al otro, y el que no se llamaba Vincent, pues no era. Pero hemos descubierto con horror que los dos se llaman igual y, en consecuencia, no sabemos qué hacer.

Así que, por precaución, los tratamos exactamente igual, y mi padre ya les ha dado una paliza a ambos, sin motivo ni justificación de ninguna clase. Después de lo cual, tanto uno como otro han declarado sentirse como en casa. Sea la que sea.

Recibe un cordial saludo de tu siempre afectísima amiga,



P. D.: ¿Te ha gustado la despedida? Recuerdo que en el internado nos dijeron que lo de «afectísima», signifique lo que signifique, siempre queda bien incluirlo en una carta, así que no pienso olvidarlo ni una sola vez.

Capítulo 2



*Dicen que pasear
es muy sano*



Querida Edwina,

Me permito interrumpir tus habituales distracciones —como torturar a la nueva tercera doncella— y te pido disculpas de antemano, justificándome porque, en primer lugar, en esta casa no se contrata servicio nuevo al que torturar desde que la reina Isabel aún se preparaba el ajuar y, en segundo, porque ha sucedido por fin algo reseñable que contarte en medio de esta paz campestre.

¿Te he dicho alguna vez que de pequeña creía que cuando alguien decía la frase «descanse en paz» se refería a pasar algún tiempo en este condado?

Ahora estoy segura.

En cierta manera la que ha iniciado todo esto esta mañana ha sido mi madre, quien después de verme suspirar me ha preguntado:

—¿Qué te ocurre, hija?

Y es que mi madre me tiene dicho que a las señoritas como yo nunca nos pasan cosas, nos acontecen o, como mucho, nos ocurren.

—Que me aburro.

Me ha mirado sorprendida y algo preocupada.

—¡Como corresponde a una persona de tu clase y condición! Es más, puedes presumir de que tu familia lleva aburriéndose de forma contumaz durante por lo menos cinco generaciones.

Más suspiros.

—Bueno, hija, ¿y por qué no bordas un rato?

—Madre querida, ¿cuando tenía mi edad las jóvenes bordaban para divertirse?

—Más que cuando sus madres las castigaban por insolentes.

Quizá hubiera sido un buen momento para callarme. Pero el aburrimiento ha pesado más que la prudencia y he seguido, y seguido (y seguido) suspirando hasta que las cortinas del saloncito han empezado a moverse de forma ostensible y mi madre me ha propuesto un paseo, o que me volviera al internado, o que me hiciera católica para que yo pudiera irme a un convento y que mis padres pudiesen considerarme muerta.

—Y si echamos de menos a un hijo, te recuerdo que nos sobra un muchacho que no sabemos qué hacer con él; nos quedamos con los dos y así nos quitamos de dudas —ha añadido por último.

Así pues, he decidido salir a dar una vuelta; no por hacerle caso, sino porque ya había cumplido con mi sagrado deber de jovencita de desquiciar a algún adulto por lo menos una vez al día.

En realidad, en estos últimos días no paro de dar paseos. El miércoles, hasta que no vi un cartel que ponía «Está usted entrando en Escocia» y un lago con un extraño animal de largo cuello que emergía de sus aguas, no me decidí a volver a casa.

Esto me recuerda que aún no te he contado lo que ha ocurrido de reseñable. No, no es lo del extraño espécimen acuático, porque ¿quién presta atención a una bestia antediluviana habiendo un futuro marido a la vista?

En definitiva, que esta mañana me he dirigido a las vastas propiedades de nuestro vecino más ostentadamente rico: lord Arlington, por donde casualmente paso a diario y donde casualmente no puedo evitar quedarme mirando con atención, durante por lo menos cuarenta y cinco minutos, las ventanas de su impresionante mansión, Arlington Road, para casualmente averiguar si ya ha vuelto de Londres, o si ha cambiado los visillos, o si el mayordomo se sigue bebiendo su brandy a escondidas, o cualquier otra información de vital importancia.

¡Es increíble la de casualidades que le ocurren a una jovencita con demasiado tiempo libre que vive en el condado más aburrido de todo el reino de su gloriosa majestad!

Casualmente hoy he podido observar que al fin ha regresado de la ciudad. Y también casualmente he pasado por cualquier zona del camino visible desde la mansión con la esperanza de ser invitada a tomar el té. He paseado una y otra vez, a pesar de que el zapato izquierdo me apretaba ligeramente, hasta que he empezado a notar que arrastraba la pierna izquierda. No sé, ¿tú crees que me he excedido?

Al fin he decidido volver a Paisley Manors mientras mantuviera el control parcial de mis extremidades inferiores. Y en cuanto había emprendido el camino a casa, no sin cierta dificultad, cuál no ha sido mi alegría al cruzarme con el joven lord Arlington. Oh, Edwina, ahí se encontraba el soltero más deseable de la región. ¡Y completamente solo y a mi disposición!

Bueno, tan solo le acompañaba un joven desaseado, sin duda un nuevo mozo de cuadras, ya que llevaba de las riendas el corcel de su dueño.

Nota: es posible que esta carta no pueda salir en el correo de la tarde porque llevo un buen rato buscando a alguien en esta casa que me diga alguna palabra refinada que signifique «caballo».

En cuanto le he visto, me he colocado los bucles con discreción, pellizcado mis mejillas y preguntado si mi sombrerito sería lo suficientemente ridículo y, disimulando la incipiente cojera, me he hecho la sorprendida por encontrarle a quince metros de la puerta de su casa.

Él, al verme, ha descabalgado con el donaire que le caracteriza y se ha dirigido a mí, dejando atrás a su montura en manos del mozo. ¿Acaso no es el joven más gentil de Inglaterra? ¿He

dicho ya que es guapísimo? Espera, ahora que lo pienso no sé muy bien si se parece a un tubérculo, pero ¿he dicho ya que es rico? ¿Y soltero?

Pongo aquí un punto y aparte para darte tiempo a que puedas sentir envidia de mí. Ya, ya sé que no eres envidiosa, pero podrías hacer una excepción por mí. Venga, Edwina, mujer, aunque solo sea un poquito. ¿Ya? Bueno, pues entonces,

Recibe un cordial saludo de tu siempre afectísima amiga,



Capítulo 3



El desconcertante final del agradable paseo por la campiña



Querida Edwina,

Como recordarás, puse un punto y aparte en el relato del encuentro con mi gentil vecino, para que el mayordomo se llevara la carta y, de paso, pudieras sentir envidia de mí.

¿Ya? Continúo entonces: mi objetivo marital y yo nos hemos encontrado cara a cara.

Como siempre fui de las alumnas más aventajadas de la clase de buenas maneras de miss Flora, para empezar le he hecho la reverencia esa que nos enseñaron, esa que bajas la cabeza y la pegas con el cuello de la forma más incómoda posible —recordarás que yo era la única de clase a la que no se le caía la aceituna al suelo—, y me he dirigido a él:

—¡Lord Arlington! ¡Qué inesperado placer!

Antes he hablado de mis buenas maneras, nadie ha dicho nada de mi sinceridad.

—Siempre es un honor volver a verla, lady Hawthornetone- Williamsmith. —Mi padre siempre dice que, aunque nos arruináramos, por lo menos siempre seríamos ricos en sílabas.

Envalentonada por lo bien que iba el encuentro, he decidido terminar de lucirme y empezar a ganarme a mis futuros suegros.

—¿Me haría el favor de presentar mis más humildes respetos a sus padres?

—Lo haría encantado, si no fuera porque fallecieron el año pasado, en un horrible accidente cuyo recuerdo aún me atormenta.

—Entonces no hace falta que se tome la molestia.

—En todo caso estoy seguro de que, de seguir vivos, se lo agradecerían.

Me pregunté si habría salido a pasear para matar el tiempo mientras sus arrendados se matan a trabajar para que él siga viviendo en el ocio más insultante. ¿Recuerdas, Edwina? En el internado, cuando todas comparábamos qué virtudes nos gustaría que tuviera el caballero que nos cortejara, unas decían «que sea gentil», otras «buen jinete», «casa en Londres y en el campo», y yo siempre decía «que viva en el ocio más insultante, por favor».

—Y dígame, ¿ha salido a pasear?

—Pues sí, he decidido recorrer el páramo a caballo con mi...

En ese momento, el mozo de cuadras nos ha alcanzado y, para mi sorpresa, ha interrumpido a su amo con un descaro tan ofensivo que no he podido evitar llamarle la atención.

No podría decirte cuáles han sido mis palabras exactas, pero sí que poner en su sitio al servicio es una de las obligaciones propias de nuestra clase en la que nuestro más diligencia y para la que estoy más ampliamente capacitada.

Aunque no hacía más que perder el hilo por culpa de mi noble vecino, que no paraba de toser hasta que me he callado, porque había empezado a preocuparme por su salud y, lo que es peor, por la posibilidad de comprometerme en breve con un tísico.

—Querida lady Hawthornetone-Williamsmith, permítame que le presente a mi camarada de estudios lord Skeffington, mi más querido compañero de la residencia de estudiantes donde nos alojábamos juntos en el ala de los apellidos acabados en «gton».

De repente he visto lo innecesario que ha sido haber perdido el tiempo pellizcándome las mejillas para obtener un color encarnado.

Como he podido, he murmurado algo así como: «LordSkeffingtonesparamíunhonoryplacer».

No podría decirte qué expresión había en su cara porque no osaba levantar la mirada, pero sí le he oído replicarme, en el más glacial de los tonos, un saludo de compromiso y seguidamente añadir:

—Ruego que disculpe mi aspecto, ya que cuando veníamos hacia aquí, hemos oído un disparo de algún furtivo y mi caballo, que ignoraba que íbamos a encontrarnos a una joven tan encantadora —hizo una pausa, no me preguntes por qué—, se ha encabritado derribándome en medio del lodazal que atravesábamos en ese momento, donde han quedado mi chaqueta embarrada y mi sombrero destrozado.

»De mi montura no hemos vuelto a saber nada, aunque, tal y como galopaba, yo iría a preguntar a las carreras del condado, donde, como poco, ha quedado tercero. La próxima vez que sepa que voy a ser presentado a una damisela, le solicitaré a mi caballo que no me derribe, o que por lo menos tenga la deferencia de hacerlo en medio de un lugar más aseadito.

»Al fin, montando el caballo de mi amigo por turnos, hemos atravesado la colina. Pero veo que si nosotros hemos sufrido un percance, no hemos sido los únicos, porque desde lejos nos preguntábamos quién sería la muchacha que, a pesar de caminar cada vez con más dificultad, continuaba dando vueltas alrededor de la casa.

Solo puedo añadir, querida amiga, que cuando he hecho la reverencia esa de bajar la cabeza, he deseado que esta se desprendiera de mi cuello y rodara colina abajo, muy lejos de allí, quizá hasta el lago del extraño animal.

Recibe un afectísimo saludo de tu siempre cordial amiga,



Capítulo 4



Recibo una visita



Querida Edwina,

En contestación a tu amable carta, me place comunicarte que me encuentro mucho mejor. Aunque todo el tiempo transcurrido desde que te escribí lo he pasado sin salir apenas de mis aposentos y del saloncito verde, y me refiero al saloncito verde del ala orientación sur-suroeste, no el otro. He estado reposando en una butaca estilo Luis XV que, por lo incómoda que es, para mí que el tal Luis (fuera quien fuese) no pasaba mucho tiempo sentado.

Lo peor es que, sin tener otra ocupación en mi mente, no como de costumbre, que la tengo muy ocupada pensando en trapitos, no hacía más que darle vueltas en mi linda cabecita al desafortunado encuentro con lord Futuromarido y su discutible amigo.

Eso sí, me ha servido para decidir que tendré buen cuidado en que no le invitemos demasiado una vez hayamos contraído nupcias, yo sea el ama y señora de Arlington Road y pueda echar de

allí sin miramiento alguno a pedigüeños, criados de referencias ambiguas o, sencillamente, a quien a mí me dé la gana.

Todo esto con la delicadeza de formas y miradas coquetuelas que se le suponen a un ángel del hogar, faltaría más.

Pues bien, estaba yo sentadita, entreteniéndome en diseñar mentalmente mis ficticias listas de ficticios invitados que acudirán a mis ficticias veladas, cuando Branson, nuestro mayordomo, me devolvió a la realidad al entrar y anunciarme que tenía una visita.

Me alteré tanto que hasta un rizo se me salió de su sitio.

—No se tratará por casualidad de un caballero dueño de medio condado, ¿verdad? —dije yo, poniendo cara de que no me importaba si venía este o aquel caballero dueño de la mitad de cualquier condado. Como si vinieran a diario, vaya.

En ese momento me imaginaba a mi querido lord cabalgando por toda la región para interesarse por mi salud. O aún mejor, en su landó, para poder traerme más cómodamente un ramo de flores, o todavía mejor, en su carruaje de seis caballos para poder traerme medio jardín. O incluso...

—No, no la visita ningún caballero —contestó Branson, interrumpiendo de golpe mi ensoñación y salvándome de perecer ahogada bajo el peso de cientos de ramos de flores inexistentes.

Y aunque te resulte difícil de creer, creo que advertí una chispa de maldad en su tono. Casi lo afirmaré si no fuera porque me consta que todo el servicio de esta mansión besa el suelo por donde yo piso, o lo besaría si no fuera porque mi padre advirtió severamente que no se pararía en barras con el siguiente criado al que viera en actitud lasciva con el mármol de la escalera.

—La espera mistress Pilgrim acompañada por una señorita.

No solo parecía que se resistiera mi futuro esposo a postrarse a mis pies, es que encima tenía que atender a mistress Pilgrim. Oh, querida amiga, no te escandalices si te digo que no pude reprimir un mohín de disgusto.

Y es que no desconoces que las señoritas de alta sociedad somos las únicas que utilizamos la palabra *mohín* y que hasta sabemos lo que significa.

¡Qué fastidio, Edwina! La viuda Pilgrim, la cotilla local, la más molesta de todas las personas que podían venir a verme.

Y es que los Pilgrim son, con mucho, la familia más desagradable que pueda visitarte de toda la vecindad. Sobre todo cuando se presentan en tropel y, para colmo, se quedan mucho más tiempo del que desearías. Que es ninguno.

—Ah, entonces no me molesto en colocarme el rizo. Es decir, ¿quién es esa señorita que la acompaña?

—No sabría decirle, pero si la llevo a ver sola, la envío a la entrada de servicio para entregarle la colada.

Reconozco que me intrigó vivamente saber por qué mi vecina se presentaba ante mí junto a su lavandera y pedí al mayordomo que las hiciera pasar, sin más demora que mis interminables digresiones mentales.

La señora Pilgrim entró en la habitación y me saludó con unos cuantos enrevesados formulismos que no podría repetirte porque raramente escucho lo que me dice la gente (en especial si son viudas) y porque estaba pensando en cómo describirtela en esta carta.

Tiene el pelo, no, espera, la nariz es... Mira, de verdad, no valgo para esto. Vamos a hacer una cosa: busca el corral más cercano, selecciona la gallina que más rabia te dé. ¿Ya? Ponle un sombrero. Pues ya tienes a mistress Pilgrim ante ti.

Espera, creo que recuerdo algo de lo que farfullaba.

—Querida, querida mía. ¡Veo que se halla postrada! ¿Qué le ha ocurrido?

—Un simple incidente que no reviste la más mínim...

Creo que ni una sola vez he conseguido acabar una frase en presencia de mi distinguida vecina, que pregunta con frecuencia, pero que raramente escucha la respuesta, ocupada como está dando vueltas por la habitación. Ignoro si buscando alguna novedad fascinante en nuestro hogar que poder comunicar al resto de la humanidad, o una puerta que conduzca directamente al gallinero.

No deja de resultar admirable que esta revisión exhaustiva del saloncito la pudiera realizar sin dejar a un lado su principal obligación en el vecindario, algo que algunos podrían llamar «mantenernos al día del devenir de la vida de los miembros de nuestra pequeña comunidad», otros «servir como mensajera entre los vecinos» y mi padre, de forma precisa, «meterse donde no la llaman».

—No sé si sabrá, mi querida jovencita, que la pequeña de los Fitzsimmons, a su vuelta de Londres, ha traído la más horrible colección de sombreros que uno pudiera imaginarse, aunque quizá eso pueda hacer que alguien deje de fijarse en su nariz. ¿No cree? Hubiera sido un error contestarle si lo creo o no lo creo, así que guardé un respetuoso silencio, que es otra manera de decir «seguí pensando en mis cosas».

—Precisamente me lo estaba comentando mistress Delafield a la salida de la iglesia el domingo tras el sermón en el que el nuevo reverendo nos alertó, con tanto acierto, sobre los peligros de la maledicencia. Un sermón precioso, por cierto.

»Después de esto tuvo la gentileza de invitarme a una pequeña reunión en su casa, donde celebramos el cumpleaños de su anciana madre.

»Fue una velada encantadora, amenizada al piano por la anfitriona y por los sombreros de la joven Fitzsimmons. No faltó el jerez con el que todos brindamos por la homenajeadada, incluido el capitán... ¿ha conocido ya a nuestro nuevo vecino, el capitán James Hursthall? Se incorporó hace tan poco a este vecindario y es tan discreto que apenas si sabemos nada de él. Que sirvió en la gloriosa Marina de nuestra majestad durante treinta años, siete meses y tres semanas, que navegó principalmente por...

De verdad, Edwina, no sabría decir por dónde navegó el tal Hursthall, pero por el tiempo que empleó en contármelo, no dudo que la Marina de su majestad, cuando no conoce la hoja de ruta de alguno de sus miembros, acude a mistress Pilgrim para que les saque de la duda.

Mi vecina siguió hablando y remató con un:

—... y después de todo esto ha venido a recalar a este puerto que es nuestro pequeño Langfalls Upon Avon (son palabras del capitán) con la intención de sentar la cabeza e incluso buscar una esposa que le ayude a pasar sus años de retiro y a encontrar la paz del hogar. Yo creo que un hombre de su edad y posición lo mejor que podría hacer es casarse con una buena mujer, algo madura quizá, con cierta experiencia en la vida que...

—Una viuda, podría ser.

—¿Qué? Ni se me había pasado por la cabeza.

Por lo que siguió contando durante un buen rato, y que te resumo amablemente, al que al parecer no se le ha pasado por la cabeza lo de la viuda madura es al tal Hursthall, lo que, conociendo a este ejemplar de viuda madura, se me ocurre que quizá sea por aquello de que quiere encontrar la paz.

Después siguió el cacareo, hasta que al final pude interrumpirla:

—Dígame, mistress Pilgrim, usted que tan bien informada está...

—Oh, no, querida, qué va, me halaga usted.

—Hay algo que realmente necesito saber.

—¿Yo? Pobre de mí, pero diga, diga...

—Es en confianza, ¿eh?

Los ojos de la viuda se iluminaron al escuchar «confianza».

—¿Dígame, querida!

—¿Usted conoce algún buen remedio para el dolor de cabeza?

—Creía que lo que le dolía era el pie.

—Y yo, hasta hace un rato.

Por un segundo pareció que se había quedado sin palabras, pero eso, evidentemente, era solo un espejismo pasajero.

—Puede que sea de aburrimiento, porque estando retenida en casa al encontrarse indispueta, debe usted aburrirse mucho —continuó. Aunque lo dijo sin hacerme ni el más mínimo caso,

mientras inspeccionaba cada vez con menos disimulo el costurero, esta carta, los cajones del escritorio...

Intenté llamar su atención.

—Como verá con su vista de águila, me he entretenido escribiendo cartas. Precisamente ahora iba a escribir a mis parientes de Worcester lo que me ha sucedido, pero, gracias a usted, creo que ya no hará ninguna falta.

—¡Qué ingeniosa es usted! Calle, calle, que me hace reír. Clo, clo, clo.

—Por cierto, dígame a mi tía Albertina que ya tenemos los encajes que nos envió y en perfecto estado.

—Y dígame, ¿ha recibido muchas visitas hasta ahora?

—No tan encantadoras como la suya, estimada señora.

—Oh, querida. —En ocasiones pienso que, por la de veces que me llama «querida», la señora Pilgrim es, sin duda, mi apuesta más segura para contraer nupcias en esta parroquia—. He venido a poner solución a su aburrimiento y me he permitido la libertad de traer conmigo a esta encantadora joven.

Después del tiempo que llevaba sufriendo a mistress Pilgrim, reconozco que había empezado a olvidarme de la muchacha que la acompañaba que, parada al fondo de la habitación, empezaba a mimetizarse peligrosamente con los visillos.

—Tengo el honor de presentarle a miss Thompson.

¡Oh, qué ilusión! Nunca había conocido a un Thompson. Había oído hablar de ellos, de hecho tengo entendido que abundan extraordinariamente, pero jamás había tenido en mi propio saloncito a alguien de nombre tan vulgar.

¿Que cómo era? Diría que su vestido estaba pasado de moda, pero eso implicaría que alguna vez estuvo de moda, lo que sería tan optimista como decir que *eso* era un vestido.

¿Qué más te puedo decir de ella, Edwina? Es una criatura fascinante, creo que es eso que llaman *unapobre*.

Espero que puedas soportar la intriga hasta mi próxima carta, en la que te contaré cómo es tan insólito ser, mientras tanto recibe la cordialidad del saludo de tu afectísima amiga,





*Mi nueva (y pobre, digo,
humilde) amiga*



«Su indiferencia a mezclarse con personas de otra clase
lindaba casi con la falta de principios».

Emma



Capítulo 5



Conozco a una pobre



Querida Edwina,

Disculpa una vez más que interrumpiera mi relato, pero es que Branson me ha sugerido sutilmente que el real servicio de correos de nuestra majestad se niega a recoger cartas con más de tres libras de peso.

Edwina, estimada amiga mía, ¿tú tienes la más remota idea de cuánto pesa una carta? ¿Y de cuánto es una libra? No recuerdo que en el internado nos explicaran nada de esto, que ahí se nos pasaban los días entre las clases de modales y las clases de piano. ¡Uf, con lo que costó aprenderse esas cuatro canciones!

En conclusión, en cuanto veo que Branson pasa por mi lado y mira mi carta carraspeando sutilmente, se la entrego y disimulo porque, entre nosotras, a mí, mi mayordomo me impone mucho.

Continúo, pues. Tan pronto como la señora Pilgrim me presentó a miss Thompson, cuando aún nos estábamos haciendo las reverencias esas de la cabeza gacha y soltando unas cuantas fórmulas con las que expresábamos nuestra increíble satisfacción personal mutua al poder cruzar tres palabras con una persona de la que jamás habíamos tenido la más mínima noticia hasta el momento, nos interrumpimos al oír que alguien entraba en el saloncito.

En concreto entraban tres miembros de mi familia: mi padre y sus dos perros.

—¿No habré dejado aquí mi...? Oh, mistress Pilgrim, qué inesperado placer.

Pero por la cara que ponía, créeme, Edwina, inesperado, puede, pero placer, lo que se dice placer, no sentía. La viuda, sin embargo, sí que parecía muy contenta.

—¡Lord Hawthornetone-Williamsmith! ¡Qué caro es usted de ver!

—Bueno, ya sabe, mis obligaciones me mantienen muy ocupado y no puedo alternar en sociedad tanto como...

Pilgrim le interrumpió, una de sus aficiones favoritas:

—El otro día se lo comentaba a los Fitzsimmons en una pequeña reunión que se produjo para dar la bienvenida a su adorable hija, hecho este que aproveché para expresarle a sus padres lo elegante que ha vuelto de su viaje a Londres.

—No dudo que fue una velada deliciosa, ya que...

—Se formaron varias mesas de *whist* y le echamos mucho de menos, hubiera sido usted mi pareja de juego.

—¡Oh, no! —exclamó empalideciendo—. No, no, no puedo imaginarme nada mejor que compartir mesa de juego con una dama tan...

Nunca sabremos qué clase de dama «tan» considera mi padre que es la viuda, porque, como de costumbre, le interrumpió.

—Lord Hawthornetone-Williamsmith, no estará usted escondiéndose de mí, ¿verdad?

—No lo suficientemente bien, por lo que veo.

—Es usted terrible, clo-clo-clo, terrible —dijo nuestra invitada riéndose, si es que a eso se le puede llamar reírse, moviendo mucho la cabeza, haciendo que el pajarito de su sombrero subiera y bajara como dándole la razón.

Mi terrible padre miraba a ambos lados estudiando una retirada a tiempo, que ya se sabe que es una victoria, pero no fue lo suficientemente rápido y la viuda atacó certera.

—Precisamente estaba deseando comentarle a usted lo necesaria que es la contribución de un miembro tan respetado de nuestra parroquia a nuestra próxima colecta que...

Es curioso, pero en cuanto mi padre escucha la palabra «contribución» recuerda de forma instantánea la necesidad de hallarse en cualquier otro lugar; mejor dicho, esto le ocurre cuando oye esa palabra o cuando se encuentra con mistress Pilgrim, hechos estos que casualmente suelen suceder al mismo tiempo.

Farfulló una excusa y giró sobre sus talones, que es la manera más elegante de decir que se marchó por donde había venido, y la viuda le siguió aleteando.

Suspiré y me puse cómoda. Ahora que me había quedado sola ya estaba a punto de quitarme los zapatos cuando escuché una tosecilla. Era *la pobre*, que seguía al fondo del salón con la misma cara de cortina de antes.

—Oh, disculpe, no me había dado cuenta de que seguía ahí, esto... miss Thompson, ¿verdad?

—Tranquila, lady Hawthornetone-Williamsmith, me ocurre con frecuencia.

En vista de que mistress Pilgrim parecía haberse olvidado de ella, supuse que o bien debía darle algo de conversación u ordenarle realizar alguna tarea, cosa que, bien pensado, quizá no hagan todos los pobres por definición, sino solo algunos en concreto como «la primera doncella», «el ama de llaves», «el segundo lacayo», digamos pues, los pobres con cargo.

—Disculpe, miss Thompson, creo que no la he visto anteriormente en el vecindario. Claro que con su tendencia a confundirse con las tapicerías es posible que haya recibido su visita en más ocasiones y no me haya dado cuenta.

—Oh, no, llevo muy poco tiempo en Langfalls Upon Avon. Me trasladé recientemente aquí con mi padre, el nuevo pastor.

¡La hija de un clérigo! Eso lo explicaba todo. Mi madre dice que aquí, en el campo, es obligación de la nobleza alternar socialmente con gente que no pertenece exactamente a su clase, pero que ocupan un cierto lugar dentro de la escala social rural, como el pastor y su familia o la cotilla local, cargo que en nuestro condado ocupa de forma vitalicia mistress Pilgrim.

Pero desde que volví del internado, no recuerdo que hubiéramos tenido por aquí ningún ejemplar de «hija de clérigo» con el que tratar, o quizá siempre tuve algo mejor que hacer que hablar con una.

—Qué original ocupación. Siéntese, siéntese. Tengo ganas de saber cosas de alguien tan inusual, sin ir más lejos, nunca había conocido a nadie que ignorara de tal manera los dictados de la moda.

—Qué amable es usted. Si es capaz de guardarme un secreto, le diré que no puede saber hasta qué punto te deja los pies destrozados una caminata por estos senderos.

—No se crea, me hago una idea.

La jovencita continuó hablando:

—Mistress Pilgrim está organizando una recogida de fondos para una actividad cualquiera que tanto mi padre como yo somos incapaces de recordar y me arrastra de casa en casa para que la ayude.

—Oh, qué desagradable —contesté al imaginarme tener todo el día a tan gallinácea compañía. Quizá me leyó la mente, porque, con su siguiente frase, me pareció que me respondía.

—No se crea, al principio iba yo sola a estas visitas, pero en todas las mansiones me enviaban directamente a la puerta de servicio y me preguntaban dónde había dejado la colada y si había planchado bien las camisas del señor de la casa. ¿Se lo puede creer?

—Inconcebible, no tengo ni idea de en qué clase de lugares han podido creer semejante cosa.

Una vez roto el hielo, decidí averiguar algunas cosas sobre ella, dado que la joven había conseguido despertar mi curiosidad. Además, había comprendido que, pese a ser eso que llaman *pobre*, parecía que dominaba ciertos modales básicos, lo que a falta de nadie mejor con quien hablar la convertía en, digámoslo así, una *pobre tolerable*.

—¿Le apetecería un té, querida? Si es que me permite que me tome tantas familiaridades y la llame querida.

—Sí y sí —contestó y soltamos las dos una risita igual de estúpida—. Dígame, ¿dónde queda la cocina?

—No tengo ni la más remota idea. ¿Por qué lo pregunta?

—Para saber dónde puedo encontrar una tetera, agua, azúcar... Esas cosas que se suelen utilizar para tomar el té.

—Oh, no querida —dije haciendo sonar una campanilla muy fina que siempre tengo a mano por si me aburro y decido que mis criados hagan algo por mí—. El té nos lo preparan y nos lo traen. ¿Acaso usted no tiene servicio?

Mi invitada me miraba sorprendida.

—¿Servicio de té? Bueno, sí, una tetera y cuatro tazas, aunque una está muy descascarillada y solo la saco cuando viene la viuda Pilgrim.

—Criados —le respondí—. Pregunto si no tiene usted personas que trabajen a su servicio.

—¿Vale tener perro?

—Yo diría que no.

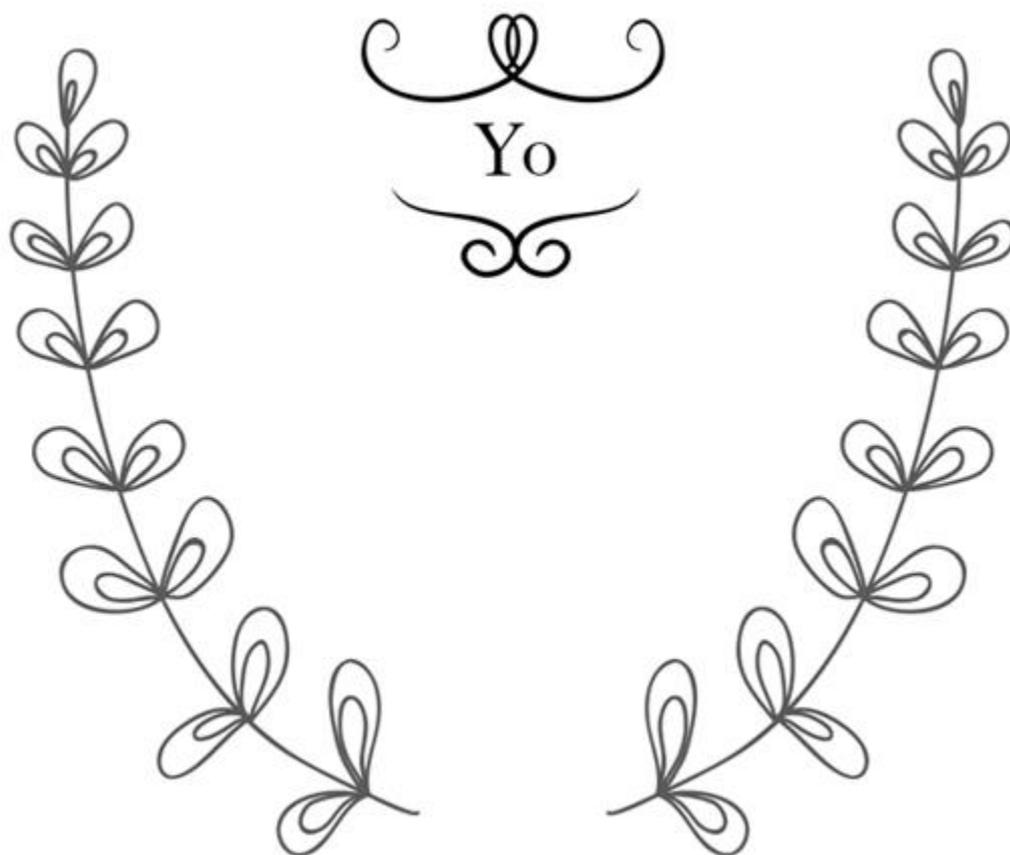
—Da igual, tampoco tenemos —suspiró—. Una vez tuvimos un basset, pero, como era una boca más que alimentar, hubo que decidir si nos quedábamos con él o con mi hermano pequeño Arthur.

—¿Y quién ganó?

—¡Me ofende la duda! ¡Somos ingleses! El basset, por supuesto. Pero se fue con un vecino que le daba más de comer y nos tuvimos que quedar con Arthur.

Si quieres conocer el resto de las desgracias de los Thompson y si el cachorro volvió con ellos o debieron conformarse con el pequeño Arthur, me temo que tendrás que esperarte a mi siguiente carta, porque Lucy entra ya a ponerme los bigudíes y siempre me dice que si no los llevo un mínimo de doce horas diarias mi pelo se pone imposible, y sé que comprenderás que entre un

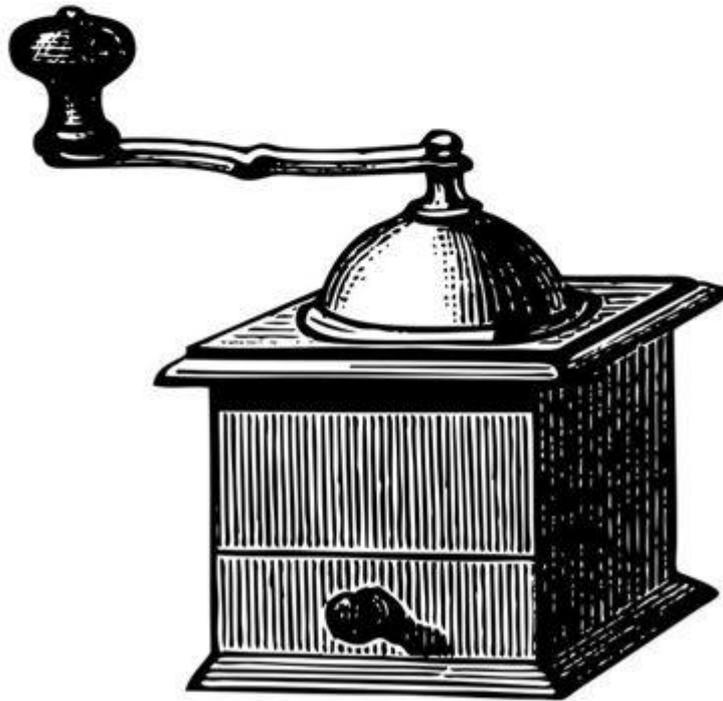
pelo factible y un final improbable, escoja lo primero; en todo caso, recibe un afectísimo saludo de tu cordial amiga,



Capítulo 6



Lo que la pobre contó



Querida Edwina,

Creo que interrumpí mi relato cuando mi nueva amiga me acababa de hacer la más asombrosa de las revelaciones: ¡no tiene servicio!

—No, milady, me temo que todas las tareas de mi pequeño hogar las realizo yo sin, digamos, intermediarios.

Te juro, Edwina, que me hubiera caído redonda en el sitio si no fuera porque no me había tomado la molestia de levantarme en toda la tarde.

—¡Nadie le arregla el pelo, nadie le cose la ropa! —exclamé, lógicamente escandalizada.

—Yo misma lo hago todo.

—Eso explica muchas cosas, querida, eso explica muchas cosas.

En ese momento, Branson respondió a la llamada de la campanita y al tiempo que le ordenaba que nos trajera el té pude recuperarme un poco.

En cuanto se hubo ido, continué cada vez más intrigada por mi exótica visita:

—¿Cómo llegaron aquí exactamente su padre y usted? ¿No tienen más familia?

—Verá usted, mi padre era pastor en un pequeño pueblecito del norte.

La interrumpí, sobre todo porque se veía que aquella historia iba para largo y no me gusta estar mucho tiempo sin meter baza en mi propia casa y en mi propia carta.

—Aquello debía de ser bonito, sin duda.

—Ni idea, nunca lo conseguí ver entre la niebla, la lluvia y la nieve.

—Continúe, por favor.

—Mis padres se instalaron allí recién casados, años ha. Mi padre se dedicó a sus obligaciones como párroco y mi madre se mantuvo bastante ocupada dando a luz a un número indeterminado de hijos de los cuales sobrevivimos once. Sus últimas palabras, antes de que el Señor se la llevara de nuestro lado, fueron: «Y yo que pensé que me iba a aburrir en un pueblo tan pequeño».

—Mis más sentidas condolencias —intervine.

—Es usted muy amable, pero estoy segura de que ahora está en un lugar mejor.

—En el cielo, sin duda.

—Supongo, pero... ¿ha estado alguna vez en algún lugar peor que la modesta casita de un clérigo, rodeada de once criaturas que piden de comer, juegan, gritan y se atacan las unas a las otras con odio fraternal? —me preguntó.

—No.

—Ella tampoco hasta que se casó, pero estoy segura de que, esté donde esté, será mejor que eso. —Tomó aire y continuó—: Cuando falleció, mi padre, en su sermón, aseguró que descansaba en paz, que falta le hacía a la pobre mujer.

Como miss Flora nos decía en clase, hice lo que debe hacer una señorita cuando no sabe qué decir: exclamé «Oh» y la dejé proseguir con su relato.

—Respecto a mí, con diez hermanos varones, heredé el cargo de mi madre y me he pasado los últimos años lavando, cocinando y, sobre todo, rezando para que se fueran todos de casa pronto.

»Afortunadamente, a día de hoy, entre los que han abandonado el hogar para contraer matrimonio, los que continúan la labor de mi padre en la Iglesia, los que estudian, los que están en el ejército y un par de ellos que un día salieron a pescar y de los que no hemos vuelto a saber (ni a preguntar) nada, todos han demostrado tener mucha prisa en dejar atrás nuestro modesto hogar y nuestro aún más modesto condumio.

»Un día, mi padre llegó a casa y me dijo muy serio:

»—Querida hija mía, nos hemos quedado solos tú y yo. ¡Qué vacía parece la casa!

»—Sí, padre.

»—Es la primera vez que veo esa esquina, siempre había algún niño delante. —Suspiró y continuó—: ¿Qué te parecería la posibilidad de dejar esta parte del país y vivir en otro pueblo? Me han hablado de una parroquia que ha quedado vacante muy, muy, muy al sur.

»—¿Deseáis abandonar nuestra casa para olvidar a todos los hijos a los que ya no podéis ver?

»—No, Anémona, hija mía, he pensado que tan lejos no nos encontrarán si se les ocurre volver.

No pude evitar exclamar:

—Lo último que deseo es resultar impertinente, pero una pregunta me inquieta. ¿Realmente se llama Anémona?

—Sí, creo que mis padres me lo pusieron por algo que se les había muerto hacía poco. No sé, una hija, madre, tía o planta, ahora mismo no lo recuerdo.

Yo, la verdad, llevaba demasiado tiempo sin hablar de mí misma y ya mi cabecita empezaba a desviarse hacia lo que se desvía cada cinco minutos aproximadamente: ropa y jóvenes casaderos. Así que vino a mi mente algo que unía ambos temas.

—Y dígame, querida, ¿ya la han presentado en sociedad? ¿Ha acudido ya a algún baile?

Soltó una risita.

—Oh, no, milady. Las hijas de los párrocos no vamos a bailes.

—Entonces, ¿dónde rechazan, con la debida donosura, a sus pretendientes?

—Quien no tiene dote no suele tener pretendientes —dijo ya sin tanta risa.

—¿De veras? ¿Siempre es así?

—Eso me temo.

—Pues qué casualidad, ¿no?

En ese momento entró Branson, que nos traía el té. Con la cara de superioridad moral con la que siempre se dirige a la familia —mi padre dice que el mejor mayordomo es aquel que es capaz de hacer sentir a un duque como a un simple lacayo sin dejar de abrillantarle los zapatos—, nos explicó que al no esperarse invitados aquella tarde (más cara de asco), habían tenido que improvisar un servicio de té con apenas tres tartas, cinco tipos de bollería y sándwiches de menos de ocho clases distintas.

Para cuando se retiró, no sin que antes le hubiera pedido mis más humildes disculpas y suplicarle que se las transmitiera igualmente a la cocinera, ya había tomado una decisión y se la expliqué a mi acompañante.

—Querida amiga, conocer todas sus desgracias me ha hecho tomar una firme decisión y lo que he decidido es ayudarla. ¿Qué me dice? —exclamé muy satisfecha.

Pensé que se lanzaría a mis pies para besarlos agradecida. Pero tan solo la oí masticar trabajosamente al mismo tiempo un *scone* y dos sándwiches de pepino.

Bien pensado, lo de besar los pies me parecía hartamente desagradable, especialmente en mi estado de postración actual, así que decidí tomar sus intentos de respirar entre bocado y bocado como un sí y continué:

—Querida... Aném... Amiga mía, he decidido presentarla en el próximo baile que se celebre en nuestro concejo. La ayudaré a brillar en sociedad. Conseguiré que los jóvenes solteros dejen de ponerle sus abrigos encima al verla, le encontraré un pretendiente adecuado y, de paso, dejaré de aburrirme tanto y dejaré de aburrir también a mi amiga Edwina con interminables y siempre inconclusas cartas.

Consiguió tragar y me dio las gracias, o eso me pareció entender.

—Y lo primero, querida, será mejorar sus modales en la mesa —le dije sin poder evitar mirar cómo se intentaba guardar toda la comida posible en su bolsito.

—Son para el perro.

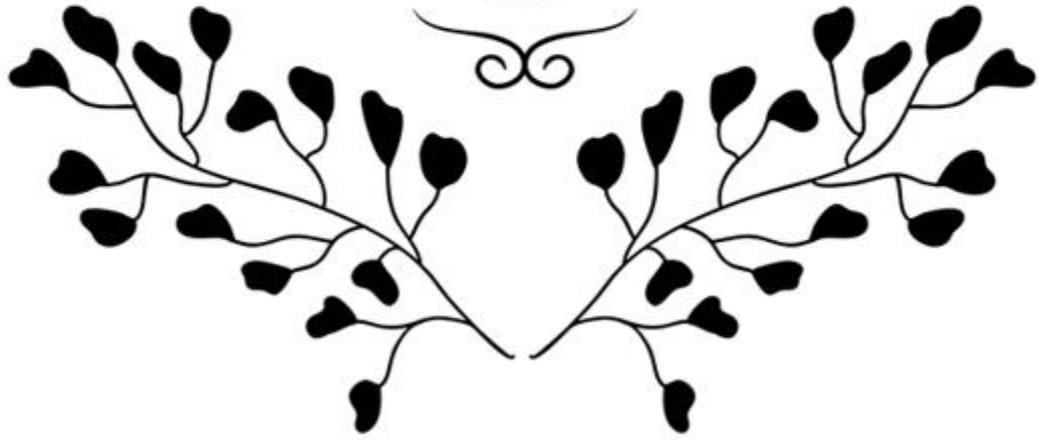
—Pero ¿no me había dicho antes que no tenían?

—Quizá consiga tener uno, ahora que puedo alimentarlo.

En fin, Edwina, qué bien se siente una al iniciar una obra de caridad, si llego a terminarla, te diré cómo me siento; de momento me despido de ti deseándote que recibas la cordialidad del saludo de tu afectísima amiga,



Yo



Capítulo 7



Jugando a las muñecas



Querida Edwina,

Como ves, respondo con un inaceptable retraso a tus últimas dos cartas en las que me contabas tus apasionantes compras de sombreros, en la primera, y de sombrereras, en la segunda. Lo lamento profundamente.

En esta ocasión tengo demasiado que contarte para dedicarle más tiempo a este tema, pero contéstame a vuelta de correo si esta disculpa te parece suficiente o, si no es así, qué otra te parecería más en su lugar, y no dudes que la recibirás en la primera carta en la que vea que me queda media cuartilla libre y no sepa qué más contarte.

Pues bien, estimadísima amiga, no te he escrito hasta ahora porque me hallo tremendamente empeñada con mi nueva ocupación: ayudar a miss Thompson, mi pobre de cabecera, a entrar en sociedad. Te aconsejo que te hagas de inmediato con tu propia pobre. ¡Nunca te aburrirás!

De verdad que no lo había pasado tan bien desde aquellas Navidades en las que me regalaron un poni. En realidad, mucho mejor, porque ese extraño intento de caballo, pasada la novedad inicial, resultó ser aburridísimo, además, que quede entre nosotras, pero siempre le noté algo resentido con el resto de la cuadra.

Me solicitas (cómo somos, ¿verdad, Edwina?, que solicitamos en vez de pedir) que te cuente más cosas de mi pobre y te complaceré: no solo puedo ser su maestra por mi superior posición social, sino también porque apenas ha cumplido los diecisiete, lo que me permite mirarla con desdén desde la altura de la experiencia y sabiduría que he atesorado en mis dieciocho años de edad.

También he averiguado que los colgajos que trajo puestos a mi casa el primer día constituían la mitad de su vestuario y que, con tan pocas opciones, ahorra muchísimo tiempo al no tener que pensar qué ropa ponerse cada día.

Y que todo ese tiempo que ahorra lo podía emplear en lavar, fregar, cocinar y otras mil cosas que al parecer la mantenían tan entretenida que no tenía ni un momento para plantearse si era desgraciada o no. ¡No sabía que los pobres pudieran ser tan afortunados!

Volviendo a un tema mucho más interesante —yo—, puedo contarte que en estas semanas no he parado de:

—Buscar ropa mía que ya no necesitaba para vestirla.

—Cambiarle el peinado a mi antojo.

—Proponerle nuevos nombres que me resulten menos enojosos.

Sé lo que estás pensando (aparte de que mi protegida llorará de alegría al verme cada día): que mi altruista entrega me habrá dejado agotada, y es cierto. No es tan sencillo pasarse el día ordenando a la doncella:

—Lucy, busca ropa vieja que ya no necesite para vestirla.

—Lucy, cámbiale el peinado a mi antojo.

—Lucy...

¡Créeme si te digo que hasta me duele la garganta de tanto llamar al servicio!

A pesar de eso, no me he arrepentido ni lo más mínimo de haberla tomado bajo mi protección, cual pajarillo que se hubiera caído del nido y al que rescatas privándote del delicioso espectáculo que sería ver cómo algún gato lo tortura, descuartiza y devora lentamente. Pero así somos las almas sensibles.

Hasta mi mayordomo se ha admirado de mi altruismo y ayer mismo, cuando me anunció la llegada de mi protegida, no pudo evitar alabar mi actitud con estas sentidas palabras.

—Me alegra ver que milady disfruta de la mayor alegría que encuentra un rico al ayudar a un pobre: el saber que por mucho que le ayude siempre seguirá siendo más rico que él.

Y es que está claro que Branson adora a esta familia.

Quizá he tenido algún momento de desaliento, como cuando he comprobado que alguno de mis vestidos viejos le quedaba mejor a ella que cuando me lo ponía yo, y eso que entonces era nuevo.

Pero esto lo he solucionado añadiendo algún floripondio especialmente horrendo, porque no hay vestido lo suficientemente bonito que no consiga estropear un adorno lo suficientemente feo.

Gracias a esta pequeña obra de caridad he descubierto que tengo un gusto innato por la moda que pongo en práctica con miss Thompson, cuyo color es, definitivamente, el avena. A veces ella murmura con timidez:

—Es que... el azul es tan bonito.

—No, amiga, el avena es el color que mejor le va. ¡Es que es ponerse al lado de un plato de *porridge* y se le ilumina la cara!

—Si usted lo dice... bueno, es evidente que sabe más de ropa y de tantos temas. Yo no conozco la buena sociedad como usted, así que le agradezco sus consejos. Cuántas noches, sola frente a la chimenea, remendando alguna camisa, me preguntaba dos cosas, una, por cuántos de mis hermanos habría pasado ese trozo de tela que sobrevivía a duras penas, y otra, cómo serían esos bailes de sociedad, quiénes serían sus invitados, de qué temas hablarían... Usted, sin embargo, estará acostumbrada a mantener conversaciones tan interesantes, con gente tan inteligente.

—Supongo que podría decirse así —contesté, intentando recordar una sola conversación oída en un baile que no se refiriera a cuántos acres tenía quién y si ese vestido ya lo había llevado más veces mistress Delafield.

—No sé si sabré estar a la altura de esas conversaciones tan, ¿cómo decirlo?, tan sofisticadas.

—¿No le parece que está lloviendo poco para esta época del año?

—¿Cómo? Bueno, sí, no es muy habitual, aunque como no soy de la zona, no sabría decirle, en el norte llovía mucho en cualquier época y...

—¿Ve? Es usted capaz de hilar más de dos frases seguidas sobre el tiempo. ¡Ya tiene conversación más que suficiente para entrar en sociedad!

Y así han transcurrido estos días. Reconozco que me he sentido algo decepcionada al ver que de lo de llorar de alegría en mi presencia, nada.

A cambio, he podido confirmar que sus modales son bastante aceptables, pero he complementado su educación transmitiéndole todo lo que a nosotras nos enseñaron en el internado de señoritas.

Y debe ser extraordinariamente despierta porque no ha tardado más que unas pocas semanas en aprender a la perfección todo lo que nos inculcaron a nosotras en varios años: hacer mohines, reverencias, saludos enrevesados y todas las frases que sabemos en francés. ¡Las cuatro!

Me he ahorrado, eso sí, lo relativo a cómo hablar a los criados de manera que parezca que tienes mucha confianza en ellos, pero dejando muy claro que ellos no deben tenerla contigo. Que total, para lo que le iba a servir...

Hasta mi familia se ha acostumbrado a ella y ha pasado de ignorarla soberanamente a reconocerla, vagamente, entre una multitud. Y digo soberanamente porque en otras familias ignorarán a la gente, pero nosotros, gracias a nuestro noble origen y lazos con varias familias reales, nosotros ignoramos como solo sabe hacerlo un auténtico soberano.

Pues bien, ya no la ignoran soberanamente, como hacen con casi toda la humanidad, *mais non* (y aquí va la cuarta parte de mis conocimientos de francés), la tratan con tanta deferencia que hasta han dejado de llamarla *cortina*.

Es más, mi madre me ha pedido que la deje de llamar pobre porque al parecer el nombre correcto para este tipo de gente es *humilde* o *sencilla*.

Así que, resumiendo todo lo anterior, Edwina, no dudes en buscarte a tu propia *humilde* o *sencilla*.

Respecto a mi padre, diré que a menudo la confunde con Lucy, mi doncella, y hasta ahora no le ha dedicado ni tres palabras seguidas, o sea que podríamos decir que la ha acogido como a una hija más.

Y es que mi padre hace poca vida de familia, al encontrarse inmerso de pleno en la temporada de caza, que por lo que he podido comprobar desde mi vuelta, a veces se alarga hasta once meses al año.

O incluso más.

Incluso los revoltosos Vincent han sido capaces de interrumpir su imparable actividad física, que les entretiene horas y horas cabalgando, corriendo, saltando o haciendo cualquier cosa que hagan los jóvenes de buena familia por ahorrar a sus familias el engorro de su presencia, para ser presentados.

Ocurrió un día que los encontramos cuando estábamos dando una vuelta por la rosaeda que se halla detrás del pabellón oeste, al que habíamos ido a parar, en parte, porque quería enseñarle todos los jardines de Paisley Manors y, en parte, porque esto es tan grande que siempre me acabo perdiendo.

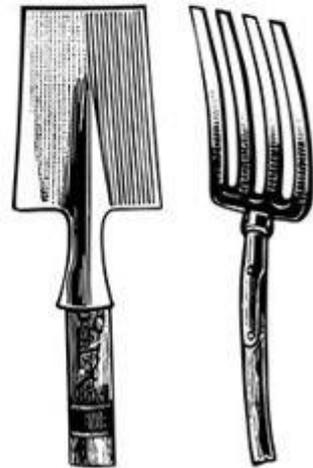
Pero estoy pensando, mi querida amiga, que quizá sea conveniente que antes de nada te explique cómo son los jardines que rodean mi humilde casa que... a quién quiero engañar, mi impresionante mansión. En fin, que para describirte cómo son, será mejor que dé por finalizada esta carta y comience una nueva, no sin antes desearte que recibas un afectísimo saludo de tu cordial amiga,



Capítulo 8



El campo de batalla



Querida Edwina,

Tal y como te prometí, paso a explicarte cómo son los impresionantes jardines que rodean mi casa, aunque lo de «impresionantes» es posible que te haya dado una pista.

Los jardines de mi querida Paisley Manors son tan increíblemente hermosos que no tengo palabras para describirlos. Reconozco que tampoco las tendría si su belleza fuera un poco más verosímil, porque ya sabes que no practico el arte de la descripción física, sobre todo si me sacan de los animales de granja, a los que comprenderás no dejamos entrar en los jardines por motivos obvios.

Según cuenta mi padre, en alguno de los raros momentos en que disfrutamos de su conversación —y digo bien «disfrutamos» porque son ocasiones en las que no solo no está de caza, sino que tampoco está hablando de cuando se va de caza—, pues bien, en una de esas ocasiones excepcionales nos explicó que tradicionalmente la mansión contaba con un, según sus palabras, «sólido jardín británico».

—Sin embargo, no era yo más que un niño que aún jugaba con rifles de juguete cuando se puso de moda el jardín francés —gesto de disgusto—, que resultó ser algo extraordinariamente

enrevesado, como no podía ser de otra manera, viniendo como venía de un país tan aficionado a la mantequilla.

»Y cuando nos quisimos dar cuenta, nuestro adorable y sencillo jardín inglés se había convertido en un intrincado laberinto de arbustos, en el que en los años previos a mi marcha al internado, perdí tres peonzas, más pelotas de las que puedo recordar y a dos institutrices.

»Así que hablo con conocimiento de causa cuando afirmo que, a lo largo de mi vida, la invasión francesa que siempre me ha aterrorizado no han sido los jacobinos, ni los masones, ni Robespierre ni ese tal Napoleón, no, los franceses que constantemente acechan a Paisley Manors son los setos que amenazan con invadir los caminos y, si no nos andamos con cuidado, la casa entera, motivo por el cual considero mi deber como señor de estas tierras y cabeza de familia mantener a un auténtico batallón, ¡qué digo batallón!, a un ejército completo de jardineros, aunque eso me suponga una cantidad de gastos que no creo que sea inferior a los que origina nuestra gloriosa Marina real.

Pues bien, Edwina, el general de este batallón, el jardinero en jefe, se llama Webster y lleva con la familia desde que yo puedo recordar. Se ve que es realmente un militar vocacional, un hombre que lleva lo bélico en sus venas, ya que, por lo que Lucy comenta, no contento con la dura batalla que libra día a día contra arbustos y enredaderas, también mantiene una silenciosa pero encarnizada guerra contra Branson.

Me ha revelado también que estos dos bandos cuentan a su vez con potencias aliadas. Por una parte, las fuerzas de Branson encuentran apoyo en las del ama de llaves, mientras Webster ha firmado una alianza inquebrantable con la cocinera, a su vez irreconciliable enemiga del ama de llaves. Esta contienda no sé si habrá causado muchas víctimas, pero al parecer proporciona interminables horas de conversación en el comedor de los sirvientes.

Pero volviendo al jardín y al ejército de sirvientes que supone, si quieres que te diga la verdad, si no fuera por las muchas quejas de mi padre sobre los gastos que genera esta ininterrumpida campaña militar y lo colorada que llega a veces Lucy comentando que algún joven jardinero se ha incorporado al cuartel, yo sería incapaz de diferenciar a los numerosos soldados del batallón vegetal.

Por lo visto, todos comienzan como reclutas, y como tales, aparecen mal vestidos, despistados y siendo casi niños, dispuestos a iniciar la vida militar al servicio de su señoría, que no es como se refieren a mi padre, según dicen las malas lenguas, sino a Webster.

Ahora que lo pienso, nuestro jardinero guarda cierto parecido con Hursthall, a pesar de pertenecer a ejércitos diferentes, uno de la Marina y otro de tierra (y nunca mejor dicho). Y no me refiero solo a su aire marcial, o a su escaso pelo entrecano, sino a que ambos cuentan con un frondoso bigote y a que lucen el ceño eternamente fruncido de los que a menudo miran al cielo convencidos siempre de que saben qué tiempo va a hacer.

No sé cómo se comportaría el capitán Hursthall con los hombres a su cargo, pero respecto a Webster, gracias, una vez más, a la información que me proporciona Lucy, puedo asegurar que nuestro coronel botánico si bien ofrece algunas pruebas de cierta deferencia con los oficiales de sus fuerzas, con la tropa se muestra singularmente duro y con los reclutas... con los reclutas es sencillamente implacable.

Todo esto que te he explicado no es sino una introducción para que comprendas, por una parte, cómo es el escenario de mis paseos con miss Thompson y, por otra, por qué cuando se produzca tu anhelada visita, es tan importante que no se te ocurra aventurarte sola por los jardines. Por favor, Edwina, no lo hagas, no solo es posible que nunca jamás volvamos a encontrarte, sino que, de hacerlo, habrás visto, y sobre todo oído, cosas que te acecharán en horribles pesadillas.

Como ves, deseo protegerte de todo lo que no fui capaz de proteger a la pobre Anémona, perdón, a la *humilde* Anémona. No tengo excusa, lo sé, pero había amanecido un día extraordinariamente soleado, me pareció que el campo de batalla se encontraba inusualmente tranquilo y me sentí súbitamente aventurera, además de profusamente adverbial, como habrás advertido.

En definitiva, que aquel día paseábamos ambas por los senderos, cuando comenzamos a escuchar una voz rota que emitía todo tipo de improprios e insultos que no puedo reproducir, más que

por el candor del que debe hacer gala una señorita, porque, con franqueza, no había oído nada semejante en mi vida. ¿Cómo pude saber entonces que se trataba de palabras... gruesas? Pues solamente lo supongo, pero, por el tono en el que se proferían, creo que puedo asegurar, sin temor a equivocarme, que no se trataba de poesía galante.

¿Que por qué no saqué a mi protegida de ese polvorín? Pues me hubiera gustado, créeme, y de hecho es lo que intentaba, pero gracias a la caprichosa estructura de laberinto que conforma el jardín, cuanto más intentaba alejarme del epicentro de la batalla, más parecía que nos acercáramos a él. Yo hacía lo posible por aparentar que no escuchaba aquellos exabruptos y que no emprendía la retirada por cobardía, sino por la fuerza de los elementos:

—Oh, vaya, parece que está empezando a refrescar un poco.

—Un poco sí, es verdad.

—A lo mejor sería conveniente que volviéramos a la casa.

—Sí, lo veo muy aconsejable.

Pero el desastre era inevitable y al final me rendí a la fatalidad y, de paso, dejé de intentar mantener una conversación socialmente aceptable que tapara aquella retahíla.

Por fin nos encontramos con el escenario de la batalla: Webster, el coronel en jefe en persona, transportaba un arbolito con la ayuda de un desgraciado muchacho boquiabierto al que iban dirigidas todas las imprecaciones que llevábamos escuchando hacía rato, aunque en su defensa diré que lo de «con la ayuda» es una forma de hablar.

Carraspeé para anunciar nuestra presencia pensando inocentemente que tan sutil señal podría interrumpir la refriega. Por fin, ya muy cerca de ellos, tuve que decir, o más bien exclamar:

—Buenos días, Webster.

Sorprendido, el estratega de la floresta exclamó, o más bien gritó:

—¡La señorita! Buenas tardes, buenas tardes. Muchacho, para, para, ¡para! —El recluta, asustado, soltó el bulto de golpe provocando otro grito de Webster—. Buenos días, milady —me saludó el general y después, dirigiéndose a miss Thompson, dijo—: Buenos días, señorita.

El jefe de los jardineros sujetaba el sombrero que se había quitado rápidamente y saludaba bajando la cabeza, aunque no tanto como para no ver que el zagal nos seguía mirando boquiabierto y sin reaccionar.

—¡Tú, quítate el sombrero! —le ordenó, dándole un golpe con el suyo—. ¡Que te lo quites o te lo quito yo de un golpe!

El pobre muchacho, al que no le auguro grandes éxitos en su carrera militar, se quitó el sombrero por fin.

—Saluda, chico, saluda.

—Buenos días —susurró el pobre recluta dubitativamente—, miladys, señoritas... —Miraba con intensidad a su superior en busca de aprobación—. ¿Damas? ¿No? ¿Señoras? ¿Tampoco?

Webster montó en cólera, aunque francamente tampoco se había bajado mucho de ella.

—Pero serás, serás. —Se paró, mirándonos de reojo—. Serás... ¡batracio! ¡Ya hablaremos, alimaña!

—Bueno, Webster, no deseamos interrumpirles más, les dejamos seguir haciendo lo que estaban haciendo, por cierto, ¿qué estaban haciendo?

—Íbamos a plantar algunos árboles nuevos en el sendero oeste.

Intenté poner cara de que sabía dónde estaba el sendero oeste y decidí despedirme luciendo alguno de mis muchos conocimientos del arte botánico.

—Comprendo, van a ir a plantar unas semillas de... árbol, ¿no es así?

El muchacho, aún sin levantar la vista, comenzó a convulsionarse y hacer extraños sonidos, quizá sufría algún tipo de ataque, al tiempo que me pareció entenderle algo como «semillas, dice», pero resultaba difícil comprender lo que dice alguien a quien le están pegando con un sombrero y llamando «sabandija», «renacuajo» y «sanguijuela» con tanta saña.

Le indiqué a mi amiga con una seña que nos alejáramos discretamente de ahí, porque intuyo que no debe de ser agradable contemplar un consejo de guerra.

Seguí guiando a miss Thompson por el laberinto, o eso se creía ella, que la guiaba, comportándome con soltura y tranquilidad, intentando dar a entender que no había pasado nada extraordinario y que conocía el camino de vuelta a casa.

No te negaré que aún estaba bastante avergonzada por esta escena cuando aparecieron los dos Vincent de improviso. En cuanto los vi me temí lo peor, sospechando que iban a conseguir abochornarme todavía más con su falta de modales delante de mi protegida, y hasta me empezaba a conformar con que no se pegaran el uno al otro con el sombrero en cuanto tuvieran ocasión.

Además, ¿a cuál le presentaría como a mi hermano? ¿Cómo le podría explicar semejante situación? Realmente me parecía que estaba siendo un día muy aciago para el buen nombre de los Hawthornetone-Williamsmith.

—Querida amiga, tengo el placer de presentarle a mi hermano menor Vincent y a su mejor amigo del colegio, Vincent —dije, mirando fijamente el rosal más cercano, por el que simulé un repentino interés.

Algo confusa al principio, mi invitada puso en práctica mis enseñanzas, se inclinó y pronunció todo tipo de vacuas frases de cortesía.

Ellos, aparte de presentarse de forma bastante decente para ser muchachos, se regalaban constantemente codazos el uno al otro.

—Así que ambos se llaman Vincent. Qué feliz coincidencia —dijo mi amiga la pobre, perdón, lo dijo mi amiga... sencillamente lo dijo. Y como nadie añadiera nada, terminó soltando una risita. Y eso me recuerda que tengo que corregirla, porque no consigue que la risa le salga lo suficientemente estúpida.

Poco después nos despedimos y abandonamos la rosaeda evitando así la, cada vez más cercana, posibilidad de ver cómo alguno perforaba con el codo algún órgano interno del otro.

No negaré que cuando al fin encontré el sendero principal, que lleva sin pérdida a Paisley Manors, me sentí aliviada al vislumbrar el final del accidentado paseo, dando gracias al cielo por que al final no hubiera sido necesario avisar al doctor Watkins.

En fin, Edwina, que ahora que estás advertida sobre los peligros que encierra el campo, me puedo despedir de ti deseándote que recibas un afectísimo cordial de tu saludadora amiga,



Capítulo 9



La ropita de las muñecas



Querida Edwina,

En tu última carta me pides, o más bien me exiges que... copio textualmente: «No me puedo creer que vayas a contarme nada sin haberme descrito antes cómo has vestido a tu *sencilla* amiga. O para que me entiendas: ropa, quiero detalles de la ropa». Reconozco, amiga, que estoy avergonzada y yo también creo que es totalmente imperdonable haber mencionado el asunto de pasada, como si hubiera algo más importante en este mundo. Ay, qué cabeza tengo.

En vista de lo que llevaba puesto el primer día que nos vimos, comprendí que además de solucionar el tema del suministro de la materia en sí, también tendría que orientar a mi nueva amiga en la teoría. Así, al tiempo que le iba enseñando mi armario y seleccionando algunas prendas para ella con la ayuda (y las manos) de Lucy, le iba transmitiendo los consejos y enseñanzas que tantas veces escuchamos a mistress Gibbons.

¿Recuerdas lo que nos decía? Que siempre hay que empezar por el principio (en manos de qué personas más sabias estaba nuestra educación, cada vez lo tengo más claro), y que para ello lo mejor era explicar las diferentes capas de ropa de dentro hacia fuera.

—Querida humilde mía, lo primero que se debe llevar es una camisa fina de algodón que vaya directamente pegada al cuerpo y que... Veo que se está congestionando, ¿se ha atragantado o algo?

—Es que ha dicho cuerpo.

—Pues casi no cuento lo de los pantaloncitos, ¿verdad? Vale, vale, pasaré al corsé. ¿Puedo decir corsé?

Se ve que no, que no podía. Después de que Branson nos trajera las sales y Lucy el abanico, pasamos a las enaguas.

—Pasemos a un tema que nunca se tratará lo suficiente en la educación de una señorita —esto lo decía mucho mistress Gibbons en el internado, no sé si lo recuerdas—, aunque sea difícil, hay que encarar la realidad, ¿preparada?

—Eso creo.

—El número de enaguas. A más enaguas, más señorita. Cinco es lo idóneo. Esto nos lleva a varias preguntas fundamentales en la vida de toda joven. ¿Puede llevar una auténtica dama menos de tres enaguas? ¿Debe expulsarse de la sociedad a una mujer que se atreva a llevar solo dos? ¿O basta con que viva en una cueva despreciada por sus semejantes?

—¿Eso es lo que les enseñaban en el internado? ¿A saber cuántas enaguas debían llevar? —preguntó miss Thompson, frunciendo el ceño.

—¡Claro que no, qué cosas dice! También se nos explicaba que las enaguas sirven para, a ver si recuerdo las palabras exactas, «atenuar las formas femeniles». Tres años me llevó saber qué significaba lo de «atenuar» y sobre lo de femeniles aún tengo mis dudas.

—No sé qué decirle, pensaba que en la formación de una dama se tratarían otros temas más...

—¿Más candentes? Por supuesto, porque para tema candente, el de las almohadillas.

—¿El de las...? ¿Qué es una almohadilla?

—Algo que afortunadamente no se lleva este año, aunque sí se llevaba hace dos, así que como la ropa que le he dado es de hace un par de tempor... Bueno, no sé si debe llevarlas o no, a lo mejor las hemos tirado todas, aunque creo que Lucy les hizo algún arreglo para que nos sirvieran de acerico durante las temporadas que no se llevan.

—Me temo que sigo sin entender para qué sirve una almohadilla.

—Pues para «acentuar las formas femeniles».

—Ah, tiene mucha lógica.

—¿Verdad? Primero te pones la almohadilla en la zona posterior del vestido para que el vestido, digamos... tenga según qué forma, y después te pones cinco enaguas encima para que deje de tenerla.

—Francamente, no sé qué pensar —exclamó Anémona, que parecía algo confusa.

—También recuerdo que, respecto a las almohadillas, en clase nos decían mucho que debían ser usadas con moderación «por razones obvias». Y recalcaban lo de obvias así, como con intención. Que no sé qué razones son, pero desde entonces no me atrevo a pronunciar la palabra «obvio» en público porque debe ser alguna indecencia.

Miss Thompson se rio; es una muchacha muy alegre, por lo que se ve.

Escribiendo estas líneas me ha venido a la cabeza lo que nos comentaba a veces Gibbons, que la moda ha dado un gran cambio en estos últimos años y que ahora es mucho más ligera, apenas hay que llevar una camisa, unos pantaloncitos, cinco enaguas, un corsé... al parecer, somos muy afortunadas.

Volviendo a mi encuentro con Anémona, revisando mi guardarropa, iba recordando, querida Edwina, otros temas sobre los que nos aleccionaban en cuestiones de moda. Por ejemplo, el traje de montar, pero preferí no sacar el tema delante de ella, porque algo me dice que Anémona no lo va a necesitar, aunque me ha venido a la mente que siempre nos decían que debía cubrir las piernas a la perfección y proteger nuestra modestia.

Ah, mira, qué pena que no lo necesite miss Thompson, porque lo de la modestia le viene al pelo.
—Mire, querida —dije, mostrando un delicado vestido a mi invitada—, este tejido tan fino con el que se hacen muchos trajes de tarde y de noche se llama muselina.

—Sí que es fino, sí.

—Tanto que no se puede abusar de él sobre todo cuando hace frío, porque puede coger «la enfermedad de la muselina».

—¿Eso existe? ¿Seguro?

—Así nos lo dijeron en el colegio y si prueba a salir a la calle con la lluvia que está cayendo hoy con solo este vestido, vuelva y me dice si se ha cogido la enfermedad de la muselina o la de la pulmonía triple. Para evitarlo, se puede llevar este abrigo tan mono que se llama Spencer, como el caballero que lo inventó; como ve, es una chaqueta ajustada que llega hasta la cintura. También se puede abrigar con una pelliza como esta.

—Ya veo. ¿Qué es esto que tiene aquí?

—Plumas de cisne. Están muy de moda. ¿No se había dado cuenta? Lo digo porque yo no veo un cisne por ninguna parte hace por lo menos tres años. Claro, como les han quitado las plumas, les dará vergüenza salir.

—Sí, será eso —acordó miss Thompson, poniendo los ojos en blanco, costumbre esta que ha debido de coger de mi madre, que también lo hace mucho en mi presencia, o de Branson, ahora que lo pienso, o de Lucy, o de...

—En realidad, un vestido de tarde siempre va acompañado de algún accesorio que sirva para adornar, como un manto, una capa, una esclavina...

—Disculpe, pero ¿qué es una esclavina?

—Pues como una capa, pero que no sirve para nada.

—Pero ¿y los chales? Usted me ha dicho que llevar un chal es algo fundamental. ¿Los chales no pueden servir para abrigarnos?

—No, no, no, en ese punto he de mostrarme inflexible (y si me permitiera explicarle en detalle lo del corsé, vería por qué). El chal solo se lleva para que se te caiga así, a medio brazo, ¿ve? Un chal que abrigue algo, ¡qué idea!

Seguíamos revisando el contenido de mi armario, Anémona con los ojos abiertos de par en par y yo, con la satisfacción de enseñar mis adquisiciones más queridas.

—Hablemos de colores: nosotras, las jóvenes solteras, debemos vestir habitualmente de blanco o con algún color pastel.

—¿Exactamente qué es un color pastel? —preguntó mi amiga.

—Pues uno que si se te cae encima un poco de pastel, te deja una mancha que no sale jamás.

Decidí cambiar de tema, porque cuando se menciona el tema de la colada a miss Thompson se muestra muy contrariada. Es curioso, ¿verdad?

—Pero no siempre es así, las mujeres mayores pueden llevar colores más oscuros, pero no se recomiendan en los bailes.

—¿Por qué?

—Como los bailes se celebran de noche y los salones están iluminados con velas, ir con un color oscuro supone que casi no se te distinguirá.

—No será para tanto, ¿verdad?

—No sé qué decirle, hasta la temporada pasada la mayoría de nosotros pensábamos que el doctor Watkins había enviudado hacía años. —Yo continué exhibiendo mis conocimientos y, sobre todo, mi vestuario—: Esta cofia es para usted, es de cuando se llevaban muy grandes por los lados y te tapaban orejas y parte de la cara, y será perfecta, no solo porque sirven para el natural recato que deben tener las hijas del clero, sino porque en general son muy útiles. Esta, en concreto, que te tapa media cara, fue estupenda para ignorar a Billy Fitzsimmons durante toda una tarde el año pasado.

»Una cofia está muy bien, y te hace parecer una muchacha recatada (a la par que te resguarda de los molestos resfriados), pero un sombrero... Anémona, un sombrero... la felicidad de una mujer puede depender de un sombrero.

—¿De veras?

—Ya, ya sé que puede parecer una afirmación un poco audaz.

Y así, en la misma conversación, tuve la oportunidad de instruir a mi protegida sobre la importancia de ir bien tocada y de procurar incluir según qué frases en todo tipo de conversaciones.

—Por cierto, amiga mía, si se encuentra en alguna ocasión en el brete de que le pregunten algo directamente y no sepa qué responder, siempre puede decir: «Si me lo permite, realizaré una observación un poco audaz».

—Lo malo es que después esperarán que diga algo, e incluso que ese algo sea un poco audaz. Y eso sin saber ni de lo que están hablando ni tener muy claro lo que significa audaz, no será tan fácil.

—Cierto, cierto. Así que será mejor utilizarlo para contestar a alguna frase que no sepa cómo interpretar, es decir: «Si me lo permite, esa me parece una observación un poco audaz». Y si es un caballero casadero, aunque esté mencionando que está lloviendo mucho esta primavera, aún mejor decir: «Me parece usted algo audaz, caballero», y darle un golpe con el abanico en el brazo.

—Pero eso debe doler, ¿no?

—Así aprenderá a no ponerse audaz para hablar de chubascos.

Abrí varias de mis sombrereras, algunas por primera vez, para seguir tratando ese tema fundamental.

—El sombrero es tan importante en la vida de una señorita que en su altar se ofrecen sacrificios. No humanos, claro, basta con flores, frutas y sobre todo pájaros. ¿Sabe cuántos pájaros deben morir al año para llenar de plumas nuestras lindas cabecitas?

—¿Cuántos?

—No lo sé, mujer, por eso lo preguntaba.

Miss Thompson contemplaba con admiración una maravillosa creación londinense con tal profusión de adornos que no pudo dejar de exclamar:

—Este sombrero tiene una cantidad de frutas y aves que hubiera bastado para dar de comer a mi familia durante una semana.

—Pero todos los sacrificios merecen la pena cuando una se presenta en cualquier reunión social con semejante obra de arte en la cabeza, además de con una insoportable jaqueca. Porque créame, amiga, cuanto peor sea el dolor, mejor es el sombrero.

Y sorprendida de haber podido elaborar una reflexión tan sabia, a la par que estética, finalizo esta carta y me despido de ti, deseando que recibas afectísimos saludos de tu cordial amiga,





*No estaremos en Londres,
pero empieza la temporada
social igualmente*



*«Cualquier salvaje puede bailar».
Orgullo y prejuicio*



Capítulo 10



Por fin el primer baile



Querida Edwina,

¡Qué emoción, amiga! ¡El primer baile! ¡Empieza la temporada social!

Por fin podré poner en práctica los complicadísimos pasos de baile que me enseñó el profesor que mi madre mandó traer del continente, el mismo día que cumplí los dieciocho sin un marido a la vista. Pasos que he estado practicando con Anémona, bajo pretexto de enseñarle a bailar.

Luciré mis modelitos traídos expresamente de París para despertar la envidia entre mis queridas vecinas provincianas y, aunque esto sea mucho menos importante, cautivar al sexo opuesto. Opuesto a solicitar mi mano en matrimonio, por lo que se ve.

Pero hablemos ya del primer baile que se ha celebrado en la mansión de Grosvenor Manors (el Manors se lo pusieron por envidia a nuestra querida Paisley Manors, no hace falta que lo comente), propiedad de la duquesa de Bouvril.

La duquesa viuda y sus tres hijos, todos varones, viven habitualmente a caballo entre la capital, nuestro condado, Bath y algunas otras posesiones que tienen desperdigadas por todo el país.

Y digo «a caballo» porque no es fácil ver a uno de sus hijos que no esté practicando el noble arte de la hípica. Podríamos decir que sería más difícil que un Bouvril estuviera lejos de su montura que... haciendo... esto... Caramba, no se me ocurre un símil. ¡Ah, sí, creo que por fin he encontrado una frase! Sería más fácil ver a un Bouvril trabajando que lejos de un caballo.

Habrás oído quizá esas maledicencias, propias de gente de baja extracción social, que afirman que los nobles británicos somos tan afectos a los caballos porque en algo nos parecemos a ellos, y no en su noble carácter, precisamente.

Pues bien, yo afirmo que esto es completa y absolutamente mentira. Los Bouvril apenas se pueden separar de sus monturas más de un par de horas al día y, sin embargo, en nada recuerda su aspecto a los equinos. ¡Juro solemnemente que son iguales a un buey!

En especial, su mirada. ¿Alguna vez te has pasado un rato mirando fijamente a los ojos a un buey? Algo me dice que no. Pero comprende, querida amiga, que en el campo no disponemos de tantas distracciones como en Londres.

Como te decía, apenas pasan aquí unas semanas al año. Vienen principalmente a esquilmar la población de gansos silvestres que viven en un lago de su propiedad. Que viven hasta que vienen ellos, momento en que transitan o bien a otra zona, o al otro mundo.

Poco me importa mientras su madre siga organizando bailes en condiciones como al que fuimos invitadas mi madre, yo y Anémona.

¿Cómo? ¿Que su nombre debería ir antes del mío? Bueno, ella no tiene educación y no sabe estas cosas, así que no creo que le importe.

Además, la verdad es que no la había invitado nadie, simplemente nos presentamos allí con ella, confiando en que su *humilde* presencia pasara desapercibida y bajo serias advertencias de que no comiera nada, por mucho que se le insistiera.

Antes de nada, lo importante: cómo íbamos vestidas. Yo llevaba un vestidito rosa hecho con una muselina tan fina que si llego a tardar un segundo más del coche a la casa, habría muerto inmediatamente; miss Thompson iba con un discreto vestido con ese color avena que tan bien le va a su tez y mi madre, como mujer madura, lucía uno de un color más sobrio, o así lo llama ella, «color más sobrio», también lo llama burdeos, aunque yo no tengo ni idea de cómo el color vino puede ser sobrio, pero ella sabrá.

Miss Thompson lo miraba todo con los ojos como platos y yo le iba explicando todo lo que suponía que le sorprendería —«eso es una silla, eso una puerta»—, al no haber estado nunca en un salón de baile.

—Mire, mire qué rico cortinaje, porque si en algo se distingue una mansión de una casa normal es que en la casa hay cortinas y en las mansiones, cortinajes. Mire, ahí hay más sillas. —No quería que se perdiera nada interesante, como ves.

—El salón está precioso —dijo mi protegida, llena de admiración—. ¿Siempre se engalanan tanto las casas cuando se celebra un baile?

—Que no nos oigan los anfitriones —susurré—, pero algunas veces, más. Los bailes de los Arlington eran siempre los mejores de la región: la mejor comida, los mejores músicos, la mejor decoración...

—Era algo increíble, digno de verse —añadió mi madre.

—Pero desde hace algún tiempo no dan ninguna fiesta —dije yo, suspirando, y no sabes lo difícil que es suspirar y hablar a la vez.

—¿Dónde tienes la cabeza, jovencita? Eso es porque aún guardan el luto por la muerte de los padres. Aunque pronto pasará y reabrirán la casa, no sé, quizá con una boda que celebren por todo lo alto.

Pero nuestra conversación fue interrumpida cuando pude escuchar mi nombre, pronunciado con notable entusiasmo por una joven dama que se dirigió hacia nosotras.

—¡Queridísima Agnes! —exclamé en cuanto la reconocí, lanzándome casi a sus brazos.

—Pero si es mi más querida amiga —contestó ella, aún más emocionada.

Y es que siempre que nos encontramos, nos dedicamos la más larga y rebuscada colección de saludos y parabienes, que no podría incluir en esta carta a menos que ocupara una resma entera de papel, para dejar claro a cualquiera que nos escuche hasta qué punto podemos llegar a detestarnos.

Junto a ella se encontraba una hermana de su padre que le hace de señorita de compañía, compañía es posible que le haga mucha, pero no sé si podrán charlar mucho, porque la mujer que ya es bastante anciana (por lo menos debe de tener cincuenta años, si no más), ha perdido el oído aparte del buen gusto y el concepto de la moda, porque luce aún una peluca de las que se llevaban hace décadas. El buen gusto o el pelo, no sabría decirte.

A los demás no sé si nos escucha, pero su propia voz, al parecer, siempre le da la sensación de que es un sutil susurro, y cualquier comentario que desea realizar de forma discreta y privada se oye perfectamente en varias millas a la redonda. Ese día no iba a ser distinto.

—Tía, ¿recuerda a mi querida amiga...?

—¿La que te cae mal? —dijo con el abanico tapando su rostro—. Mi sobrina me ha hablado maravillas de usted, jovencita.

Nosotros, como británicos y personas bien educadas que somos, cuando dicen una de estas cosas, nos volvemos sordos también.

—Señora, es un placer volver a saludarla. —La tía de Agnes ya se había girado y estaba saludando a unos conocidos diciendo alto y claro:

—No me extraña que te caiga mal, ni siquiera me ha saludado.

Ignorando tan sutil comentario, me dirigí a su sobrina con todo el cariño que no le profeso:

—Querida miss Agnes, rompería todo el protocolo social con tal de abrazarla, pero tengo miedo de deshacer ese moño que parece mantenerse en pie a duras penas y que ha debido llevarle horas perpetrar.

—A mí me entusiasma su magnífico vestido, ya me gustó cuando lo vi hace dos temporadas —me contestó Agnes, tras sonreírme con la mayor de las dulzuras.

—¿Dos temporadas? —pregunté, sonriendo aún más—. Por favor, querida amiga, si hace dos temporadas era usted tan joven que no había ni salido del colegio. En el caso de que alguna vez haya siquiera pisado alguno en su vida.

Ella puso gesto pensativo, lo que me hizo temer por su salud porque es bien sabido que no es buena idea emprender con demasiado ímpetu un ejercicio si no estamos acostumbrados a ello.

—Estoy intentando recordar dónde lo vi por primera vez y creo que fue en una boda en la que mi familia y yo fuimos los invitados de honor. Lo que no me viene a la memoria es el lugar donde se celebró.

—Sería en palacio, porque a su familia la reciben en palacio un día sí y otro también, ¿no es así?

Mi mejor peor amiga en el campo cogió aire y por fin sentenció:

—Ah, sí, ya lo recuerdo, creo que fue en la boda de nuestra cocinera.

Y es que una cosa te voy a decir de Agnes, es una muchacha estupenda, una niña buenísima, yo la quiero muchísimo, tanto que hasta ahora me he contenido de ahogarla con mis propias manos.

Ella y su hermana mayor son las hijas de un rico hacendado con casa en la zona, aunque por lo menos hasta hace un par de años raramente venían por aquí, tanto que apenas recuerdo vagamente a dos niñas flacuchas, con la nariz extraordinariamente respingona, a las que a veces veía pasear por el pueblo, mirando a su alrededor con la barbilla extraordinariamente alta y unos bucles extraordinariamente lanudos.

Pero al volver del internado, empecé a encontrármela en todas y cada una de las reuniones sociales del condado.

Desde que se incorporó a la temporada social de la zona, no ha hecho más que presumir delante de mí de todo lo habido y por haber y no veo con qué motivos cree que me puede mirar por encima del hombro, primero porque mi presentación en sociedad se celebró tan en Londres como la suya y segundo porque, que yo sepa, no está emparentada con ningún lord ni con ningún duque.

Porque cualquiera que haya tomado la errónea decisión de escuchar a miss Agnes más de cinco minutos habrá aprendido que las fiestas son mucho más suntuosas en Londres, la gente es mucho más interesante en Londres y la música suena mejor en Londres.

No sabría describirte su aspecto actual porque, como ya me has hecho notar en alguna ocasión, todas mis semejanzas se refieren a animales de granja, pero al fin y al cabo, ¡qué soy yo sino una pobre granjera! Digo, una *humilde* granjera, o una *sencilla*... Bueno, creo que me estoy liando y todo para decirte que si a otros vecinos no negaré que les he encontrado ciertas similitudes con animales propios del campo, a Agnes ya se las debieron de encontrar sus padres al ponerle un nombre tan adecuado.

Volviendo al baile, hubiéramos continuado con esas muestras de sincero cariño si no llega a ser porque una voz masculina nos interrumpió y, después de saludarnos, se dirigió a mí para solicitarme el primer baile de la velada:

—Disculpe, miss Agnes, debo abandonar nuestra encantadora charla para atender a este caballero. Es lo que ocurre cuando alguien te invita a bailar, se lo explico por si no conoce la experiencia.

Tan ocupada me hallaba haciendo partícipe a mi pastoril amiga de mi fortuna y deseando ser causa de su envidia, que pregunté maquinalmente su nombre al joven, sin ni siquiera levantar la vista del carné, y cuál no sería mi sorpresa cuando comprobé quién era el caballero en cuestión.

Edwina, querida, te quedarás con la intriga para que en mi casa no me dejen sin el privilegio de enviar correo, algo con lo que ya me han amenazado si continúo escribiendo cartas tan extensas. Pero prometo que en cuanto entregue esta al servicio, comenzaré otra en la que cuente el final de la noche; mientras, recibe un cordial saludo afectísimo de tu saludadora amiga,



Capítulo 11



*Continuó contando el baile,
porque no se había acabado*



¡Se trataba de nuestro anfitrión! El mismísimo futuro duque de Bouvril, el hijo mayor de la duquesa. ¡Y estaba solicitándome que abriera el baile con él! ¡Qué honor!

Primero me sentí halagada, después feliz recordando que Agnes en esos momentos debía estar rabiando y, por último, sorprendida, pues no recordaba haber visto a dicho joven bailar jamás, es más, no sabía que supiera moverse sin la ayuda de un caballo en el que delegar la tarea de desplazarse.

Y toda esta sucesión de pensamientos sin que se me deshiciera ni un solo rizo.

Tan pronto como accedí a su solicitud, realizó una reverencia, más bien torpe para cualquier otro, pero bastante aceptable para un heredero de tan vastas propiedades, y se retiró.

Pensaba que mi aplastante victoria social iba a ser la mayor noticia de la velada, pero no tuve tiempo de empezar a presumir puesto que las sorpresas no habían hecho más que comenzar. Apenas habían pasado unos instantes, cuando mi madre susurró:

—Pellizcaos las mejillas, niñas.

—Yo le agradezco la sugerencia, pero, como hija de un miembro de la Iglesia, tengo prohibidos esos esparcimientos —intervino Anémona.

El motivo de torturar mis capilares era que, acercándose a nuestro pequeño grupo, se encontraba nada más y nada menos que mi objetivo marital principal: lord Arlington, que me saludó con su encantador estilo y también con su no tan encantador amigo, que estaba a su lado plantado con cara de circunstancia. Si no sabes a qué circunstancia me refiero, te diré que a una incómoda, porque me dio la impresión de que intentaba disimular que miraba demasiado a nuestro grupo y con cierto nerviosismo.

Supongo que es lo que ocurre cuando no se ha sido lo suficientemente gentil con una dama y después se la encuentra en público. Eso, o una mala digestión.

Lord Arlington nos presentó a su compañero de estudios, que se había dejado el atuendo de caballero en casa. Lord Skeffington, por su parte, nos presentó sus más respetuosos saludos, mi madre les presentó con sencillez (como no podía ser de otra manera) a miss Thompson y todos nos presentamos a todos nuestros respetos, saludos y todo lo que se nos ocurrió.

Cortamos aquello un segundo antes de ser presentada formalmente a mi propia madre.

Una vez superamos la fase de los saludos y las preguntas sobre la salud de todos nuestros familiares de hasta cuarto grado, la charla fue derivando hasta convertirse en varias conversaciones paralelas. Lord Arlington volvió a dirigirse a mí:

—¿Le agradaría tomar algo?

—Asiento, a ser posible.

—¡Qué encantadora respuesta! —exclamó mientras se reía como si tuviera gracia y mi madre me pisaba un pie como si no la tuviera.

En ese momento se acercó a nuestro pequeño grupo mistress Pilgrim que, después de varios saludos, insistió en presentarnos formalmente al capitán Hursthall, el marino retirado del que nos había hablado días antes. Sus saludos a los caballeros y a las damas de más edad fueron correctos y sucintos, todo lo contrario que los que nos dedicó a las mujeres más jóvenes, a las que nos repitió en varias ocasiones aquello de «ramillete de bellezas» y «juveniles rosas campestres», ya que, por lo que se ve, está decidido a cultivar a fondo el símil galante-rural.

En un momento dado, se produjo un silencio incómodo, roto por una frase que hizo que casi todos nos pusiéramos de acuerdo.

—Me pregunto cuándo llegará Negus.

—Sí, se está haciendo de rogar.

—Llevo tiempo esperándolo, ahora que lo mencionan.

—¿Quién es? ¿El invitado de honor? —preguntó miss Thompson, algo sorprendida.

—Podríamos decirlo así, encantadora muchacha, por lo menos es uno de los más esperados —contestó lord Arlington con una sonrisa.

—Dice mi padre que solo acepta ir a los bailes donde sabe que no va a faltar —intervine yo.

—En Londres nunca falta Negus —dijo... Me podía haber ahorrado la tinta, está claro quién lo dijo.

Todos nos reímos pero un poco, sin excedernos, que somos británicos; Anémona nos miraba con los ojos muy abiertos.

—Es un vino caliente y azucarado con algunas especias —intervino lord Skeffington, sin abandonar su gesto serio—, que se sirve en cualquier baile que se precie.

—Pero, entonces, ¿no es una persona? —preguntó Anémona—. Por el nombre lo parecía.

—En realidad, lo es, porque se trata de una receta creación del coronel Negus.

—Ah, comprendo. ¿Era un militar?

—Dicen que el coronel Francis Negus ha unido más parejas en Inglaterra que cualquier obispo.

—Francis, qué curioso, es un nombre que se escucha mucho hoy en día —reflexioné en voz alta.

—Sobre todo entre los primogénitos.

—Ah, el viejo coronel, que Dios le bendiga —exclamó con entusiasmo el capitán Hursthall, mirándome y atusándose el bigote—. A él y a su contribución para pasar las largas guardias..., ya se sabe, los riesgos de una campaña militar. Y si no lo sabe, yo se lo explicaré gustoso si me concede este...

Mistress Pilgrim intervino antes de que pudiera acabar la frase:

—Disculpe, capitán, pero estoy viendo a unos caballeros a los que seguro querrá conocer, venga, venga conmigo —dijo, llevándose casi a empujones.

La conversación fue derivando; mi madre y yo comentamos lo magnífico que lucía el salón esa noche, que sin embargo quedaba deslucido ante nuestra belleza y elegancia, contestó Arlington, lo que fue recibido por un alud de falsa modestia de la mejor calidad.

Reconozco que no estaba centrándome en aquellas gentilezas tanto como debería, ya que no podía dejar de observar que lord Skeffington no cesaba de agasajar a miss Agnes y parecía absolutamente hipnotizado por ella, incapaz de apartar la mirada de sus lanosos rizos y haciéndola objeto de multitud de preguntas, algunas de las cuales incluso parecían encerrar un interés sincero.

Cuando lord Arlington se ausentó en busca del *viejo coronel*, le expliqué en un aparte todo a Anémona.

—Pobre miss Agnes, cree que el caballero la corteja y está claro que tan solo desea castigarme por el lamentable incidente en el sendero. Y conocedor (no me preguntes cómo) de que es mi máxima rival social, ha decidido mostrar por ella un gran interés.

—No sé... a mí me parece que está realmente fascinado por ella.

—Finge, solo finge.

—En fin... Hay que tener en cuenta que estamos hablando a dos centímetros de ellos y no parecen darse cuenta. ¿No será que en verdad le interesa?

—¡Qué poco sabe de la vida social, querida amiga!

Lord Arlington volvió en ese momento y, de la forma más ceremoniosa posible, me solicitó el primer baile de la noche.

En este momento, Agnes interrumpió, sin la más mínima consideración a su nuevo amigo, exclamando:

—No puede, ya está comprometida para ese baile.

—Oh, qué contrariedad —contestó gentilmente mi futuro marido.

—Yo también tengo comprometido el baile —añadió miss Agnes.

—Qué encantadora información, aunque lo sería mucho más si alguien se la hubiera solicitado —contesté.

Esto lo dije porque considero mi deber de amiga el indicarle cada vez que se equivoca, cuantas veces sean necesarias. Ella, sin embargo, continuó hablando como si nunca la hubiera interrumpido (qué falta de educación).

—Yo también voy a bailar con lord Skeffington, que pretende acaparar mi compañía toda la velada —dijo riendo y remató la frase con un golpe de abanico en el brazo, la frase y al pobre lord que era el dueño del brazo en cuestión.

Seguidamente, ambos se dirigieron hacia la zona donde algunas parejas empezaban a tomar posiciones para el primer baile. Ella, saludando a todos y presumiendo de acompañante. Él, frotándose discretamente el brazo.

Lord Arlington se inclinó con gentileza y se dirigió a mi protegida:

—Miss Thompson, sería un honor para mí que accediera a concederme este baile.

¡Anémona bailando con el soltero más cotizado del condado! Y yo pensé que me esperaría toda la noche sentada tristemente, envidiando mis muchas conquistas.

Reconozco que cuando la llevé a la fiesta, estaba convencida de que me sujetaría el carné de baile, el abanico y las sales (ya sabes que una señorita nunca sale de casa sin sus sales) cuando me sacaran a bailar, porque ese bolsito que llevo a los bailes, aparte de ser divino, no sirve para casi nada.

Casualidad o no, el caballero en cuestión se vio súbitamente reclamado por unas amistades en el momento exacto en que mistress Pilgrim aleteaba peligrosamente en dirección a nosotras, para preguntarnos por el capitán Hursthall, que, por lo visto, se había escabullido con alguna excusa y ahora no podía encontrarlo.

Cada uno tiene sus habilidades; la viuda consiguió enterarse de la situación completa antes de que mi *sencilla* acompañante hubiera conseguido descubrir dónde había dejado su carné de baile y ya nos estaba regalando su experta opinión.

—¡Qué joven tan gentil! ¡Qué gesto que se rebaje a bailar con alguien tan inferior a su rango! — No le debió de parecer que hubiera quedado lo suficientemente claro porque continuó—: ¡Cuando existe una distancia social tan grande!

—Enorme —apuntó mi madre.

—Como de aquí a Devonshire —añadí yo, más que nada por aportar algo y también para que pareciera que tengo alguna idea de por dónde puede caer Devonshire.

Mistress Pilgrim buscaba más imágenes impactantes sobre la distancia social, que ahora se había convertido en un abismo, cuando mi joven amiga y yo la dejamos sumida en aquella sima sin fin, puesto que los músicos ya habían empezado a afinar sus instrumentos (aunque, francamente, si suenan así cuando los afinan, no quisiera estar presente cuando estén desafinados).

Y así comenzó la primera pieza. Y después de la primera, llegó la segunda, que me vi de nuevo bailando con Bouvril que, a lo largo de la noche, me solicitó casi todos los bailes —no dejándome libre para lord Arlington, al que buscaba con la mirada siempre que me era posible.

Para colmo, cuando por fin descansamos, Arlington volvía a bailar con miss Thompson, algo que, aunque en parte me causó cierto fastidio, también me produjo una magnífica impresión, porque es bien sabido que un verdadero caballero no deja a ninguna dama sin bailar durante toda la noche, y tras esa primera pieza, Anémona llevaba toda la noche sentada, sin recibir ninguna otra invitación.

Contemplaba cómo bailaban, cuando apareció lord Skeffington, al que, si deseaba lo peor para esta noche, lo había conseguido, porque seguía con miss Mallowan colgada del brazo.

Agnes, después de preguntarme cómo estaba tan sola y algún otro comentario igual de encantador, se quedó mirando a miss Thompson y preguntó con el ceño fruncido:

—¿Puedo preguntar quién es esa joven que está bailando con lord Arlington?

—Probablemente sí, si hace un esfuerzo, sí que pueda preguntarlo. —Me miró sin dignarse a responderme—. Más o menos la misma que le presentamos al principio de la noche, querida. Pero es normal que no la reconozca, porque, a esta edad, los jóvenes crecen muy deprisa.

—No pregunto eso, querida, sino que *quién* es, no sé si me entiende.

Y cuando decía «quién» lo hacía como alargando algunas vocales, algo así como *quieéén* es.

Nos contempló alternativamente a su pareja y a mí, supongo que en busca de una mirada cómplice, o quizá de un lacito que había perdido, vete tú a saber.

Pero se ve que no encontró ni mirada cómplice ni lacito, ni en mí ni en su acompañante, que examinaba con súbito interés sus propios guantes.

Me molestó que miss Agnes creyera que podía criticar a Anémona, sobre todo porque alguien con un peinado tan horroroso no puede criticar a nadie, y menos aún a mi nueva amiga de cuyo peinado me había encargado personalmente, por medio de las manos de Lucy, pero personalmente.

—No sé a qué se refiere, querida —le respondí al fin.

—Que de *dónde* (*dóóónde*) ha salido.

—De ahí, mire, estaba sentada en esa silla de la esquina.

Lord Skeffington se llevó la mano a la boca como si tosiera, pero era una tos un poco rara.

—¿Y está bailando con *lord* Arlington? —continuó Agnes.

—Bueno, si consideramos que lo que hace Bouvril es bailar, creo que sí, que podemos decir que miss Thompson está bailando. —Me lanzó una mirada asesina y yo decidí continuar—: Perdóneme, quizá no me ha entendido bien, quería decir que sí que está bailando con *looord* Arlington.

Otra mirada asesina y un mohín de disgusto, que es un tipo de mohín en el que Agnes es una auténtica experta.

—Por lo menos, ya que viene a un baile, podría hacerlo vestida adecuadamente, porque ese vestido... con ese color le sienta fatal. Lo que yo digo es que no me molestan las clases bajas.

—Seguro que ellas no pueden decir lo mismo.

Añadí una risita falsa, pero como no conoce otra, seguro que no notó la diferencia.

—Lo que me molesta es que salgan de su sitio.

—Es que en la silla no iba a poder bailar, estarían muy estrechos, ¿no cree? —Volví a reír sin ganas—. Su pareja de baile es una adorable cabecita loca, ¿verdad, lord Skeffington?

—No puedo negarlo, no por lo menos si no le echan algo más fuerte al ponche —contestó, masajeándose las sienes.

Pero no pudo contestar porque en ese momento anunciaron la cena y Bouvril me ofreció su brazo para dirigirnos al comedor, insistiendo de paso en presentarme a su madre (a la que creo que conozco desde los cinco años), ante el regocijo de tan noble dama.

—Madre, tengo el placer de presentaros a aaaamm emmm —dijo mi pareja.

No me tomé a mal que no fuera capaz de recordar mi nombre después de pasar conmigo gran parte de la noche, puesto que dudo que haya algún duque en toda Inglaterra que sea capaz de recordar los pasos de un baile moderno y el nombre de su pareja al mismo tiempo. La duquesa, por su parte, parecía encantada.

—Hijo mío, por favor, si conozco a esta jovencita y a su familia desde hace años. Aunque me cuesta reconocerla, tan mayor y tan casadera.

Después de esta sutil referencia, se mostró entusiasmada en extremo al insistir en que me asignaran un asiento junto a su dilecto primogénito durante la cena, levantando de la silla a Eleanora Fitzsimmons, que estuvo buscando un nuevo lugar en la mesa por lo menos hasta que sirvieron el ganso relleno.

Así nos fuimos acomodando, menos miss Fitzsimmons, claro, mientras Agnes nos hacía partícipes de que era demasiado pronto y que en Londres se cena muchísimo más tarde.

—Lo mismo, si sale ahora, aún llega a tiempo, ¿no cree?

Tan pronto como nos sentamos, me propuse conocer más a mi pareja e inicié la típica conversación social insulsa para la que he descubierto que estoy naturalmente dotada.

—Para nosotros es un honor que su familia haya venido hasta nuestro pequeño pueblecito.

—Es usted muy amable, para nosotros también es un... un... eeeem —contestó, vacilante, el futuro duque.

—¿Un honor, quizá? Aunque nuestra humilde población les parecerá poca cosa.

—Oh, no, Langfalls es un pueblecito de lo más eh... de lo más ummm.

Decidí interrumpirle pensando que rumiaba algo y no precisamente un pensamiento.

—Sí, es de lo más ummm, nos lo dicen mucho. De hecho, es reconocida como la tercera población más ummm de esta zona del país.

Gracias a él, que ha viajado, pude saber que Londres en esta época del año está muy eehm; que Bath es agradable, pero es mejor no ir cuando ooh; y que sus hermanos aún no han finalizado sus estudios, pero que se temen que el mediano quizá ammm.

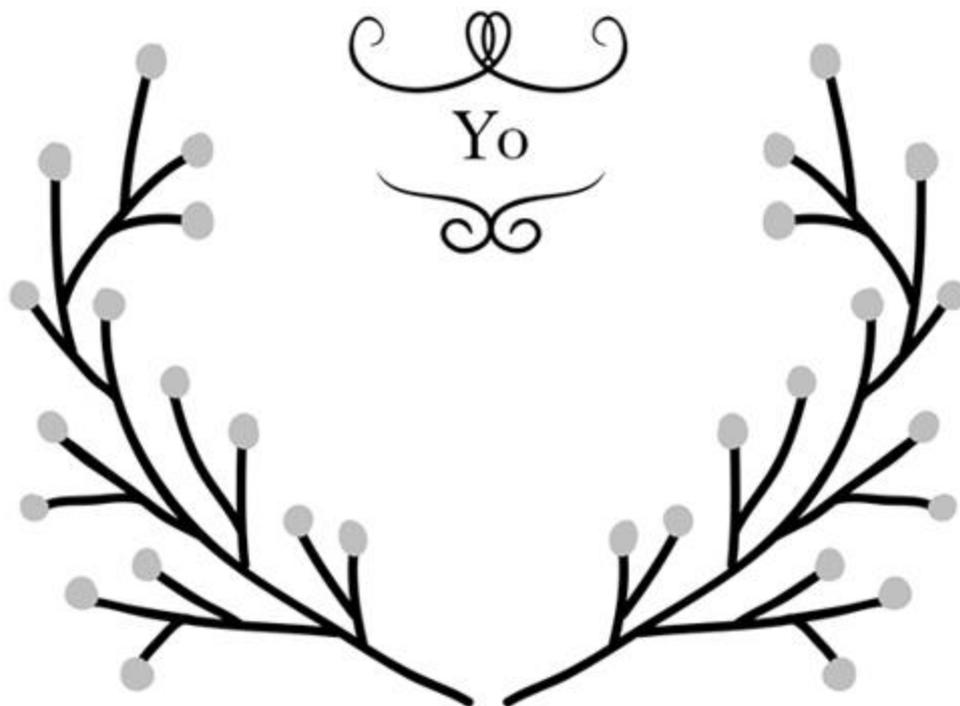
Y mientras yo estaba a punto de ahogarme en este mar de anacolutos (he tenido que buscar esta palabra en un diccionario de mi hermano o quizá de su amigo), al otro lado de la mesa podía contemplar como lord Skeffington parecía hipnotizado por la charla de miss Agnes, lord Arlington, por la sopa de tortuga y mi madre, por mi posible futuro marido.

¿Te has dado cuenta alguna vez, querida Edwina, de que cuando más te estás aburriendo, mejor parecen pasarlo los demás? Pues en ese momento todos parecían pasarlo mejor que yo. Todos menos Anémona, que tenía todo el aspecto de estar sufriendo enormemente, aunque sospecho que algo tenía que ver con el desfile de platos que, siguiendo nuestras instrucciones, dejaba pasar sin probar bocado.

La cena terminó y poco más hubo de reseñable aquella noche, en la que se sucedieron las piezas de baile hasta que la música, que cada vez sonaba con menos fuerza, cesó con brusquedad,

momento en el que descubrimos que los músicos habían ido abandonando, uno a uno, su puesto aprovechando que nadie los veía gracias a que a los Bouvril se les había ido un poco de las manos la decoración de arbustos y plantas con la que ahora se estila adornar la zona de los músicos. Cuando se descubrió, todos nos quedamos sin palabras, menos la tía de Agnes, que exclamó a voz en grito: «Ya decía yo que tocaban muy bajito».

Recibe un saludo de tu cordial y afectísima amiga,



Capítulo 12



La clase de baile



Querida Edwina,

¿Recuerdas que te mencioné que mi madre había contratado a un profesor de baile? Y nada menos que francés, para conseguir que su primogénita sea la auténtica estrella social de cualquier reunión que se precie y para ver «si te colocamos de una vez por todas, hija mía», según sus palabras.

Pues debo comentarte, sin más dilación, que mi madre ha decidido despedir al profesor porque quería enseñarme un baile que era... ¡una inmoralidad!

Así lo llamó mi madre, «una inmoralidad». ¡Por fin, Edwina! ¡Mi primera inmoralidad! Tanto he oído hablar de ellas que me hace ilusión pensar que he tenido algo que ver con una, o que al menos estuve a punto de tener algo que ver con una.

Lo cierto es que, ya en una de las primeras lecciones, se vio que Monsieur (porque se llama Monsieur, ¿verdad que es una casualidad?) no empezaba con buen pie, lo que sin duda es un gran problema siendo profesor de baile, creo yo.

El primer conflicto comenzó cuando me pidió que bailara un cotillón para que pudiera observar mi estilo. Yo veía por su expresión que la cosa no iba bien, aunque, siendo francés, nunca se sabe, claro.

A los pocos pasos, me interrumpió con un evidente gesto de fastidio:

—¿A *eso* le llama usted bailar el cotillón? ¡Solo en Inglaterra se le podía llamar a eso cotillón! Es terrible lo que se ha hecho en este país con ese baile tan grácil, tan delicado. Pero ustedes han perpetrado con él un... ¿cómo se dice? Le han hecho lo mismo que le hacen al cordero al añadirle menta...

—A lo mejor es que el cotillón inglés se baila así —me atreví a decir, aunque sin mucha seguridad.

Se frotó las sienes mientras parecía que iba a sufrir un ataque de algo, ya estaba a punto de ofrecerle las sales cuando habló:

—Que sepa, señorita, que el cotillón es un baile francés y que su nombre significa... ¿cuál es la palabra? Ah, sí, significa «enaguas». —Mi madre carraspeó discretamente y, como Monsieur no se diera por aludido, siguió tosiendo hasta que el profesor terminó por preguntar—: ¿Se le ofrece algo, madame? ¿Desea usted un vaso de agua?

—Disculpe, no sé cómo será en su país, pero aquí no decimos según qué palabras en presencia de jovencitas impresionables.

—¿Puedo saber a qué palabras se refiere?

—Pues a... bueno, mi hija no está acostumbrada a escuchar de labios de un hombre según qué cosas.

—Lamento tener que decir que sigo sin comprender a qué se refiere, madame Hor... Hauthor... Hortonsmith-WilliamSPORT.

—Monsieur —¿ves, Edwina, como se llama Monsieur?—, le pido encarecidamente que no vuelva a referirse más a las enaguas, es más, no debe usted mencionar delante de mi hija ninguna prenda de ropa que toque directamente el cuerpo.

—¿Ninguna?

—*Mais non* —dijo mi madre con tono firme, aunque me fijé en que no pudo evitar una sonrisa, porque en el fondo creo que se sentía satisfecha de haber podido introducir una frase en francés que no desentonara con el resto de la conversación, que yo llevaba días queriendo decir en algún momento lo de haber perdido una pluma en el jardín, y no había manera.

—¿Y el sombrero? ¿Puedo decir sombrero? Es que en algunos bailes los caballeros hacen el gesto como de...

—Sí, claro, porque el pelo no forma parte del cuerpo, eso lo sabe todo el mundo.

Monsieur puso el mismo gesto que cuando le ofrecimos el pastel de pichón, pero al final hizo una reverencia y susurró «*Bien sûr*», y menos mal que no dijo nada más complicado, o no te lo hubiera podido escribir aquí, amiga mía.

Las cosas parecían haber vuelto a su cauce, después de aquel tropiezo inicial. Al hablar de clases de baile he pensado que esta imagen del tropiezo era muy adecuada, ¿no te parece, Edwina?

Hasta que el último día se presentó diciendo que iba a enseñarme un baile nuevo, que al parecer triunfa en el continente, pero en cuanto mencionó su nombre, mi madre dejó su labor, se levantó de un salto y exclamó:

—No doy crédito, Monsieur, supongo que no pretende enseñarle a una señorita ese baile en el que... —Miró a ambos lados y bajó la voz—... Ese baile en el que el caballero, hija mía, no escuches esto, en el que el caballero toca a su pareja de baile.

—Disculpe, madame, pero en todos los bailes el caballero sujeta gentilmente a la damisela.

—Pero por el brazo, y no por, no por...

—¿Por la mano? —pregunté yo.

—No, algo más íntimo.

Yo pensaba: «¡Por favor, que no sea el chal!».

—Es una auténtica inmoralidad —¿ves como nunca te miento, Edwina?—, algo indecoroso, porque le toca algo que... que ningún caballero debería tocar jamás a ninguna dama —sentenció mi madre.

—¿El qué? —pregunté yo sin poder contenerme.

—¡La cintura! —exclamó mi madre, ya muy alterada.

—Pero madame Hortonsport-Williamspare, ¿que nunca debe...? —intentó defenderse el profesor.

—Jamás. Llevo casada más de veinte años y puedo decir orgullosa que lord Hawthornetone-Williamsmith nunca me ha tocado la cintura, es más, ni siquiera creo que sepa dónde la tengo.

—¿Y su marido? —preguntó el profesor, que parecía confuso.

Y ese fue el momento exacto en que Branson le echó de casa.

—Gracias, Branson —le dijo después mi madre, al tiempo que este le traía las sales.

—Si me lo permite la señora, diré que eso es lo que ocurre cuando se contrata a —leve tosecilla— extranjeros.

El gesto compungido de nuestro mayordomo lo decía todo.

—Según dicen, semejante indecencia ya se baila en los salones de Francia —comentó mi madre.

—Francia, comprendo.

Y asentimos todos, como si tuviéramos la más remota idea de cómo pueden ser las tres pulgadas que siguen a las blancas costas de Dover.

—Hija mía, olvida todo lo que aquí ha ocurrido y piensa que ese... ese baile no es más que una moda pasajera, que pronto se olvidará, es más, aquí, en la noble Inglaterra, jamás triunfará.

—Y ¿puedo preguntar cómo se llama, madre?

El gesto de mi madre me hizo pensar que no, que no podía, pero insistí.

—Es para estar alerta, por si se sugiere bailar en alguna reunión, para que no me pille desprevenida.

—Vals, hija, se llama vals.

Una de las consecuencias del despido, además de que sigo sin ver de cerca cómo es una inmoralidad, es que, ahora que me he quedado sin fuente de conocimientos, no sé cómo continuar con las pequeñas clases y consejos que daba a miss Thompson sobre este tema.

Así que estoy haciendo memoria de lo que nos enseñaban en el internado sobre bailes para poder después contárselo bien a ella. Ayúdame, Edwina, y dime si no estoy equivocada y si se me olvida algo importante.

Casi lo primero que hice fue indicarle el orden de los títulos nobiliarios. ¿Recuerdas cuando nos lo explicó mistress Wilde? Yo creo que aún me acuerdo de sus palabras exactas:

—Es muy importante conocer a la perfección esta relación, por si acaso te solicitan un baile, saber en qué orden se concede, y mucho más si lo que te solicitan es en matrimonio, o necesitas saber a quién pedirle un préstamo y una recomendación para que tu hijo entre en una escuela adecuada, ahora que tu marido falta y te ves obligada a dar clases a un grupo de criaturas malcriadas sin el más mínimo talento para el baile.

¡Ah, recuerdo con cariño a mistress Wilde! ¿Tú no, Edwina?

Así que se lo enseñé a miss Thompson, haciendo mucho hincapié en el asunto:

—Recuerda amiga, recuerda, el orden es: duque, marqués, conde, vizconde, barón y caballero —se lo expliqué así, aunque francamente sigo sin entender por qué un conde es más que un vizconde, si un vizconde tiene más sílabas.

—Duque, conde, marqués...

—No, no, duque, marqués, conde... No pasa nada, son cosas que no son tan fáciles de recordar si no has nacido de noble cuna.

—Comprendo, la sangre noble que...

—No, es que lo tenemos escrito en un lado de la cuna: duque, marqués...

Aún me falta explicarle la polonesa a Anémona, lo que me recuerda lo que nos contó la profesora de baile.

He seguido recordando algunas de las sabias lecciones de mistress Wilde:

—En el baile, la dama y el caballero deben evitar largas conversaciones, un mínimo de palabras o una ligera conversación es lo más aceptable.

También nos alertaba sobre las parejas de baile poco recomendables:

—Un caballero no debería invitar a una dama a bailar una pieza de baile con la que no esté familiarizado.

—¿Porque resulta molesto y vergonzoso para una señorita tener una pareja que no pueda acompañarla convenientemente? —preguntó Elinor, que ya sabes que siempre fue un poco redicha, por cierto ¿qué habrá sido de ella?

—Bueno, sí, y porque no os hacéis idea de lo finos que son esos zapatos de baile de mujer y lo gruesos que son los de los caballeros.

¿Qué más? Ah, sí, corrígeme, Edwina, si me equivoco, también nos decía:

—Está extremadamente poco recomendado que los casados bailen juntos, excepto en el baile inicial.

—¿De la noche? —preguntó Susan, creo recordar.

—De su matrimonio, en ciertos casos —le contestó mistress Wilde.

Me acuerdo de que me susurraste discretamente:

—Así que si quieres librarte de un caballero que no sepa bailar, lo mejor es que te cases con él, ¿no?

Lo sé, porque aún lo tengo apuntado en mi libreta: «Casarse con un torpe».

También le he comentado a Anémona que una dama puede rechazar la petición de baile de un caballero en un baile público, pero nunca debe hacerlo si se trata de un baile privado.

Lo que creo que explica por sí mismo por qué, desde que llegó el capitán Hursthall, tantas damiselas hayamos solicitado con tanta pasión que se celebre un baile público en nuestro querido Langfalls Upon Avon.

Algunas otras cosas sobre las que he aleccionado a mi sencilla amiga:

—No te puedes negar a bailar con un caballero, pero no se debe bailar durante toda la noche con el mismo caballero. ¿Qué más? Ah, sí, en la sala de baile, no es correcto mantener charlas confidenciales, pero tampoco ser bullicioso y hablar demasiado alto.

Miss Thompson, después de explicarle todo esto, repasó sus notas y ¿sabes lo que me dijo?

—En definitiva, que no se puede rechazar a ningún caballero, al mismo tiempo que hay que evitar aceptar a los que no bailan muy bien; no se puede dejar de bailar, pero tampoco aceptar demasiadas invitaciones del mismo; no se debe hablar mucho, ni poco, ni muy alto ni muy bajo. —Suspiró y añadió—: O sea, que si no quieres equivocarte en absolutamente nada cuando vas a un baile, lo mejor es que te quedes en casa, ¿no?

¿Ves, Edwina, ves como mi alumna es muy inteligente? ¡Lo ha entendido perfectamente a la primera!

Y ahora que he podido presumir de las dotes de mi *humilde* amiga y de mi habilidad como profesora, llega el momento de que me despida de ti deseándote que recibas la cordialidad de los afectísimos saludos de tu amiga,



Capítulo 13



La presentación de la señorita de compañía



Querida Edwina,

Con el baile que te relaté en mi última carta, ha empezado esta pequeña temporada social que celebramos aquí en el campo, entre las repetidas protestas de Agnes Mallowan, que insiste en explicarnos a todos que «la Temporada» es la de Londres. Con este comienzo de temporada mi madre ha decidido tres cosas: una, que este año me voy a comprometer; dos, que para ello acudiremos a todos los bailes, recibiremos y realizaremos visitas como si nos fuera la vida (y a mí, la soltería) en ello y, tercero, que la va a llevar a la tumba acompañarme a tantos compromisos.

Dice que se ve incapaz de seguirme en el variado intercambio social que se va a producir y que, por otra parte, y el reciente y desgraciado episodio con Monsieur parece que le da la razón, que una señorita no puede quedarse sola, bajo ningún concepto, en estas visitas.

Será bajo ningún concepto, pero sí dentro de algunas salas, porque cuando viene Anémona y nos ponemos a hablar de muselinas, siempre se acuerda de que tiene cosas que hacer y la perdemos de vista.

Añade que todo este trajín social interfiere con sus obligaciones, sean las que sean, como esforzada ama de casa de una mansión que cuenta con mayordomo, ama de llaves, cocinera, cuatro pinches de cocina, cinco doncellas, dos mozos de cuadra, varios lacayos y un número indeterminado de criados, a los que francamente no distingo unos de otros. La verdad es que si me preguntas, podrían ser el mismo que se mueve mucho.

Todo esto que te acabo de escribir sobre la gente que trabaja en esta casa lo ignoraría si no fuera porque me lo ha contado Lucy.

Volviendo al tema de mi madre y su inquietud por tener que acompañarme toda la temporada, te diré que aprovechando la habitual visita pedigrüña de mistress Pilgrim de los martes, le planteé el tema:

—Querida amiga, creo que estará de acuerdo conmigo en que hay asuntos en los que una viuda puede aconsejarte mejor que nadie.

—Sí, claro.

—A lo mejor, conociendo mi situación familiar, ya sabe a lo que me refiero.

—Creo que sí —contestó la viuda, bajando el tono, y añadió—: ¿Quiere decir en cómo enmascarar el sabor de algo, de digamos... un preparado en un pastel de carne?

—¿Un preparado como qué? ¿Una medicina? —preguntó sorprendida mi madre.

—Sí, sí, claro una medicina, qué otra cosa podría querer ocultar una viuda en el pastel de carne favorito de su marido, sobre todo antes de ser viuda —se apresuró a contestar mistress Pilgrim.

—No, no es nada de eso, aunque es una información que una mujer casada nunca encuentra inútil. Más bien pensaba en que ha llegado el momento de contratar una carabina para mi hija.

—Sin duda, una señorita que se precie debe ir siempre acompañada de alguien que pueda destruir cualquier conato de diversión en su día a día.

—Veo que estamos de acuerdo, y he pensado que una viuda de escasos recursos como usted conocería a alguna candidata adecuada al puesto. —Ante el gesto de interrogación (también sabe poner cara de algunos signos más, como los puntos suspensivos y el de punto y coma, pero no le salen tan bien) de Pilgrim, mi madre continuó explicándole—: En fin, yo supongo que las mujeres que están acostumbradas a hacer muchas economías y a arreglarse la ropa de temporadas pasadas de alguna manera se conocen entre sí. ¿No tienen ustedes una Hermandad del Remiendo o algo así?

—Ahora que lo pienso, la prima de la hermanastra de mi marido, la que vive en Surrey, conoce el caso de una dama venida a menos, que se dedica a estos menesteres. Verá, sé que fue educada bajo la severa supervisión de su padre, el general retirado Peabody. Un caballero correctísimo que solía ser conocido por todos por imponer la más estricta disciplina a su familia, hasta que...

—Comprendo, hasta que falleció.

—No, hasta que se fugó con una cabaretera parisina gastándose en ella todo cuanto poseían.

—Hija de un general retirado y disoluto... Esta candidata me empieza a interesar.

—Sí, esta señorita cumple todos los requisitos habidos y por haber: familia caída en desgracia, falta de belleza física, hecatombes personales sinnúmero, conversación aburrida, pelo difícil... ¡Con decirles que pasó directamente de los once años a cumplir los cincuenta!

—Me parece perfecta. Por favor, mistress Pilgrim, ¿cree que podría conseguirmos una entrevista con esa maravilla?

—Haré lo que pueda.

Dos días más tarde, la diligencia nos trajo a una urraca con maletín que resultó ser miss Peabody. Después de las debidas presentaciones y una vez conseguimos que Branson no intentara hacerla huir con la escoba que emplea cuando se posan cuervos en el jardín, nos sentamos con ella en el salón. Mi madre comenzó la conversación.

—En primer lugar, reciba nuestras mayores condolencias.

—¿Por ser señorita de compañía? Gracias, son ustedes muy amables.

—No exactamente, quería decir por su pérdida.

—¿De mi juventud y esperanzas?

—No, verá, usted va de luto y supuse que había habido un fallecimiento en su familia recientemente. ¿Por quién lleva luto, miss Peabody?

—Eso quisiera saber yo, pero se me ha muerto tanta gente que ya no me salía a cuenta confeccionarme más vestidos. En caso de que yo pudiera hacer tal cosa, claro.

Nos interrumpieron mientras traían el té y mi madre aprovechó la circunstancia para cambiar de tema.

—Estimada señorita, mistress Pilgrim nos ha hablado maravillas de usted, nos ha asegurado que está usted magníficamente dotada para el puesto.

—Si me permiten que deje la modestia a un lado, la modestia y este bolso tan feo que he traído, puedo afirmar positivamente que me han despreciado las más nobles damas de Inglaterra.

—¿Y ser despreciada forma parte de sus obligaciones? —pregunté yo, inocentemente.

—Por supuesto, hija, es una de las más importantes —dijo mi madre en voz baja—. Disculpe a mi hija, es muy joven y un poco atolondrada.

Miss Peabody hizo un gesto de condescendencia y continuó hablando:

—Mis características personales innatas y habilidades profesionales adquiridas son las más adecuadas para el puesto, si me permiten el comentario.

—Se lo permitimos, aquí en el campo somos muy de permitir comentarios.

—Quizá hayan notado que las miro con gesto reprobador, ¿no es así?

—Pues, ahora que lo menciona...

—Gracias por notarlo. Es que, aunque esté mal que yo lo diga, me siento orgullosa de mi gesto de profunda desaprobación, y además es un gesto que puedo poner constantemente. Mi profunda desaprobación ha merecido elogios de las más nobles casas de Londres.

»A mi modo de ver, una buena dama de compañía debe ser una artista en el gesto de desagrado. También existe la modalidad «Señorita de compañía torpe y asustada» que no mira mal a nadie, es más, que no levanta la vista del suelo; pero yo creo que una familia de tan rancio abolengo como la suya merece una firme y constante profunda desaprobación, ¿no están de acuerdo?

Mi madre y yo exclamábamos extasiadas varios ohs y ahs, sin atrevernos a interrumpir su charla.

—Realizo las labores de punto y bordado más feas e inútiles de Inglaterra y parte de Gales. De Escocia no, para qué vamos a negarlo. —Suspiró con cierta pena—. Pero puedo asegurar que varios bebés se han negado a venir al mundo al saber que les estaba esperando ropita confeccionada por mí. Sin ir más lejos, ahora mismo estoy realizando mi tercer bordado sobre los Cuatro Jinetes del Apocalipsis.

»La gente se aburre conmigo como con ninguna otra, especialmente si se trata de jóvenes. Puedo contar historias sobre parientes enfermos durante horas. En fin, que llevo sembrando el aburrimiento entre los jóvenes desde 1780 y puedo decir que estoy muy orgullosa de ello.

»Los perros me muerden los botines en cuanto me ven aparecer, no diré las piernas, porque una señorita de compañía no tiene piernas.

—¿Nunca? —no pude dejar de preguntar.

—No una que se precie. Una buena señorita de compañía no tiene más partes del cuerpo que el estómago, para que le duela.

—Aquí tenemos unos perritos especialmente voraces —dije yo.

—No haga caso, son realmente adorables —intervino mi madre.

—Los adorables son los peores, pero le aseguro que no quedarán descontentos, milady.

Mi madre la miraba llena de admiración.

—Sin duda creo que usted es perfecta para el puesto, señorita... Ummm... disculpe, no recuerdo ahora...

—Peabody, como ve, hasta mi nombre es adecuado para mi detestable trabajo.

—Y dígame, ¿tiene mucha experiencia como señorita de compañía de una jovencita casadera? Es decir, ¿qué ocurre si por ejemplo, ejem, no sé cómo decirlo delante de una muchacha tan impresionable como mi hija, si es necesario relajar un poco la vigilancia?

—Le diré, señora mía, que si bien sé acabar por completo con cualquier conato de romanticismo, también me entra mucho sueño cuando conviene. Y dígame, ¿qué años tiene esta encantadora jovencita?

—En poco más de un año cumplirá los veinte.

—¡Veinte! Tranquila, ya estoy empezando a bostezar.

Y así, querida Edwina, es como miss Peabody ha pasado a formar parte de nuestras vidas.

Recibe un saludo cordial y afectísimo de tu amiga,



Capítulo 14



La visita de agradecimiento a la duquesa



Querida Edwina,

Me he dado cuenta de que hace por lo menos un par de cartas que no me intereso por tu salud y por la de los tuyos, así que permíteme que te exprese mi deseo más ferviente de que te encuentres bien, tanto tú como todos aquellos que forman parte de tu familia, tus amistades, los miembros del servicio de tu mansión y todos y cada uno de los londinenses a los que conozcas, o con los que jamás hayas cruzado —o vayas a cruzar— un solo saludo, a lo largo de tu vida.

Subsanado este apartado, y esperando que esto me sirva para varias ocasiones más, pasaré a responderte a lo que me preguntas en tu última carta: sí, hemos estrenado ya a la señorita de compañía.

Como bien sabes, querida Edwina mía, en los días inmediatamente posteriores a haber asistido al baile es de buen tono visitar a los anfitriones, y así, con la excusa de agradecerles la invitación,

se puede recuperar algún abanico perdido o algún carné de baile que se te haya caído casualmente cuando mister Hursthall te solicitaba una pieza.

Que yo a mister Hursthall no le pienso conceder nada mío, ni entero, ni por piezas.

Así que ayer por la tarde, nos dirigimos a Grosvenor Manors mi madre, miss Peabody y tu adorable amiga (yo, Edwina, yo).

Mientras esperábamos en el carruaje a que nuestro cochero entregara la tarjeta al mayordomo de los Bouvril, mi madre me aleccionaba con dulces y maternales consejos.

—Mantente erguida, no hables si no te preguntan, no canturrees. Y, sobre todo, no me hagas pasar vergüenza, hija, yo de verdad no sé quién te ha educado.

Al entrar, después de los saludos de rigor y de preguntar por la salud de la duquesa, sus hijos y de todo el establo en general, llegó el típico momento en que todos se quedan callados y se oye un suspiro y un aaaay.

Mi madre iba dispuesta a mostrarse cordial con su futura consuegra con unos amables comentarios.

—He de decirle, querida amiga, que el baile que celebraron fue el mejor de los organizados hasta ahora en toda la región.

—Me abruma usted, lady... y créame que completaría la frase si fuera capaz de pronunciar su apellido completo sin equivocarme.

—No lo pasaba tan bien desde que nosotros organizamos uno, ni veía una orquesta tan completa desde que nosotros contratamos a tres músicos más y no probaba una cena...

—Déjelo, querida amiga, ya le he dicho que me abruma usted. Mucho. —Más «aaaaaay»—. Me encanta organizar estos bailes porque me dan la oportunidad de poder contemplar a jóvenes bien educados compartir una diversión sana —dijo la duquesa, rompiendo el silencio y los «aaaays», y añadió mirándome directamente—: En buena compañía.

—Sin duda —afirmó mi madre.

—He de decirle que han criado ustedes a una jovencita adorable.

—Creo que puedo afirmar, sin falsa modestia, que yo también creo que su padre y yo hicimos un buen trabajo escogiendo la institutriz adecuada.

—Qué muchacha más encantadora, qué dulce es y qué buenas dotes tiene, ¿verdad?

—Sí, sobre todo dotes.

La duquesa bajó la cabeza en señal de aquiescencia, o eso, o que le dolía el cuello porque a su doncella se le había pasado la mano con los rizos esa mañana. Mi madre suspiró y exclamó, como arrobada.

—Sí, es una jovencita muy bien educada, ahora mismo se lo decía a ella de camino aquí.

—Quiero que sepa que en el baile no se paraba de comentar lo encantadora que estaba: el vestido, el peinado, su porte y un *je ne sais quoi*...

—Me lo dicen mucho, es su renta anual, que le da un resplandor especial.

La duquesa viuda sonrió y le lanzó una mirada de impaciencia a su hijo, que este no captó, pues todo este tiempo había estado parado mirando al infinito con esa placidez que solo tienen los que poseen muchas rentas o pocas luces. Y en su caso, ambas cosas a la vez.

La duquesa me animó a que les deleitara un poco tocando el piano.

—Un poco, sin pasarse —añadió.

—Por cierto, duquesa —intervino mi madre—, me han comentado que tiene usted uno magnífico en otra habitación de la que nos separan varias estancias con gruesas puertas.

—Sí, a tres saloncitos de aquí tenemos otro piano, pero es exactamente igual a este.

—Da igual, es bueno que la juventud viaje y vea mundo. Venga, hija, deléitanos, pero desde el otro ala de la casa.

La duquesa recogió el guante. Sí, un guante que resultó que se me había caído al entrar, y dirigiéndose a su hijo, que seguía dedicándose a rumiar apoyado en un mueble, exclamó entusiasmada:

—Sí, hijo, qué buena idea, seguro que puedes enseñar a nuestra querida y soltera invitada el camino a la sala de música.

—¿El cuarto de música? ¿Ese es el de ummm, eeeh?

—Sí, hijo, ese mismo, donde encuentres unos cuantos instrumentos junto a un ummm y a un eeeh, entráis y os quedáis ahí un ratito.

Mi madre me hacía discretos gestos para que me levantara de la silla al tiempo que exclamaba muy animada.

—Y que os acompañe miss Peabody, que pocas cosas animan más la reunión entre dos jóvenes que una mujer de mediana edad vestida de luto entre los dos.

Avanzamos pues los tres por un impresionante pasillo al que daban varias puertas de magníficas maderas; a la tercera, nuestro anfitrión encontró la correcta. Para mí que el piano le dio una pista. Sobre el instrumento había un buen número de partituras; empecé a ojearlas, haciendo algunos comentarios casuales.

—¡Qué deliciosa salita tienen ustedes aquí!

—Sí, mi madre piensa que ummm...

—No me suenan estas partituras, ¿son nuevas?

—Creo que las hemos traído de Londres, donde han eeeh...

Con la intriga de si habrían triunfado en Londres o quizá habrían fracasado miserablemente, comencé a leer sus títulos.

Miss Peabody, a todo esto, empezaba a cabecear ostensiblemente; me acerqué a ella aprovechando que el futuro duque parecía abandonarnos mentalmente de forma definitiva y le dije en un aparte (aunque no hacía ninguna falta):

—Déjelo, señorita, creo que no es necesario que se duerma en este caso.

—¿Eh? Oh, disculpe, ¿me he quedado traspuesta? —La señorita de compañía parecía realmente despertar de un profundo sueño—. No era mi intención, de veras, es que la conversación de nuestro anfitrión es tan, ¿cómo decirlo?, es tan chispeante...

—¿Chispeante?

—Sí, es como una chispa que se enciende y después se apaga, digamos que es una chispa que nunca llega a encender el fuego.

No sé, Edwina, ¿tú crees que le faltará pinaza? Que dice mi padre que viene muy bien para las chimeneas. Y lo más importante, ¿habrá algo malo en que a un marido le falte pinaza? Sobre todo si le sobran posesiones.

En vista de lo poco estimulante de la conversación, escogí la partitura que mejor encajaba a mis dotes como pianista, que para ser exactos, era la que no tenía nada más complicado que una corchea, y comencé a tocar. El resultado de mi interpretación fue desigual, miss Peabody se terminó de quedar dormida, pero Bouvril recitó todo el ritual de cumplidos excesivos que siempre acompaña al final de la intervención al piano de una señorita, no descarto que por alivio de que haya finalizado.

Yo, por mi parte, no dejé de protestar a todos sus elogios, como marcan las buenas costumbres.

—Si apenas sé tocar cuatro notas.

—No, eeeh, no sea modesta.

—No, de veras, nunca he pasado del «fa», aunque me han dicho que el «la» no está nada mal. Una vez creí que había llegado al «si», pero mi mayordomo que había entrado a retirar el servicio de té, al oírme, dijo: «¿Me permiten que me tome la libertad de sugerir que es el momento de avisar al afinador de pianos?», y por el entusiasmo con que mis padres acogieron la idea, yo diría que sí, que se lo permitían.

—Insisto en que ha sido, uuum, encantador escuchar su interpretación.

Reconozco que me empezaba a interesar la conversación y contesté con un tono pícaro:

—Si sigue insistiendo usted, va a conseguir que me marche enfadada.

—¿Nos vamos? —interrumpió miss Peabody súbitamente despabilada.

Por supuesto que no nos íbamos a ir en ese momento, tengo por norma no abandonar nunca una habitación mientras se está hablando bien de mí. Decidí insistir un poco, ahora que parecía que el futuro duque estaba lanzado y hasta había llegado al punto final en un par de frases.

—Me halaga, además usted, que ha viajado tanto y conoce tanta gente, habrá escuchado a muchas señoritas con grandes habilidades musicales, mucho mejores que las mías.

—No, no, de veras que eeeh.

Ataqué, antes de que volviera a perder el hilo.

—No le creo —risita pícara—. Sin ir más lejos, en el mismo Langfalls Upon Avon, hay varias damas que tocan mucho mejor que yo —dejé caer para ver si sabía continuar.

—Debo dis... discrepar, eso es.

—Sin embargo, son muchos los que opinan que miss Agnes Mallowan está mucho más dotada para la música que yo.

Bouvril se quedó callado un minuto, que supuse que estaría empleando en pensar en las palabras finales de sus próximas tres frases, pero tampoco se le puede pedir tanto a un caballero; es cierto que le faltan las palabras, pero cuenta con otras muchas virtudes, grandes virtudes en forma de mansiones y tierras distribuidas por todo el país, tengo entendido.

—Ni mucho menos, señorita, miss Agnes —parecía buscar las palabras, ahora solo había que esperar que las encontrara—, con toda seguridad esa señorita contará con muchas cualidades, no lo dudo, pero en ummm, eeeeh, en ninguna la ventaja a usted, estoy seguro.

La conversación ganaba interés por momentos, no se podía negar.

—Pues más de una vez he oído grandes halagos sobre la manera de cantar de miss Agnes.

—No sé qué decirle, siempre que canta algo, súbitamente eeeehm, súbitamente recuerdo que debo abandonar la habitación en ese momento.

No pude evitar una risita.

—Oh, cómo es usted, caballero, me voy a enfadar mucho si sigue hablando así —añadí en tono coqueto—, le advierto que Agnes es una de mis mejores amigas.

—¿De las mejores? ¿Debo pedirle disculpas? Porque yo, eeeeh...

—Después se disculpará, después; dígame ahora lo que opina del peinado de Agnes, esa adorable cascada de rizos.

—¿Cascada? Nunca he sido aficionado a esos accidentes geográficos.

Me reí cubriéndome parcialmente con una partitura, pero poniendo cuidado en que pudiera ver bien mi mejor mirada pícara. Me quedó bastante lograda, a ti te lo puedo decir, Edwina, aunque seguí lamentando haberme dejado el abanico en la otra sala, pero es que, francamente, con Bouvril no pensé que lo fuera a necesitar, no es un hombre que la haga abanicarse a una, o eso pensaba hasta ese momento. Él continuó, alentado por mis risitas.

—Y un accidente precisamente es lo que me parece ese eeeehm, ese pelo.

Ah, Edwina, qué encantadora sorpresa, Bouvril y yo tenemos algo en común, probablemente una de las cosas que más te puede unir con otro: poder criticar a un tercero juntos.

—Tengo entendido que ha tenido el placer de tratar con miss Mallowan bastante en Londres, ¿no es así?

—Alguna vez he tenido la... el... la... bueno, he tenido que encontrármela en más de un salón de la capital.

¡Eso lo explica todo! Si tiene que aguantarla durante todo el año, se entiende que hasta pueda acabar las frases cuando piensa en ella. ¡Así son los milagros de Agnes!

Continuamos así algún rato más, y puedo decirte, amiga mía, que cuando abandoné Grosvenor Manors veía a mi pretendiente de otra manera. Más alto y más fuerte, incluso un poco menos parecido a un bovino. Reconozco que quizá a un buey sí que se sigue pareciendo un poco, pero a uno que ganaría en una feria de ganado sin admitir rival.

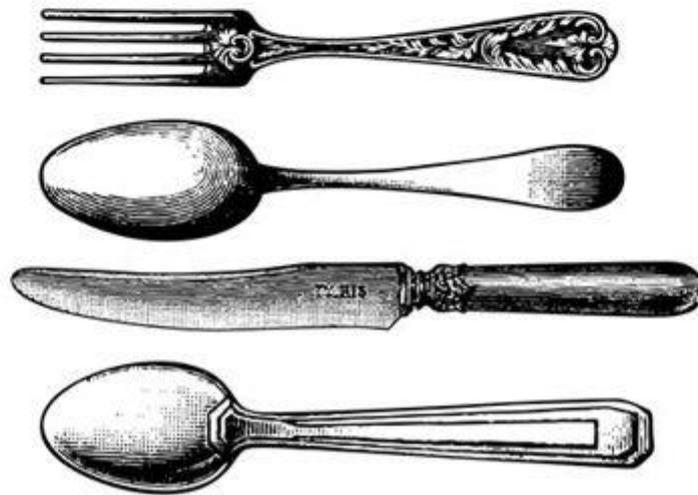
Recibe la cordialidad del afectísimo saludo de tu amiga,



Capítulos 15 y 16



La merienda campestre.
Dos capítulos, sí. Es que se
me hizo larga



Querida Edwina,

Estas semanas han sido muy agitadas. Desde que se celebró aquel primer baile, se intercambian invitaciones con frecuencia y raro es el día en el que no debemos asistir a una cena o a una partida de *whist* e incluso, si nadie lo remedia, a una velada musical. Esto último de la velada musical era algo que, por razones que no acabo de comprender, miss Thompson esperaba con una gran ilusión, ilusión al parecer que se esfumó por completo en cuanto oyó los gorgoritos de mistress Watkins, y eso, créeme, sí que lo puedo comprender.

Edwina, a ti te lo puedo confesar, hay momentos en los que creo que todos añoramos la época en que creíamos que el doctor Watkins era viudo.

Y así, entre recibir y devolver visitas, se pasa el tiempo tan rápido que me resulta difícil decirte ahora en casa de quién cenamos tan mal el jueves, o quién nos ofreció aquel té aguado el

miércoles (y es una pena, porque le podría ofrecer todo ese exceso acuoso a los que nos dieron aquella sopa intragable).

Sin embargo, no podía dejar de contarte el que sin duda ha sido el acontecimiento social de la temporada, sobre todo porque ha sido organizado por la familia más importante de todas las de la zona: la mía.

Y es que mi padre, lord Hawthornetone-Williamsmith, dispuso hacer una merienda campestre en uno de los más encantadores rincones de nuestra propiedad para agasajar a la buena sociedad que está en estos días en el condado.

Ya te he mencionado en alguna de mis cartas que si no te hablo de mi padre es porque es época de caza; apenas si le vemos por casa y, cuando está, tampoco se hace notar demasiado, no como sus inseparables acompañantes: sus perros Lord y Duke.

Hasta ahora, que yo recuerde, mi padre ha tenido unos ocho perros: Lord I, Lord II, Lord III, etc. Y cuando ha tenido dos al mismo tiempo, como ahora, Lord y Duke.

No, original no es, no se puede negar, pero hay que reconocer que los nombres están bien escogidos, porque son los perros con más aire nobiliario que he visto nunca. Dice mi padre que siendo como es nuestra familia una de las más antiguas de Inglaterra, nuestros perros tienen que ser lo más aristocráticos posible. De ahí tan sutiles nombres.

¿Que de qué raza son? Pues la verdad es que no lo sé, pero espérate que ahora mismo se lo pregunto a uno que casualmente está pasando por mi saloncito.

—Eh, tú, perro, ¿de qué raza eres?

Nada, no me contesta, solo me ha ignorado por completo y hasta juraría que... Edwina, ¿un perro puede lanzarte una mirada de desprecio?

Y es que nuestro pedigrí comparado con el suyo es de segunda y, claro, nos miran por encima del hombro. Lo cual no deja de ser meritorio, teniendo en cuenta que no tienen hombros.

Continuaré con mi relato de la merienda: los asistentes éramos —por parte de mi familia— mi madre, mi padre y, por supuesto, sus perros, mi hermano y su amigo (o su amigo y mi hermano, vete tú a saber).

Los invitados de honor eran los Arlington en pleno y su invitado, lord Skeffington, la viuda Pilgrim, miss Agnes Mallowan y esa tía suya medio sorda que a veces le hace de señorita de compañía, la duquesa viuda de Bouvril y algunos de sus intercambiables bovinos hijos, que creo que accedieron a venir al saber que podían hacerlo a caballo.

Y ya pasando a los invitados de relleno, no faltaron miss Anémona y su padre, el pastor Thompson, sobre todo porque es de buen tono incluir a un miembro de la Iglesia en estos eventos, y además, siempre se le pueden dar las sobras, que es un engorro saber qué hacer con ellas en medio del campo. Y una decena de invitados más que francamente no merecen que vuelva a mojar la pluma en tinta por ellos.

Como ves, algo íntimo y sencillo.

La cocinera y sus pinches llevaban días atareadas preparando pudin, sándwiches, tartas, lengua en salsa y una gran variedad de asados de las especies animales menos rápidas de la región; en fin, lo que mi madre llama cuatro cositas improvisadas y por las que se disculpa repetidamente durante toda la jornada.

Todo transcurría más o menos como era de esperar: comíamos y comíamos, intentando terminarnos, sin ningún éxito, las cuatro cositas improvisadas, sin que el hecho de que nuestro objetivo fuera imposible nos impidiera intentarlo con todas nuestras fuerzas. El futuro duque de Bouvril me tiró la salsa de arándanos encima, en lo que para él debe de ser una señal inequívoca de cortejo; los perros de mi padre desaparecieron pronto, en pos de algún rastro, y mi padre se esfumó inmediatamente después, en pos de ellos; y al comentario de alguien de que le había picado un mosquito, Agnes contestó que en Londres los mosquitos sí que picaban bien.

Lo dicho, lo habitual.

Lo único que no me esperaba era que Agnes se levantara en medio de la reunión y dijera que quería aprovechar la circunstancia para anunciarnos una buena nueva, que no es por nada, pero si quiere anunciar algo, que organice ella una merienda.

Después de conseguir que todos le hiciéramos caso, se apartó de la cara esas lanas a las que ella llama bucles, carraspeó y dijo:

—Habrán notado la ausencia de mi hermana mayor, Prímula.

Varias voces se elevaron desde el grupo:

—¡Por supuesto!

—Apenas se puede decir que esta temporada haya merecido la pena sin ella.

—No se habla de otra cosa.

—Es que su ausencia siempre se hace notar.

Pero mientras miss Agnes se regodeaba, visiblemente satisfecha del inmenso vacío que la falta de un miembro de su familia había dejado en nuestro círculo social, otras voces se podían escuchar en un tono mucho más moderado:

—Hubiera jurado que estaba por aquí.

—Me acabo de enterar de que son dos hermanas.

—¿Entonces, *esta* no es Prímula?

—¿De verdad alguien se llama Prímula?

Y es que, sencillamente, ninguno nos habíamos percatado de que la muchacha más anodina de la zona no hubiera aparecido este año.

Entretanto, miss Agnes continuaba con su molesta costumbre de dar explicaciones que nadie le había solicitado:

—Pues sí, a mi querida hermana le ha sido imposible abandonar Londres.

—Aaaaaaaaah, en Londres, ahora se explica —exclamó alguien, alto y claro.

No sé quién lo dijo, quizá fuera yo.

—En Londres las meriendas campestres son mejores —susurró una voz detrás de mí.

Me giré y pude ver, para mi sorpresa, que era el mismísimo lord Skeffington, a quien yo creía, a raíz de las atenciones de los últimos días, su más rendido admirador.

—Pues bien, ha tenido que permanecer en Londres, como decía... —Aquí hizo algo que juraría que fue una pausa dramática que, si a alguien le hubiera interesado lo que estaba diciendo, le habría quedado muy bien—. Porque acaba de comprometerse formalmente en matrimonio.

Grandes muestras de alegría por el compromiso de una persona que casi la mitad de nosotros no recordaba, la otra mitad confundía con su hermana pequeña e incluso un par de personas no había visto en su vida.

—Felicidades a su hermana.

—Y a su padre (que no se ha dignado a venir a la merienda).

—Y a su madre (¿estas chicas, tienen madre?).

—Y, por supuesto, al afortunado novio.

—Gracias, son ustedes muy amables —contestó, bajando la cabeza con falsa modestia, que es eso que yo llamo «modestia Agnes».

Mistress Pilgrim cumplió con su papel, básico en la comunidad, y preguntó lo que todos queríamos saber o, por lo menos, lo poco que podía llegar a interesarnos.

—¿Y quién es?

—¿Quién?

—El afortunado.

—Su prometido.

—No lo pongo en duda. Preguntaba que quién es su prometido.

—No, no, yo no estoy prometida, ¿por qué dice eso?

Como ves, Agnes se estaba poniendo tan tensa que ya no sabía ni lo que decía, aunque normalmente tampoco tiene mucha idea de lo que habla, como amiga suya te lo digo.

—El de su hermana, querida, el de su hermana.

—El feliz novio.

—Esto, parece que ese punto ha quedado claro, querida. ¿Cómo se llama ese joven?

Miss Agnes soltó una risita y contestó:

—Pues yo, a partir de ahora, pensaba llamarlo «hermano político».

—Su nombre y ocupación, señorita.

—Es mister Edwards, un distinguido miembro de la Marina de su majestad.

—Y ese mister Edwards...

La viuda avícola iba a continuar el interrogatorio, cuando el mayor de los bovinos Bouvril exclamó:

—Casarse es una tontería.

Me quedé boquiabierta. ¿Esto es lo que pensaba de tan noble institución el joven que no cesaba de solicitarme bailes? ¿Para esto había escuchado tanto umm y tanto aaaa?

Mi madre me dio un discreto codazo para que cerrara la boca y me dijo al oído:

—Si este joven no piensa casarse, ¿por qué le hemos invitado a merendar?

Lucy acaba de entrar a prepararme para irme a dormir, así que debo dejar de inmediato la redacción de esta carta, que saldrá con el correo de mañana, dato este que, no encerrando ningún interés, te explicará por qué interrumpo la narración tan bruscamente.

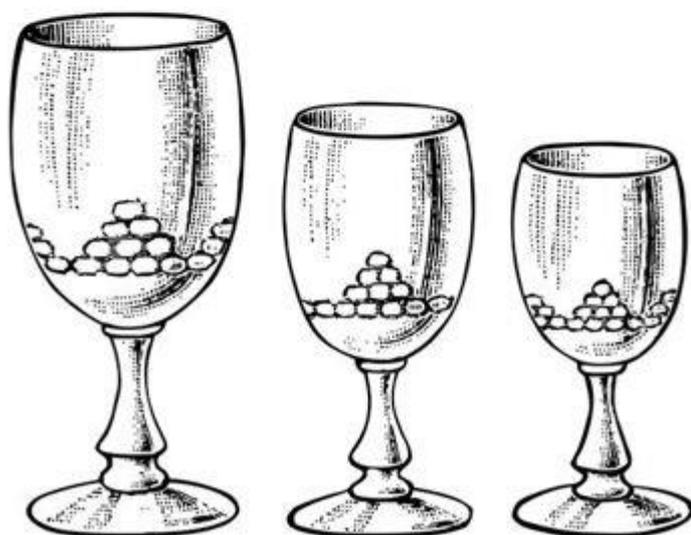
Recibe un afectísimo cordial de tu saludadora amiga (creo que tengo más sueño del que pensaba),



Capítulo 17



Vale, ahora sí que es
el diecisiete y se acaba
la merienda por fin



Querida Edwina,

Por un momento, se hizo un silencio sepulcral (si es que alguien ha estado alguna vez dentro de un sepulcro para saber si hay silencio o no), al tiempo que todas las miradas se volvían hacia Bouvril. En medio de aquella tensión, solo se oyó un entusiasta: «¿Ves, querida? Ya te dije que todos se iban a alegrar de la noticia».

Era la tía de Agnes que, por lo que se ve, además de medio sorda, es profeta entera.

Una vez roto el silencio, o quizá para olvidar tan premonitorias palabras, todos los de la reunión comenzaron a regañar cariñosamente al futuro duque por tan desconcertantes palabras, y el párroco Thompson, tomándose el asunto como su misión pastoral del día, fue el que comenzó, no dejándole apenas probar el pastel de riñones para contarle su feliz experiencia matrimonial:

—El matrimonio, querido amigo, si me permite que le llame así y si no también, es el deber sagrado de todo cristiano. Escuche cómo fue mi feliz experiencia matrimonial. —¿Ves, Edwina? Una vez más, no te miento.

»Doy gracias al Señor por haberme permitido conocer a mi dulce esposa y por haber podido fundar con ella una familia cristiana, con tantos hijos para poner al servicio de nuestro Señor; yo mismo se los presentaría, si tuviera una idea aproximada de dónde están la mayoría de ellos. ¿Qué estaba diciendo? Ah, sí. Una maravillosa numerosísima familia que hizo que se mudaran sistemáticamente todos los vecinos que tuvimos durante años y que llevó a mi mujer a la tumba antes de cumplir los treinta y cinco.

El capitán Hursthall tomó el relevo aleccionando al muchacho:

—El matrimonio, querido grumete, si me permite que le llame así, es algo maravilloso, lo digo yo que no me he casado en la vida. El matrimonio es un bien tan preciado que nunca es tarde para acceder a él. Y nunca es tarde especialmente para un caballero maduro, con unas rentas regulares y cierto encanto marinero; hechos estos que harán que alguna muchacha sensata que sepa apreciar en un caballero que haya perdido la locura de la juventud y gran parte de los dientes —decía, mirando a cuanta jovencita veía cerca de él— se convierta en su esposa.

»En fin, muchacho, escuche a un viejo marinero que ha desperdiciado sus mejores años sin una buena esposa y no cometa el mismo error. No malgaste su vida como yo, viajando por todo el mundo, visitando países, haciendo fortuna, viviendo libremente pero sintiéndose siempre acompañado por la sincera camaradería de la tripulación, sintiendo la brisa del mar en la cara un atardecer mientras se surca el magnífico océano. Teniendo experiencias en los cinco continentes, conociendo exóticas nativas que...

Se ve, Edwina, que recordar que has malgastado tu juventud hace sonreír con los ojos brillantes. De hecho, el capitán se acariciaba el frondoso bigote con aspecto soñador cuando fue interrumpido por la viuda Pilgrim.

—El matrimonio, estimadísimo futuro duque, si me permite llamarle así, es el estado ideal para un caballero, lo sé por mi difunto marido, con el que estuve casada muchos años, sobre todo antes de que fuera difunto. Y fue un buen matrimonio, tan aburrido y vulgar como el propio mister Pilgrim. —Suspiró—. Ah, mi añorado mister Pilgrim, costaba diferenciar cuando estaba difunto y no difunto. Es más, puedo decir con orgullo que el nuestro fue uno de los matrimonios más insípidos de toda Gran Bretaña, y eso es decir mucho.

»Créame que no pasa un día sin que lamente su pérdida y la herencia claramente insuficiente que me legó. En todo caso, la felicidad en el seno de un matrimonio cristiano es la mayor dicha que un hombre puede conocer, esas fueron las últimas palabras de mi difunto mister Pilgrim, las que pronunció en su lecho de muerte, lo recuerdo como si fuera ayer, a pesar de que ocurrió hace un período claramente razonable como para que me pueda volver a casar, en fin, que me miró y me dijo: «Mistress Pilgrim, no sé cómo agradecerle estos años de leal servicio», porque era marino retirado, como sabrán, como usted, capitán Hursthall. ¿Sí? ¿Me escucha, capitán?

»Decía que mi difunto esposo, marino retirado, antes de morir dijo: «No sé cómo agradecerle, mistress Pilgrim (él me llamaba cariñosamente mistress Pilgrim), que haya sido la mejor esposa del mundo, sobre todo para un exmarino, porque para un hombre, especialmente un exmilitar, no hay mayor dicha que el casarse con una buena mujer como usted, mi adorable y fiel compañera». Quizá no recuerdo muy bien a mister Pilgrim, pero empiezo a pensar que antes de morir se decidió a decir todo lo que no había dicho durante años, porque en vida nadie le escuchó más que algún que otro sonido gutural, claro que el hecho de estar casado con mistress Pilgrim puede que tuviera algo que ver con esto.

La ronda no había acabado, y todos pudimos oír, alto y claro, sobre todo alto, lo que pensaba la tía de Agnes de este tema:

—El matrimonio, querido mister Virgil, si me permite que le llame así, es una magnífica institución a la que un joven acaudalado como usted (¿porque este tiene dinero, verdad, Agnes querida?) puede acceder con total libertad, no como algunas que tuvieron que casarse con un primo segundo con tan poca renta anual como conversación, y puede escoger una buena esposa,

que quizá no se haya planteado que pudiera ser una jovencita, de buena educación e inmejorables prendas morales, pero que desgraciadamente no cuenta con una herencia a la altura de esas inmejorables prendas morales.

Agnes le lanzó una mirada furibunda, enrojeciendo violentamente.

Hasta se atrevieron el horrible sombrero de Eleanora Fitzsimmons y su dueña:

—El matrimonio, querido soltero, si me permite llamarle así, es una obligación sobre todo cuando uno es un joven con una inmensa fortuna y no demasiado repugnante físicamente y que, como dice mi madre —miró a su madre, que le lanzó la mirada más seria que he visto en mi vida—, como dice mi madre, será mejor que me calle y sonría un rato.

Hablando de madres, la mía carraspeó un poco y con el aire digno con el que le habla a Branson cuando ve que la plata no ha quedado reluciente, se dirigió al futuro conde.

—El matrimonio, querido hijo, si aún tengo alguna esperanza de llamarle así, es la mayor de las fortunas para un joven, y debe dedicarse con cuidado y seriedad a postularse a esta fortuna, sobre todo con seriedad, y debe ser su finalidad principal cuando se acerque a una joven dama, sobre todo si esta cuenta con miles de prendas morales, casi tantas como libras anuales, y si los bailes que concede en una fiesta son limitados y no puede andar perdiendo el tiempo con jóvenes de ideas excéntricas.

Lord Arlington intervino y comenzó dedicándole una reverencia a mi madre.

—El matrimonio, querido amigo, si me permite llamarle así, es la mayor fortuna para los caballeros, como bien ha dicho milady, y el contraer un matrimonio adecuado, con la joven más idónea, puede reportar innumerables beneficios al feliz joven que lo consiga.

Y para mí, que en ese momento me estaba mirando. No sé, eso me pareció, llámame tonta, Edwina, bueno, llámamelo si quieres, pero procura que no me entere, como nos enseñaron en el colegio, ¿te acuerdas?

Lord Skeffington aprovechó que la atención se centraba en su inseparable compañero e intervino:

—El matrimonio, querido conocido del campo al que he visto un par de veces y cuyo nombre no recuerdo muy bien, si me permite llamarle así, es algo muy importante, y no se puede tomar a la ligera la elección de la esposa, así que no desprecie el vínculo sagrado y prepárese bien para conocer a fondo a la que será su compañera de por vida.

Al fin, todos callamos cuando la duquesa de Bouvril se dirigió a su hijo.

—El matrimonio, querido hijo, si es que aún quiero llamarte así después de lo que has dicho, y sobre todo el matrimonio adecuado para ti y adecuado para tu clase y tu linaje, es un paso que un muchacho de tu edad tiene que dar, para poder fundar una familia, a ser posible con un primogénito varón y unos cuantos críos más por si acaso.

»Pero es un paso que no se puede tomar a la ligera, sino con el criterio debido a su rango y al nombre de su familia, escuchando los consejos que una persona con experiencia y autoridad te da, una persona como una madre, por ejemplo, que es quien mejor sabe lo que te conviene y que... ¡te va a quitar el postre durante una semana, si sigues diciendo estas tonterías!

Y después de esto, ya nadie se atrevió a decir nada más sobre el tema.

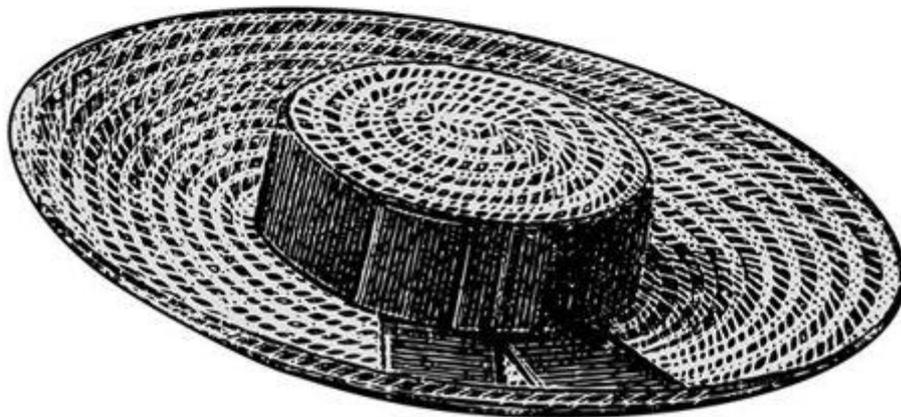
Recibe la cordialidad del afectísimo saludo de tu amiga,



Capítulo 18



*¿Dije que acababa la
merienda campestre?
Pues aún quedaba algo*



Querida Edwina,

Continuaré, sin más dilación, ya que así me lo solicitas tan amablemente en tu última carta, contando cómo terminó la merienda. Por cierto, las respuestas a las preguntas que me haces son: sí, sí había merendado antes en mi vida, y no, no voy a seguir escribiendo sobre ese día el resto del verano.

Llegó la tarde y con ella los discretos bostezos que se convirtieron en indiscretas cabezadas. Pero mientras la mayoría dormitaba, mistress Pilgrim y mi madre se encontraban demasiado ocupadas con una obligación tan importante que les impedía conciliar el sueño, y de paso a mí también.

—Sí, sí, está claro lo que está pasando.

—Muy claro, es evidente.

—Las pobres. —El cacareo continuaba, impidiéndome dormir.

—Sí, las pobres.

—Sencillas, madre, se dice sencillas —dije entre sueños, pero no me hicieron caso.

—Está claro que este matrimonio no es para sentirse orgulloso precisamente. Un distinguido miembro del ejército, dice, un marinero de tercera, seguro.

Risas ahogadas.

—Me río, pero me dan muchísima pena esas pobres muchachas.

—Humildes, madre.

Al fin me escucharon.

—Ah. ¿Estás despierta, hija?

—Sí. ¿De quién habláis?

—Vuélvete a dormir, que una muchacha a tu edad necesita dormir mucho.

—¿Cuánto?

—No sé, quince o dieciséis horas al día.

Me incorporé y al fin mi madre cedió y me contestó con claridad.

—Hablamos de tu amiga, hija mía.

Me sorprendió que te mencionaran, Edwina, y así se lo dije.

—¡No! De tu amiga Agnes.

—¿Agnes, amig...? Oh, sí, miss Agnes, una muchacha adorable a la que aprecio muchísimo.

Pero ¿por qué no paran de decir que es pobre?

—Pero, hija, ¿para qué te sirve esa cabecita tuya, tan bien peinada?

—Todo el mundo sabe que las hermanas Mallowan no tienen ni un chelín de dote —contestó mistress Pilgrim por las dos.

—Pero si su padre es rico —exclamé muy sorprendida.

—Su padre, sí, pero por ley solo los hijos varones heredan y por eso ellas no van a heredar ni un solo penique de su padre.

—Madre, ¿un penique es menos que un chelín?

—Hija, por favor, déjame ahora con eso un rato. ¿Por qué no te vas a jugar un ratito por ahí?

—¿Jugar? ¡Si tengo edad más que suficiente para casarme!

—Bueno, pues cástate un poquito y déjanos hablar a las personas mayores.

—¿Y no heredan nada de su madre? —Tenía que hacer la pregunta que me rondaba la cabeza.

—¡Su madre! —exclamaron ambas moviendo la cabeza de forma desaprobatoria, que no sabría decirte qué movimiento es, pero lo reconozco muy bien.

—Podrían heredar de su madre, bien es verdad...

—Si esta tuviera algo que legarles. Aún recuerdo cuando el ya maduro... —la interrumpió mistress Pilgrim.

—Muy maduro. —Esta vez fue mi madre la que le impidió terminar.

—... caballero se casó con una mujer mucho más joven, salida de la nada.

A partir de ahí me distraje un poco, imaginando al padre de miss Agnes esperando frente al altar y de repente una esposa —¡fus!— saliendo de la nada. Debió de ser una gran entrada.

Mientras, ambas estaban podando a fondo el árbol genealógico de los Mallowan.

—Al no tener un hermano varón, su fortuna irá a parar al pariente masculino más cercano en la línea de sucesión, que, en su caso, creo que es un primo bastante lejano, tan lejano, tan lejano que nadie le ha visto jamás.

—Es que si está tan lejano se le verá como muy pequeño, ¿verdad? —añadí, pero me pareció que no apreciaban mi observación en lo que valía.

—El anciano Mallowan nunca ha querido ver cuál era su verdadera edad y estado de salud y por eso hasta ahora no ha avisado a ese pariente misterioso. Pero más vale que no pierda el tiempo, porque, si se ha quedado en Londres, me temo que es porque ya no está para muchos viajes.

—Y ahora encima esto, porque ese matrimonio de la primogénita es de segunda. ¡Si por lo menos pudieran casar a alguna de las hijas con el heredero ese!

—Pero Mallowan es demasiado orgulloso para reconocer nada de esto.

Yo no salía de mi asombro.

—Entonces, ¿tanta mansión en Londres? ¿Tanta fortuna familiar? ¿Tanto presumir?

—Pues todo existe, pero lo perderá el día que nuestro Señor se lleve a su anciano y enfermo padre, que, si has estado atenta a lo de «anciano» y «enfermo», habrás adivinado que es posible que no sea muy tarde. Por eso hicieron esa puesta de largo principesca de las hijas, antes incluso de lo que suele ser habitual, para conseguir algún marido que esté mal informado.

—¿Por qué te crees que viene mucho más por aquí? Están probando en todos los bailes de Inglaterra, a ver si tienen suerte en el campo.

—Creo que estaban muy tristes por la pérdida de las colonias, por no poder ir hasta los bailes de América —dijo, riéndose discretamente.

—Un momento, ¿yo tampoco voy a heredar de mi padre? —pregunté, interrumpiendo sus risitas.

—Tu caso es diferente, querida, aparte de que tú tienes un hermano, sea el que sea, que no se despreocupará de tu futuro, tienes una renta anual de veinticinco mil libras.

—¿Veinticinco mil libras al año es mucho, madre?

—Tanto que jamás vas a tener que preocuparte por cuánto es un chelín ni cuánto es un penique. Tan ocupada me encontraba recapacitando sobre todo esto que apenas presté atención al reverendo Thompson, que pululaba entre los pequeños grupos que se habían ido formando en la pradera, despertando a su paso a los que dormitaban y haciendo cabecear a algunos que minutos antes parecían encontrarse completamente despejados.

Y es que he observado que un terrible sopor me asalta, y no soy la única, cada vez que acudo al servicio dominical, en especial durante el sermón, algo que siempre he atribuido a algún material del que estarán hechos los bancos, o quizá a ese peculiar olor a cerrado que existe en las iglesias, aroma que algún eminente doctor debería embotellar para acabar con los padecimientos de los que sufren de insomnio en este mundo.

Así que me sentí realmente sorprendida al comprobar que nuestro párroco causaba el mismo efecto fuera de la iglesia. ¿Acaso sería que edificio y hombre se habían unido tanto que provocaban el mismo resultado? ¿Acaso sería el olor que había quedado prendido en sus ropas? Ensimismada en estas reflexiones, creo que me perdí la primera parte de la conversación y, cuando quise prestar atención, ya me estaba diciendo:

—Usted no me defraudará, dadas sus muestras de generosidad con mi hija; ya que la acoge en su hogar casi a diario y sin duda estará más que dispuesta a colaborar con los más necesitados de nuestra parroquia.

Francamente, siempre he asociado parroquia y necesitados con miss Thompson y su modesta familia. ¿A quién se referiría, entonces? Y ¿por qué decía que su hija venía a verme casi a diario? No le había dedicado ni un pensamiento a este hecho hasta ese momento, pero ahora que lo mencionaba, últimamente apenas si la veía.

—... y a colaborar llevando conservas de riñones, lengua y otros alimentos.

El pastor se quedó mirándome como esperando una respuesta; reconozco que no había escuchado nada de lo que había dicho hasta esas últimas palabras, que repetí para que pareciera que le había atendido.

—Otros alimentos.

—Exacto, querida. Podría aprovechar lo bien surtidas que están sus cuabras y su infinito tiempo libre para ayudarnos en nuestra obra benéfica.

—¿Obra benéfica?

Carraspeó y continuó hablando, separando las sílabas más de lo habitual:

—Que si no podría usted llevar a los humildes hogares que más lo necesitan las conservas que las damas de la vecindad nos brindan de riñones, lengua, huevos en salmuera...

—Si así lo desea. Pero ¿acaso no tienen ya bastante con ser pobres?

Será mejor que deje ya esta carta antes de que tú también sientas un sopor irresistible, o lo que es peor, ganas de hacerme entrega de unos huevos en salmuera.

Recibe un afectísimo saludo de tu cordial amiga,





*Me pretenden
caballeros con
polainas*



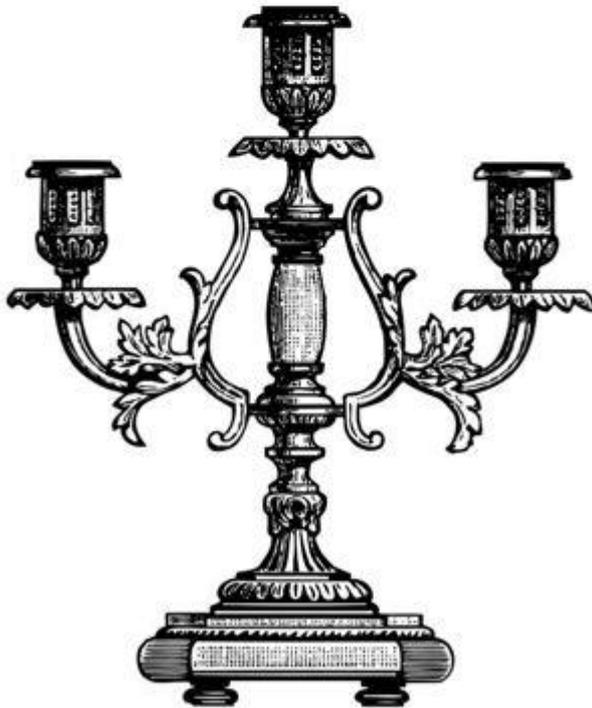
«Ninguna señorita debe enamorarse de un hombre
sin que este le haya declarado previamente su amor».
La abadía de Northanger



Capítulo 19



Recibo una visita muy especial



Querida Edwina,

Vamos a ver, ¿cuál fue mi última carta? Ah, sí, la merienda campestre que organizó mi familia y que provocó otra aplastante victoria social de nuestra estirpe, aparte de una epidemia de empachos por toda la región.

Quizá te sorprenda lo de «estirpe», pero es que así como los Hawthornetone-Williamsmith llamamos en *petit comité* (y ahí va el resto de mi francés) a las diferentes ramas de nuestro árbol genealógico. Por ejemplo:

—La tía Cassandra es de la estirpe de los Sufford, ¿no es así?

—No, es la que está casada con el borrachín.

Dos días más tarde aún me encontraba haciendo la digestión cuando mi madre irrumpió en mis habitaciones y, después de quejarse brevemente de la cantidad de ropa que tengo, lo delgada que

estoy y lo poco que como, me explicó que había recibido una nota que seguramente me interesaría.

Los Arlington anunciaban su visita para esa misma tarde —a ser posible a una hora en la que se sirviera algo de comer— para agradecernos nuestra gentil invitación a la fiesta campestre y ayudarnos a acabar con las sobras.

Así que llamé de inmediato a Lucy para que me peinara, vistiera e hiciera cualquier otro milagro que considerara necesario para que se pudiera admirar que soy una auténtica belleza natural.

Según se acercaba la hora acordada, a mi madre se le ocurrió que yo debía sentarme al piano, como si pasara mis horas ahí cultivando mi espíritu y poniendo a prueba la insonorización de los gruesos muros de nuestra mansión.

Y ahí me encontraba cuando llegaron; momento en el que pude ver que lord Arlington venía acompañado por mistress Palgrave, su hermana mayor, y los hijos de esta.

Todo en la mayor de los Arlington es especial y extraordinario: es extraordinariamente pálida y especialmente insulsa. Se casó con un tal mister Palgrave, un tipo especialmente calvo y con unas cejas extraordinariamente tupidas que apenas permitían ver unos ojos especialmente extraviados, que por lo menos te distraían de su charla, extraordinariamente aburrida y especialmente repetitiva. Con él tuvo, en un plazo extraordinariamente rápido, a un número extraordinario de niños especialmente maleducados.

Hace años que no vemos a mister Palgrave, sin que ni siquiera mistress Pilgrim nos haya podido ofrecer una explicación lo suficientemente cruel y maledicente para que todos la hubiéramos podido creer y repetir sin que hubiera razón alguna que la sustentara.

Delante de mistress Palgrave todo el mundo pone un cuidado exquisito en no preguntar jamás por el motivo de dicha ausencia. En parte, lo hacemos por si se trata de un tema delicado y, en parte, por si su marido se encuentra tranquilamente en Londres y decide venir a deleitarnos con su presencia al saber que preguntamos por él.

Volviendo a la tarde de la visita, te diré que, en cuanto mi madre y yo supimos que habían traído con ellos a aquellos pequeños perturbadores de la paz, nos dedicamos a calificarlos como los más tiernos, dulces y, sobre todo, guapos infantes de todos los que hubiésemos contemplado jamás. Y en cuanto pudo, mi madre improvisó una excusa y me susurró al oído que los mantuviera entretenidos mientras avisaba al servicio para que no sacara la porcelana buena.

Decidida a ganarme a mi futura cuñada —después del fiasco de los difuntos suegros—, pensé que debía insistir un poco en esta idea de adorables niños y le sugerí que quizá podría contratar a un pintor para que inmortalizara a sus deliciosos vástagos. Animada por una media sonrisilla de aquella mujer sin sangre en las venas, reconozco que me embalé un poco:

—Quizá los podría pintar como angelitos celestiales o como una suerte de cupidos, ¿qué opina?

—¿Sabe? No es la primera vez que me lo sugieren.

—No me extraña, son realmente unos querubines.

No estaba muy segura sobre el significado de la palabra «querubín», pero debí de acertar porque volvió a aparecer en su rostro una extraña mueca que en ella suele querer decir que está intentando sonreír, y en cualquier otro, que ha tomado una cena demasiado pesada.

—Tanto me insistía la gente en que retratara a mis hijos que en Londres me enteré de que había un pintor, de probada valía, que no solo había pintado multitud de angelitos y cupidos, sino que era especialista en tratar con niños. Incluso con los más difíciles.

—No los suyos, sin duda —añadí, demostrando que tengo lo necesario para ser considerada una joven perfectamente educada: miento como una profesional.

—Así que le llamé y se mostró entusiasmado con la sugerencia de que posaran vestidos de angelotes, jugando con nuestro querido Scotty, un adorable cachorro que les acababan de regalar. Sin embargo, cuando le dije que resultaría encantador que fueran pequeños cupidos, la idea de verlos armados con arcos y flechas me pareció que le alteraba un poco el gesto.

—¡Qué adorable escena! Me encantaría contemplar el resultado de ese cuadro.

—A nosotros también, pero me temo que no será posible.

—El pintor sufrió un lamentable accidente durante el cuarto día —intervino lord Arlington.

Aventuré una suposición.

—Quizá una de las criaturas, inocentemente jugando con el arco...

—No, parece ser que fue el propio pintor el que se disparó a sí mismo con una de las flechas.

—Oh, cielos.

—Se encuentra bien físicamente, pero al parecer ha dejado para siempre los retratos infantiles e insiste en llevar una vida más tranquila, quizá como minero en Gales o marino de su majestad en los confines del imperio.

—Se quedarían muy tristes sin su cuadro.

Los dos hermanos intercambiaron una mirada rápidamente.

—En realidad, lo peor fue lo del pobre Scotty.

—Sí, pobre Scotty.

Y ambos quedaron en silencio durante bastante tiempo. Por respeto, yo también dejaré esta carta, querida Edwina, no sin antes suplicarte que guardes un minuto de silencio por el pobre Scotty.

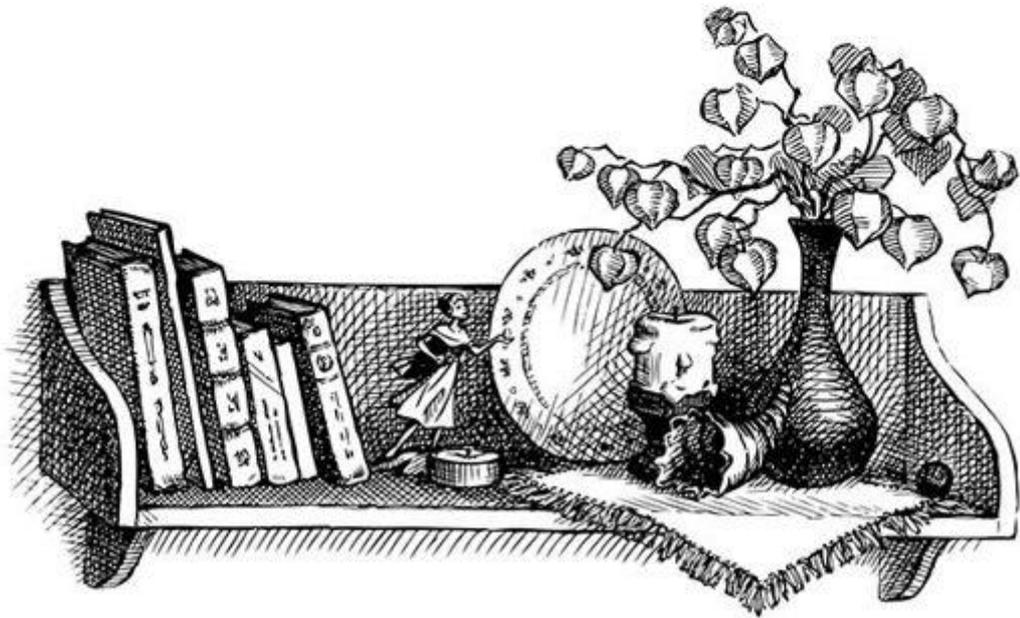
Recibe la cordialidad del afectísimo saludo de tu amiga,



Capítulo 20



Enseñando literatura a la juventud



Querida Edwina,

¿Cómo te encuentras, querida amiga? ¿Hay alguna apasionante novedad en la vida de la ciudad que quieras comunicarme? ¿Qué se comenta de importancia? Recuerdo que hace no mucho me dijiste que se habla en los salones londinenses de que la cintura está cayendo a razón de una pulgada más o menos por año, algo que me alarmó sobremedida y temo encontrarme mi propia cintura a la altura de mis rodillas de aquí a... vale, no sé suficientes matemáticas para calcularlo, pero espero que alguien me haga el favor de avisarme cuando vea que mi cintura se ha precipitado y se anda arrastrando sola por los suelos de Paisley Manors.

Por mi parte, te contaré que ayer mismo me disponía a escribirte como de costumbre, cuando Branson me anunció la llegada de miss Thompson. Esto me sorprendió un poco, porque no la esperaba y porque últimamente no viene tanto a verme como solía.

Dejé pues a un lado este papel y le indiqué a Branson que atendería a nuestra invitada en el saloncito de recibir, sobre todo porque si no, ¿para qué queremos ese cuarto?

Ahí la esperé, y cuando la vi entrar me fijé en que debía de acabar de descubrir que teníamos una alfombra en esa habitación porque —después de las reverencias y saludos de rigor— no podía apartar la vista de ella.

Tomamos asiento y en cuanto Branson se retiró, y antes de que yo pudiera abrir la boca, tomó ella la palabra, sin dejar de examinar intensamente la alfombra y de retorcer una de las puntas de su chal, que, por cierto, yo le regalé y ahora estaba dejando hecho un higo.

—Queridísima amiga, en primer lugar, he de pedirle disculpas por presentarme sin avisar, pero es que —cogió aire— hay algo que tengo que decirle sin falta, algo muy importante que quizá le sorprenda.

—¿Un secreto?

—La verdad es que sí, es un secreto.

—¿Es la hija secreta de un duque y una lechera?

De golpe dejó el chal y levantó la vista para mirarme fijamente a los ojos.

—¿Que si soy hija de quién?

—La hija secreta de un noble y una granjera.

—¿Por qué habría de ser tal cosa?

—Como ha dicho que tenía que contarme un secreto...

—No, ¿por qué iba a ser la hija secreta de un duque y una vendedora de leche?

En este momento parecía que se había olvidado por completo de mirar al suelo, algo que me halagó mucho, porque siempre es agradable para una señorita darse cuenta de que es más interesante que una alfombra.

—Porque ellos se enamoraron sin saber que ella era una princesa disfrazada —le contesté con la debida gentileza. ¡Que a veces hay que explicárselo todo!

—Sigo sin entender nada. ¿Por qué iba a ser yo la hija secreta de una princesa disfrazada?

—Porque si no fuera secreta, tendría menos gracia. Deje que le explique: fue abandonada en una noche muy oscura, en la que llovía mucho. Las noches en las que se abandonan niños siempre llueve mucho.

—¿Siempre?

—Si son de la nobleza por lo menos sí, supongo que es un extra, como la cuchara de plata.

—Creía que eso era solo un dicho, pero ahora que lo menciona, ¿es verdad que los ricos nacen con una cuchara de plata en la boca?

—Por supuesto, amiga mía, por eso es fácil reconocerlos, y así en los conventos, o donde sea que se abandone un niño, saben que a esos hay que dárselos a una encantadora familia de amables campesinos que vivan en un bonito *cottage* rodeado de un jardincito, y no a un orfanato pavoroso donde terminarían llevándoles a una manufacturera a los once años.

—¿Y por qué, precisamente, me abandonaron a mí en la casa de un matrimonio que ya tenía tantos hijos varones?

—Mujer, alguien tenía que lavar tanta ropa.

Mi invitada parecía confusa y ahora me miraba torciendo la cabeza de una forma extraña. Entendí que la pobre muchacha, digo, que la *humilde* muchacha necesitaba una vez más que la orientara en el mundo, en este caso, en el mundo de la alta literatura.

—Mire, querida, todo esto viene en los libros. Acompáñeme un momento y lo tendrá más claro. —La vi dubitativa y decidí que debía darle algún aliciente más—. Venga y verá que es una habitación en la que también tenemos una alfombra muy bonita, seguro que le gusta.

—Es que yo había venido para contarle algo que... —masculló sin mucha convicción al tiempo que atravesábamos pasillos.

—Por supuesto, querida, ya tendrá tiempo de contarme lo que sea. Pero ya hemos llegado, así que ahora permítame que le enseñe mi biblioteca —dije, acompañando la frase con un donoso ademán de mi brazo para señalar los anaqueles que contienen mi extenso fondo literario.

Anémona no se alteró ni lo más mínimo.

—¿Dónde?

—Aquí, aquí, es esta.

—¿Estos tres libros son su biblioteca? —preguntó, acercándose a ellos confundida, seguro que por estar poco familiarizada con la cultura.

—Leí algunos más en el internado, pero estos son los que decidí traerme a casa. Escuche los títulos: *La duquesa y el corsario*, *La princesa y el bandido*, *La vizcondesa y el salteador de caminos*. ¿Qué? ¿Qué le parecen? —pregunté orgullosa.

—Que la nobleza debería escoger mejor sus compañías.

Tomé uno de los volúmenes para continuar con mis explicaciones, uno cualquiera, porque son todos exactamente iguales.

—Dígame, ¿conocía alguna de estas obras?

—A mí me han contado *La princesa y el guisante*, pero no sé si tiene mucho que ver.

Le enseñé el libro que tenía en las manos.

—Este me encanta porque es precioso, porque si fuera precioso y no me gustara, sería un poco raro, ¿verdad?

—Pues... no sé... supongo. ¿Y de qué trata?

—Es una historia taaan bonita: va de una princesita que es muy, muy, muy hermosa y que tiene todo lo que una muchacha puede desear, aunque vive en un sitio un poco incómodo.

—¿Dónde vive?

Ojeaba el ejemplar en ese momento y justo encontré el párrafo:

—Aquí lo pone: «Las gentes del lugar decían que vivía en una torre de marfil». Que digo yo que el marfil dará mucho frío en invierno, ¿no?

—Y además no me parece un color nada sufrido. ¡Yo jamás lo escogería para la ropa de mis hermanos! —exclamó muy afectada.

—Bueno, antes de que me cuente algo de su familia o de su colada, continuaré: la princesa vivía, pues, en esa torre, hasta que un día su padre le ordenó emprender viaje para acudir a buscar al hombre al que su familia la había prometido en matrimonio. Y cuando está de viaje en un carruaje tirado por los más nobles alazanes, la secuestra un pirata. —Suspiré—. Un hombre que parece duro en el exterior, pero que ella descubrirá que es tierno por dentro.

—A mí me pasa a veces con el pollo: por fuera se me queda chamuscado y duro como una piedra y luego resulta que está crudo por dentro. Es por el horno, que no está lo suficientemente caliente.

—No, no, es que es un pirata que se reforma gracias al amor puro de la bella e inocente joven.

—Pero no puede ser un pirata.

No pude evitar chasquear la lengua. ¡Cuántas cosas desconoce la gente *sencilla*!

—Tranquila, al final resulta ser el hijo de un noble al que habían abandon...

—Digo que qué hace un pirata en tierra firme, ¿no debería estar atravesando el océano o algo? —exclamó, interrumpiéndome.

—Ay no sé, lo mismo este era el bandido, o el palafrenero, no sé, si son todas iguales. ¿Continúo con la historia?

—No hace falta, creo que me hago una idea. Lamento tener que insistir, pero como he dicho al principio, he venido a contarle algo que es realmente importante.

¡Qué insistencia esta de Anémona en no darse cuenta de que lo que yo tengo que decirle siempre es más interesante!

—Bueno, pues resulta que el pirata era muy atractivo, y singularmente limpio para lo que debe de ser su gremio y...

—No me va a dejar terminar hasta que me cuente el libro completo, ¿verdad?

Sonreí satisfecha y le di un golpecito cariñoso en la mano.

—¡Qué bien me conoce, querida amiga!

Miss Thompson quedó tan encantada con el argumento, y eso que no se pudo quedar a oírlo todo, porque se acordó súbitamente de que sus obligaciones en la parroquia le impedían terminarlo, que le presté varios de mis títulos preferidos.

Desgraciadamente, su mala cabeza hizo que se los dejara aquí y que todavía no se haya acordado de venir a por ellos; por otro lado, la mala suerte ha querido que cuando el cochero se los llevó de mi parte, no hubiera nadie en la parroquia, y eso que afirma que insistió mucho al darle la

sensación de que se oían ruidos en el interior de la casa; pero dice Lucy que el cochero empina el codo, que no sé lo que significa, pero debe de ser incomodísimo llevar las riendas con el codo en una postura tan extraña, ¿no crees?

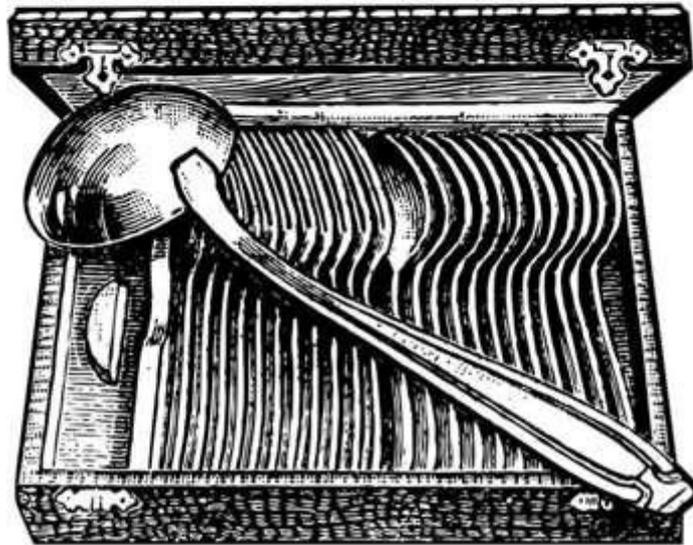
Recibe un afectísimo cordial de tu saludadora amiga,



Capítulo 21



Una agradable comida familiar



Querida Edwina,

En vez de los habituales saludos y preguntas variadas sobre tu salud y la de tu familia, contestaré a la pregunta que me hacías en tu última carta: sí, a mí también me parece inquietante la proporción de gente que vive en este condado con un acusado parecido físico con un animal de granja.

Desde la última vez que te escribí, a pesar del ajetreo social de la temporada, poco ha habido de reseñable que te pueda contar; de hecho, la mayor novedad es que miss Peabody ha hecho notar que un muchacho de diecisiete años debe comer con su familia y no en el cuarto de los niños, como todos deseábamos fervientemente, incluido el muchacho de diecisiete años.

Por cierto que, cuando le preguntamos, nos dijo que no, que tampoco era admisible para el otro muchacho de diecisiete años.

Mi madre ha obedecido inmediatamente porque está fascinada por saber que contamos entre nosotros con una persona que conoce tan bien los usos y costumbres de la buena sociedad londinense. Ya que, como dice:

—Hay que tener en cuenta que a miss Peabody la han menospreciado las más grandes familias nobiliarias del país cuando a nosotros nos habrá mirado mal alguno de la pequeña nobleza local, como mucho.

Así que ayer nos sentamos todos a la mesa, hasta que miss Peabody nos sugirió que mejor lo hiciéramos en las sillas. ¡De verdad que estamos asombrados con lo que sabe esta mujer de normas sociales!

Mi padre, después de decapitar una trucha, se ve que se dio cuenta de que no estaban por ahí ni Lord ni Duke y decidió que a alguien habría que hablar en su lugar, así que se dirigió a los dos Vincent.

—¿Y a qué habéis dedicado el tiempo últimamente? —Se notaba que buscaba la manera de referirse a vete tú a saber quién y quién—. Estoo... —Mi padre daba vueltas a algo que no le permitía seguir hablando, que, para gran alivio de todos, no resultó ser una espina, sino el final de la frase— ... muchachos.

—De diecisiete años —añadí yo, pues no me gusta quedarme fuera de las conversaciones.

—Por lo que dice Branson, a dejar perdida de barro la alfombra de la entrada, cuando vuelven de sus correrías —intervino mi madre.

Mi padre mostró su mejor gesto desaprobador (no tan bueno como el de miss Peabody, en todo caso) y atacó a los culpables con el mismo interés que al indefenso pescado de su plato.

—Muy mal, jovencitos, si esto continúa así, tendréis que quitaros las botas en la cocina y entrar por el ala de servicio. Branson os podrá decir por dónde cae, yo llevo viviendo en esta casa varias décadas, pero no tengo ni la más remota idea.

—Creo que podré satisfacer las necesidades de los señoritos —intervino Branson—, es un camino que conozco vagamente, en parte gracias a las numerosas ocasiones que los señores tienen la deferencia de solicitar mis servicios tocando la campanita. Agradezco a toda la familia y a sus encantadoras visitas que me permitan ejercitar las piernas de una forma tan liberal.

—De nada, Branson, para eso estamos —exclamé satisfecha conmigo misma, tomando una nota mental: «A los criados les gusta que les llames mucho, incluso cinco minutos después de haberles despedido, si no, se aburren». Y es que me encanta ayudar a la gente, ya me conoces, Edwina.

Mi padre retomó el tema de los Vincent.

—¿A qué os dedicáis, entonces? ¿Quizá a galantear a alguna damisela de la zona?

Colorados, comienzan los codazos. De verdad que será un milagro que alguno de los dos acabe las vacaciones con todos sus órganos abdominales intactos.

—Ajajá. ¿Es posible que haya acertado?

—Por favor, lord Hawthornetone-Williamsmith, no diga tonterías. Nuestro hijo es muy joven para esas cosas. Y el otro, supongo que también. Y de momento no podemos ni pensar casar al pequeño. Además de porque deploraría pagarle la boda a uno que no es, porque en cuestión de compromisos, tenemos otras prioridades —dijo mi madre, tendiendo discretamente el cuchillo de la mantequilla hacia mí.

—No, madre, no necesito su cuchillo, ya tengo el mío, gracias.

—Y no será fácil, no —continuó, dirigiéndose de nuevo a su marido.

Uno de los chicos abrió la boca, como para contestar algo, pero una mirada fulminante de mi padre (quién sabe si del suyo también) le hizo callar.

—Hum, bueno, es posible. En ese caso es mejor que os dediquéis de momento a diversiones saludables. ¿Y qué hay más saludable que destrozarle el cráneo a un pequeño mamífero de un tiro?

El otro muchacho, bueno no lo sé, a lo mejor era el primero —¡quién lleva la cuenta!—, levantó un dedo como para darle fuerza a algún argumento que fuera a pronunciar y que jamás escuchamos, porque una mirada fulminante de mi madre le hizo callar.

—Por favor, lord Hawthornetone-Williamsmith, no los lleve de caza, se lo suplico, no creo que la cocinera pueda preparar más pastel de liebre rellena de pato relleno de hígado.

—Ni creo que nadie lo desee, milady —murmuró Branson ofreciéndole la bandeja con los pichones.

Hubo un silencio durante un pichón o dos, durante el cual no pude menos que darme cuenta de que mi padre miraba a miss Peabody con cierta curiosidad, al final no pudo evitar preguntarle a mi madre.

—Y dígame, lady Hawthornetone-Williamsmith, ¿quién es esa señora que tan silenciosamente engulle cuanta comida le es posible?

—Sigue siendo miss Peabody, la nueva señorita de compañía, padre, como la última vez que se la presentamos —le contesté por mi cuenta.

—Si me permite, lord Hawthornetone-Williamsmith. —Miss Peabody carraspeó un poco y se limpió cuidadosamente con la servilleta, por lo menos durante diez minutos, mientras todos la contemplábamos expectantes, menos uno de mis posibles hermanos, que también tosió, quién sabe si intentando hablar, pero una mirada fulminante de miss Peabody se lo impidió. Cuando la servilleta ya amenazaba con huir, nuestra dama de compañía volvió a carraspear y, segura ya de que todos la estábamos atendiendo, comenzó a hablar—: Si me permiten un comentario, les diré que estoy avergonzada de que tengan ustedes tan poco uso social como para sentar a una dama de compañía a la mesa; en las mejores casas donde he trabajado me hacían comer con el servicio. Con el servicio de té quiero decir, es decir, dentro del armarito de la loza.

Mi padre se mostró algo confuso y, sin dirigirse a ella directamente —algo que pareció complacerla enormemente—, preguntó:

—Entonces, ¿no es de la familia? Yo la verdad, al verla con esa ropa, pensaba que era algún pariente pobre que no recordaba que tuviéramos.

Branson, sin romper la etiqueta, mientras le servía la bebida, se expresó en ese tono monocorde al que nos tiene acostumbrados.

—Si me lo permite el señor, hablando con mayordomos que sirven en otras grandes casas, siempre he lamentado tener que admitir que en esta familia no disponemos de un buen pariente pobre: una tía solterona, una sobrinita huérfana hija de un primo tarambana...

—Es que un pariente pobre siempre viene bien, da categoría a una familia —concedió mi padre.

—Ahí le doy la razón, lord Hawthornetone-Williamsmith. ¡Cuánto he envidiado siempre a la gente que tiene un pariente pobre! Miss Peabody podría hacer las veces mientras encontramos uno —contestó mi madre, al tiempo que yo ensayaba miradas fulminantes porque me da vergüenza no ser capaz de fulminar lo suficiente cuando tenga mi propia casa. Pero me interrumpí para dirigirme a nuestra dama de compañía:

—¿Ve, miss Peabody? Ya es como si fuera de una rama de la familia, una con gente muy mal vestida sentada encima, pero rama al fin y al cabo.

Casi riendo, uno de los chicos levantó el cuchillo como si fuera a hablar, pero una mirada fulminante de mi madre le hizo desistir y se limitó a resoplar.

—No resoples a tu posible madre, jovencito —le regañó mi padre.

—Ni a la madre de un amigo —apostilló Branson.

Y así, más o menos, fue como transcurrió el resto de la velada, que en general resultó bastante placentera, aunque, la verdad, mi hermano y su amigo consiguieron levantarme dolor de cabeza. ¡No paran de hablar estos muchachos!

Recibe un afectísimo saludo cordial de tu amiga,



Capítulo 22



Una dulce visita



Querida Edwina,

¿Te importa hacerte a la idea de que ya te he preguntado por tu salud y la de tu familia cercana? Vale, pues voy a preguntarte por la de la lejana. Y ahora que ya he cumplido, pasemos a hablar sobre lo que de verdad nos interesa: ¡sombreros! Ah, no, espera, esta carta no va de sombreros, sino de «lo otro»: ¡jóvenes casaderos!

Creo que ya te he mencionado, en alguna que otra parte (siete partes en concreto), que lord Arlington y su familia se han vuelto asiduos de esta casa para alegría de mi madre, que ya me ve casada con uno de los más grandes terratenientes de la comarca, «eso si no terminas siendo duquesa», dice para no descuidar el asunto de Bouvril, que sigue solicitándome bailes y haciéndome otras cortesías. Y que, tras la charla de la merienda campestre, a estas alturas debe de ser el joven más convencido de los beneficios del matrimonio de toda Inglaterra.

Volviendo a los Arlington, para afianzar la relación de las dos familias, mi madre mandó una tarjeta a Arlington Road, solicitando que la señora Palgrave nos recibiera.

Así, entre nosotras, la señora Palgrave y su falta de espíritu nos importan más bien poco, pero como una dama no puede invitar a un caballero, utilizó a la hermana de mi futuro prometido como excusa para presentarnos en su pequeña mansión, de la que un día seré dueña y señora, para que pudiéramos devolver la visita y, de paso, ver si hace falta tomar la medida para las nuevas cortinas.

Pero por algún tipo de malentendido que nuestra proverbial educación británica nos impide aclarar, lo que recibimos fue una aceptación de los habitantes de Arlington Road de nuestra invitación a tomar el té.

—En fin, hija, en fin, le diré a Branson que dé orden de preparar el té para ti, miss Peabody, mistress Palgrave y ese número indeterminado de niños que insiste en traer a las visitas.

—Tengo entendido que son sus hijos.

—Hecho este que una buena *nanny* puede hacerle olvidar sin ningún problema.

—Al parecer, ninguna niñera les dura demasiado.

—Me pregunto por qué, hija, me pregunto por qué. En todo caso, no es necesario que esté pegada todo el día a sus hijos, sin ir más lejos, ahora que tenemos señorita de compañía, creo que yo misma me voy a tener que ausentar por algún imprevisto.

—¿Cuál?

—Todavía no lo sé. ¿No te he dicho que es un imprevisto?

Así que iba a recibir a un caballero prácticamente sola, bueno, con mi dama de compañía y gran parte de su familia presente, pero sin ningún miembro de la mía, porque mi padre no iba a estar, no hace falta que te lo mencione, que ya te he comentado que la temporada de caza está en su máximo esplendor cada vez que se impone una visita social.

Ay, eso me hace pensar, ¿algún día seré tan afortunada como mi madre y tendré un marido al que despedir casi de madrugada para solo verle de nuevo cuando ya ha oscurecido, volviendo satisfecho de una larga jornada de caza, con las manos llenas de cadáveres aún humeantes de animalillos silvestres y las botas llenas de barro y sangre? ¡No me quiero hacer ilusiones, pero cruzo los dedos!

Así pues, ayer por la tarde, en compañía de mi dama de ídem, recibí a nuestros invitados llena de alegría y juvenil inquietud (que no sé muy bien qué es, pero es que me ha parecido muy propio de una joven dama, ¿no te parece?).

Una vez pasamos al salón y nos sentamos cómodamente, lord Arlington me fue preguntando sucesivamente por la salud de toda mi familia, tal y como marcan las normas de la buena sociedad, o eso decía miss Flora, como sabrás, que si algo distingue a la buena sociedad de la mala es que en la mala a nadie le importa lo más mínimo si tu tía Mary, la que vive en Surrey, está pasando por un horrible catarro.

—¿Y su padre se encuentra bien de salud?

—Sí, gracias a Dios, se encuentra perfectamente.

—¿Y su madre?

—Bien también, es usted muy amable por preguntar.

—¿Y su hermano?

—No podría asegurarlo, francamente. —Me miró con gesto interrogante—. Bueno, con estos muchachos nunca se sabe.

Y parece que se quedó satisfecho a pesar de que se me había olvidado decir «con estos *dos* muchachos, nunca se sabe».

—Entonces, ¿todos bien en la familia?

—Bueno, me ha parecido que Duke estornudaba esta mañana un par de veces, pero...

Miss Peabody tosió ruidosamente —a lo mejor había alguien enfermo en casa, después de todo— y no se me pudo escuchar el final de la frase que era: «Si Lord no se preocupa, yo menos».

Además, después comenzó la ronda de preguntas sobre la salud de los Arlington, lo que nos llevó poco tiempo, gracias a esos difuntos futuros suegros tan poco molestos que voy a tener, y es que eso de morirse es un gesto de gran cortesía para ahorrar tiempo en esta fase de las visitas tan poco entretenida.

Cuando ya tocaba a su fin y les estaba expresando mi inmensa felicidad por saber que ninguno de aquellos adorables angelitos de mistress Palgrave nos privaría durante un tiempo razonable de su presencia por alguna enfermedad contagiosa que le mantuviera a él y a buena parte de sus hermanos en una añorada cuarentena, miss Peabody habló directamente a mi futura cuñada y le dijo:

—¿Puedo preguntarle cómo se encuentra mister Palgrave?

—No, no puede —le susurré al oído.

No parece que hiciera falta, porque en ese momento los adorables angelitos estaban ejerciendo precisamente de eso, de angelitos, y se dedicaban a volar tirándose encima de los silloncitos heredados de mi abuela, dando respuesta con esto a una duda que me había asaltado en algunas ocasiones: «¿Por qué los mejores internados siempre parecen encontrarse tan lejos del hogar de los padres?».

Miss Peabody se dirigió a mí:

—¿Podría tocar algo para complacer a nuestras visitas?

—¿El piano? —respondí mientras me parecía adivinar que la oculta idea de la señorita de compañía era domar a las fierecillas con mis dotes musicales.

—¡No, por favor, no! No se moleste, mejor toque la campanilla para llamar al servicio y pedir el té.

Al tiempo que hacía lo que me pedía, vi que miss Peabody, aprovechando que los angelitos parecían haber muerto aplastados unos debajo de otros, se dirigió a mistress Palgrave y le dijo, como en *petit comité* (hacía dos cartas por lo menos que no decía nada en francés):

—En mi profesión, somos muy aficionadas al té.

—¿Son muy aficionadas a tomarlo?

—A servirlo, a prepararlo, a sortear platitos lanzados con pericia por nuestras señoras, a ser escaldadas intencionadamente por él... pero en esta casa... así, entre nosotras —añadió, bajando el tono—, en esta casa no hay nivel, y me tengo que conformar con beberlo.

Poco después apareció Branson ayudado por dos lacayos, y es que no creo que pueda existir ser humano capaz de cargar con tal profusión de pasteles, tartas, sándwiches, pastelitos, mermeladas y cualquier otro alimento susceptible de ser servido en una bandeja de tres pisos con mantelitos bordados.

Acerqué la mano a un pequeño pastelito de crema, pero cuando cerré los dedos para poder atraparlo, no encontré nada.

—Caramba, sí que era pequeño.

Pero por el rabillo del ojo pude ver cómo uno de esos diablillos a los que lord Arlington llama sobrinos se pringaba la cara con el preciado pastel. Quise coger algún otro, pero en las bandejas apenas si quedaban unas migas.

No sabría decir si los niños habían engullido la merienda, o la merienda los había engullido a ellos, porque de repente las criaturitas habían desaparecido del salón.

Unos instantes después, los vi por la ventana persiguiendo a los perritos de mi madre.

Volví a centrar mi atención en el salón cuando escuché a lord Arlington sugiriéndole a su hermana que se reuniera con sus adorables hijos en el jardín, para poder disfrutar mejor de su compañía. Mistress Palgrave, después de un gesto de difícil interpretación (y que es el mismo que pone Lucy cuando intenta que no descubra que me ha quemado algún rizo con las tenacillas), nos pidió disculpas y salió del saloncito, por la puerta equivocada.

—Por ahí no se va al jardín —intenté advertirle, pero ella iba muy deprisa en dirección opuesta a sus querubines.

En ese momento, mi nueva dama de compañía se acercó con discreción a mí y, tapándose el rostro parcialmente con el abanico (el mío, ella no tiene), me preguntó cuál era exactamente la posición social de nuestro visitante masculino.

—Es un caballero riquísimo, un noble dueño de medio condado.

En cuanto lo oyó, miss Peabody se recostó más que sentarse en su butaca y comenzó a cabecear ostensiblemente.

Lord Arlington intentaba que pareciera que no se había dado cuenta de nada y que estaba muy interesado en lo que ocurría en el jardín, ahora que los perros de mi madre perseguían a los sobrinitos.

—Mis padres sentirán enormemente no haber podido estar presentes durante su visita. Ruego que acepte mis disculpas en su nombre —le dije, para retomar la apasionante conversación.

—Oh, por favor, no se disculpe.

«Y entonces, ¿de qué hablamos?», pensé.

—Comprendo que estarán muy ocupados, su padre sin duda estará visitando a sus aparceros.

—Le contestaría gustosa si supiera lo que significa «aparceros».

Mi pretendiente se limitó a sonreír y continuó hablando.

—Espero que la administración de tan gran hacienda no le suponga demasiado trabajo.

Solté una risita.

—Disculpe, es que es la primera vez que oigo la palabra «trabajo» asociada a mi padre en la misma frase.

Arlington me sonrió, encantador:

—Tendrá un administrador.

—¿Un administrador?

—Un... un... Un hombre aburrido que va con una carpeta muy gorda.

—Ah, sí, sí. ¿Uno calvo? ¿Eso es un administrador? A veces viene por aquí, es verdad.

Miré por la ventana, Lord y Duke habían aparecido en el jardín y ahora perseguían a los niños y a los perritos de mi madre.

—Ciertamente, estará deseando descargar parte de su responsabilidad en otros hombros —preguntó mi pretendiente.

—¿Quién? ¿El administrador? La responsabilidad no sé, pero lo que querrá será descargar esos cartapacios, con toda seguridad.

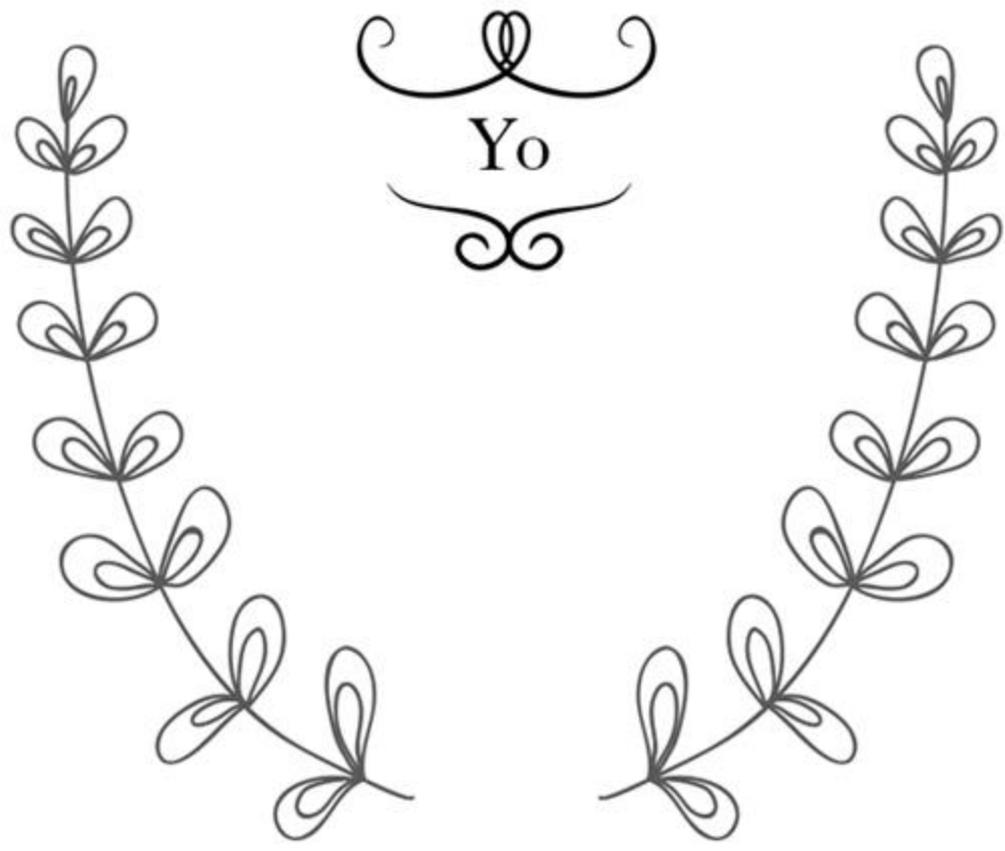
—Sí, bueno, supongo —contestó algo vacilante.

Dicen que cuando uno está a gusto con otra persona, se puede estar en silencio largo rato, y Arlington debe de estar comodísimo conmigo porque ese día no volvimos a cruzar una palabra.

¡Ah, Edwina, qué bonito es el amor! Y poder compartir instantes únicos, sin necesidad de intercambiar una palabra, disfrutando del momento juntos, arrullados por el suave ronquido de una señorita de compañía.

Y con esta romántica reflexión te dejo.

Recibe un cordial afectísimo saludo de tu amiga,



Capítulo 23



Una conversación profética



Querida Edwina,

Disculpa que sea tan ruda y que olvide toda fórmula social, pero he de contestar de inmediato a la pregunta que me realizabas en tu última carta: no, Edwina, rotundamente no, una jovencita no puede tener demasiados sombreros. Ni vestidos, añadiría. Por mucho que diga tu tío, eso es sencillamente inconcebible.

Y ahora que me siento más serena, te contaré que, hace un par de días, decidí hacer una visita a Langfalls Upon Avon que acabó siendo... pero empezaré por el principio.

Llevaba días sin ver a Anémona y me pregunté si no estaría enferma. En ese caso agradecería enormemente mi visita y el préstamo de alguno de mis apasionantes libros por los que tanto interés mostró, aunque al ser una alumna aventajada del comportamiento de la clase alta británica, consiguió no traslucirlo ni siquiera levemente.

Así que me acerqué hasta la vicaría, donde me recibió el pastor con estas cordiales palabras:

—Oh, qué encantadora visita, milady, ya sabía yo que una jovencita con un corazón tan generoso no se olvidaría de su compromiso con los más necesitados de esta parroquia.

Le dediqué una gentil reverencia, pensando que siempre es agradable que se reconozcan las virtudes de una.

—Espero que no le moleste que me haya presentado sin avisar, pero no he podido por menos que venir en persona, al ver que pasaban los días sin tener noticias de...

—Por supuesto, por supuesto, sé que ha sido inadmisibile que no haya mandado a un propio a Paisley Manors —exclamó, interrumpiéndome, el pastor.

—No, no es necesario, soy yo la que debe venir en persona, faltaría más.

—Qué noble criatura.

—Sí, tenemos un árbol genealógico que tiene nobleza por todas y cada una de sus hojas.

El pastor se rio un poco, así... como se ríe un ministro del Señor, y añadió muy complacido:

—Ya sabía yo que mi hija había encontrado a una gran amiga.

—Me halaga usted.

Thompson suspiró y puso un gesto de tristeza, así... como pone gesto de tristeza un ministro del Señor.

—Mi pobre Anémona no ha tenido muchas oportunidades de hacer amigas, hasta que llegamos aquí. Entre sus obligaciones en el hogar y que, al ser la única hija de una familia con muchos hermanos, siempre se ha llevado mejor con los muchachos... Su mejor amigo siempre ha sido su hermano mayor, Francis, así que desde que nos dejó para...

—Ah, ¿su hijo mayor se llama Francis? No sé dónde oí hace poco que es un nombre muy común entre los primogénitos.

—Sí, es el mayor, le diría el nombre del resto de los muchachos si me acordara de todos, pero si está interesada, creo que tengo una lista en alguna parte. Anémona sabrá dónde... Ah, mi querida hija... cómo me recuerda a su madre cuando tenía su edad y la conocí...

El párroco suspiró con gesto soñador, o por lo menos con el gesto soñador que puede poner un ministro del Señor.

—Cuando la conocí en aquel baile. Y pensar que casi no la dejan acudir al baile cuando su carabina se indispuso y no pudo acompañarla. Aún puedo recordar esa noche: la música, las velas, el Negus... —Unos cuantos carraspeos—. Pero mejor la dejo, querida amiga, debo preparar el sermón de la próxima semana. —Más carraspeos—. Continuará la serie que tanto éxito está teniendo sobre los profetas, esta semana toca Ezequiel.

»Yo creo que es un asunto que atrae a los jóvenes como usted. ¿Está de acuerdo? Yo sé que es un tema apasionante, eso no se puede negar, pero ¿cuál es su favorito hasta ahora?

—No sé, no sabría decirle.

—Venga, no sea tímida.

Yo intentaba recordar con desesperación el nombre de algún profeta, o simplemente algo que le hubiera escuchado algún domingo, pero teniendo en cuenta que no me di cuenta de que habían cambiado de pastor hasta que conocí a miss Thompson, y eso que ya llevaba tres semanas acudiendo a sus sermones, no tenía muchas esperanzas al respecto.

—Yo diría que... todos me gustan por igual.

—Creo que ya sé cuál es, un día la noté tan interesada que hasta la vi meditar con los ojos cerrados sobre el tema.

—Sí, eso de estar con los ojos cerrados me suena.

—Venga, dígame el nombre del profeta que más le gusta.

Ya estaba a punto de decir «¿Rumpelstiltskin?» cuando preguntó:

—¿Pudo ser Jeremías?

—No sé, ¿pudo ser?

Se rio satisfecho.

—Le voy a adelantar un secretito, si le gustó Jeremías, dentro de poco llegarán —pausa dramática— Sofonías y, a la semana siguiente —miró con aire conspirador a ambos lados—, Malaquías.

—Ah, sí, sí, parecen muy... —¿qué podía decir que fuera amable?— sonoros.

—Ah, qué juventud más sana, y habrá quien diga que una jovencita como usted solo tendría en la cabeza asuntos de amoríos, bailes y sombreros. En fin, no la entretengo más, es tarde ya y tendrá muchas obras de caridad aún por hacer.

—Sí, precisamente quería pedirle —me interrumpió antes de darme a tiempo a decir «que le dé unos libros a su hija».

—Ah, sí, claro, por supuesto, los víveres a por los que ha venido, ¿verdad?

—¿Viveres?

—Bueno, las conservas que han elaborado mujeres tan piadosas como mistress Pilgrim y otras viudas igual de desocupadas: lengua en salsa, huevos en salmuera...

—¿Y esas delicias? ¿Qué se supone que tengo que hacer con ellas? —pregunté aterrorizada.

—¡Pero qué despistado soy! ¡Si todavía no le he dado la dirección! Qué cabeza tienes, Thompson.

El pastor rebuscaba en un cajón —así, como rebusca en un cajón un ministro del Señor, sobre todo uno que no encuentra nada—, cuando recordé vagamente la merienda campestre y la promesa hecha de visitar a unos necesitados de la parroquia, necesitados al parecer de someter su paladar a las pruebas más extremas.

—Mire, aquí está apuntada: es para una viuda, no tiene muchos hijos, solo siete, pero su situación es muy mala, y que vive en... bueno, como todavía no conozco bien la región no sé por dónde está, pero seguro que usted, que es oriunda de la zona, sabrá encontrarlo —dijo, entregándome una cesta con los más repugnantes manjares que he visto en mi vida.

»Tome, tome, creo que ahí está todo. Dios la bendiga, milady, siento que no haya podido ver a Anémona, pero sin duda se la encontrará esperándola cuando vuelva a su casa, porque ha salido hace tiempo para verla, se han debido de cruzar. La dejo, la dejo, Zacarías me espera.

Cerró la puerta, repitiendo adioses.

Y así fue como me encontré con un encargo que no recordaba y una dirección que no sabía muy bien por dónde caía. A la que no me encontré fue a Anémona, que no había pasado por casa y que a este paso se va a perder los libros, ¡con lo que le habían interesado!

A la mañana siguiente, mientras Lucy me peinaba, me preguntó qué ropa me preparaba para el día.

—¿Va a recibir en casa, milady? ¿Saco el vestido de mañana de fina muselina, o va a visitar a alguien y prefiere el de tarde, de muselina aún más fina?

—No sé qué decirte, Lucy, saca lo que sea más correcto para una visita.

—Depende, ¿a quiénes va a visitar? ¿A los Fitzsimmons? Porque entonces es mejor que lleve algo que haga juego con las plumas de los sombreros de miss Eleanora, una jaula por ejemplo.

—No seas mala, Lucy —dije, anotando mentalmente darle un par de guineas extra por Navidad—. No te metas con miss Fitzsimmons, bueno, no mucho.

—La verdad, señorita, es que haría bien en ir a visitarla a su casa.

—¿Por qué?

—Porque estando en casa, miss Eleanora no llevará sombrero, ¿no?

—Oh, no te creas, Lucy, también tiene una colección de tocados turcos que te dejan sin palabras.

A mi doncella todas esas modas extranjeras le hacen torcer el gesto.

—¿Turcos? Cuánta razón tiene el pastor cuando dice que nada bueno puede venir del infiel —sentenció Lucy con gesto de desaprobación—. Si va a ir a casa de los Arlington, algo que no le hayan visto ya puesto, aunque como últimamente ese caballero y su familia frecuentan tanto esta casa... si me lo permite la señorita.

—Te lo permito, es más, considera una más de tus obligaciones comentarlo con frecuencia en la sala de música de los criados.

—Tranquila, lo repetiré mucho en la... ¿cómo ha dicho?, en la sala de música.

—No, no es a ninguna de esas casas. A decir verdad, no conozco a esa familia, ni siquiera he oído hablar de ellos. Y líbreme Dios de presentarme a una casa a la que no he sido invitada, pero el párroco ha insistido en que me están esperando.

—¿Quiénes son?

—Los... a ver... acércame ese papelito que hay ahí, los Smith de Lost Hope Road, que, he de admitir, no sé dónde está, ¿conoces esa dirección?

—Milady, ¿va a ir a Lost Hope Road? Pues entonces le sacaré el traje de montar.

—No seas exagerada, Lucy.

—Por lo menos le pondré un buen chaquetón, que el día ha amanecido un poco frío.

—Perfecto, y cuando termines de vestirme, te voy a encargar unas cuantas cosas.

Cuando bajé a desayunar, Lucy había realizado maravillosamente su trabajo y no solo tenía preparadas las cosas que le había pedido, sino que en la mesa del desayuno, todos sabían ya a dónde me dirigía esa mañana. ¡Bendito servicio que nos ahorra la engorrosa tarea de hablar con la familia!

Mi madre se mostró muy orgullosa.

—Hija, encuentro admirable que realices una obra de caridad y tu padre, si estuviera aquí, pensaría lo mismo, sobre todo porque tengo entendido que no nos cuesta un penique. Lo que lamento es no poder acompañarte como quisiera, porque se me ha levantado una tremenda jaqueca en cuanto me he enterado de la posibilidad de tener que pasar la mañana escuchando las penas de una viuda con varios hijos. Miss Peabody, ¿haría el favor de acompañar a la señorita a donde quiera que vaya esta mañana?

Miss Peabody intentó refrenar su alegría por tener que vivir una jornada tan apasionante.

—Por supuesto, milady, para mí será un auténtico placer, o por lo menos la versión de placer que tiene una señorita de compañía, renunciaré gustosa a realizar esa visita en su nombre a mistress Pilgrim, en la que me iba a comentar lo que ha averiguado de ese asunto que...

Mi madre puso la cara que debí poner yo cuando intenté comerme aquel pastel que me arrebataron los sobrinos de Arlington.

—Bueno, hija, bien pensado no es imprescindible que vayas acompañada. ¿Por qué no llevas el landó tú misma y te enteras bien, en mi nombre, de por cuántas calamidades pasa esa familia?

—Como guste, madre. ¿Y después se lo cuento todo en la cena?

—Sí eso, en la cena, que creo que voy a volver a tener jaqueca.

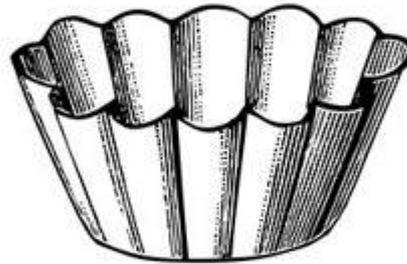
Y así quedó el asunto de mi visita cerrado, los sorprendentes hechos que trajo consigo es algo para lo que tendrás que esperar a mi siguiente carta.

Recibe un afectísimo cordial de tu saludadora amiga,





*Tras la tempestad
vienen los charcos*



«Con la mitad de los atractivos que
poseía cada uno, había suficiente
para que él no tuviese que esforzarse».

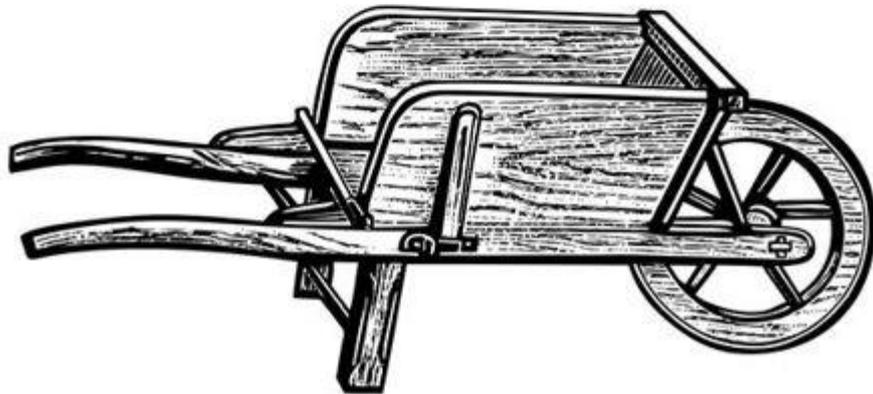
Persuasión



Capítulo 24



*La lluvia no moja si se está
enamorado, sobre todo si no
sales de casa*



Querida Edwina,

Recordarás que lo último que te conté fue cómo inicié mi excursión a Lost Hope Road, pero todavía no te he dicho cómo acabó, es algo tan... me faltan las palabras... tan interesante que creo que despertará tu interés (vaya, pues sí que me faltan las palabras).

No sé ni por dónde empezar a explicarte algo tan... interesante (es que lo es, de verdad, Edwina), sobre todo porque ya se lo he contado, palabra por palabra, a miss Thompson y... ¿sabes lo que te digo? Que te voy a describir exactamente lo que hablé con ella y así podrás descubrir lo que ocurrió, al tiempo que recreas mis grandes dotes como conversadora.

Esta mañana, pues, Branson me avisó poco después del desayuno de que miss Thompson acababa de llegar de visita. Me venía caída del cielo, porque estaba deseando relatarle a la primera amiga que encontrara despistada el suceso, así que, en cuanto apareció y nos hubimos

saludado, comencé a hablar sin darle un respiro, aunque para ello tuviera que interrumpirla cuando mascullaba no sé qué sobre una sorpresa, pero sabía que me lo agradecería cuando supiera lo que iba a relatarle, porque es muy... ¿he dicho ya que era interesante?

—Como sabrá, querida miss Thompson, su encantador padre me hizo el enorme honor de escogerme para repartir algunas conservas que habían preparado unas buenas cristianas de la parroquia —buenas cristianas, sí, pero pésimas cocineras—, a unos menesterosos que viven bastante alejados de Langfalls Upon Avon. Como mi generosidad no conoce límites y yo lo que no conozco son los límites del condado, me perdí. Así que mi coqueto landó terminó en parajes remotos y poco recomendables para jovencitas como yo.

—¿Acaso había salteadores de caminos?

—Ojalá, eso hubiera significado que por lo menos había hombres por la zona, quién sabe si solteros. En definitiva, que ya no sabía qué hacer y empecé a errar por los caminos hasta que mi caballo decidió que ya estaba bien y se paró en seco. Aunque lo de seco es un decir porque, nada más pararse, empezaron a caer unas gotas del cielo que, al cabo de un rato, pude comprobar que eran como mistress Pilgrim: regordetas y entrometidas, porque no hacían más que colarse por las junturas de mi pequeño y, cuando se trata de tormentas, bastante inútil carruaje. Después de escuchar el primer trueno decidí buscar refugio en alguna arboleda cercana.

—¿No dicen que es peligroso ponerse debajo de un árbol cuando hay tormenta?

—Lo dirán los que no lleven unos bucles conseguidos después de tanto trabajo como los míos. Porque ese día tenía el pelo perfecto y nadie me lo iba a estropear. ¡Que a mí con la humedad se me riza el pelo enseguida!

—Si se le riza el pelo y lleva bucles, entonces, esto... bueno... Déjelo, de todas formas, he oído que en esos casos los rayos son muy peligrosos —insistió mi invitada.

—A ver, a ver, a ver, ¿cómo van los rayos a despeinarte? Ah, mi *humilde* niña, cuánto tiene que aprender aún.

—¿Y su caballo se quedó ahí en medio, a merced de la tormenta?

—Tranquila, a mi caballo nunca se le riza el pelo. —Continué con mi narración—: Llovía cada vez más y los truenos parecían acercarse, al contrario que los árboles, que cada vez me daba la sensación de que estaban más lejos. Al fin encontré una especie de pared rocosa con una abertura que parecía la entrada a una pequeña cueva.

»No es propio de mí presentarme en ninguna parte sin ser invitada, pero la ocasión lo requería. Y cuál no sería mi sorpresa al darme cuenta de que no había sido la única en guarecerme en tan estrecho lugar. Qué impresión al ver que...

Callé de repente, mientras Anémona me miraba con los ojos como platos.

—¿Qué? ¿Qué? —me preguntó intrigada.

—Que ese camafeo que lleva es francamente bonito, ¿se lo he regalado yo?

—¿El camafeo? ¿A quién le importa ahora el camafeo?

—Pues a mí, quiero saber por qué dejaría de ponerme algo tan bonito.

—No. Es mío desde siempre —dijo, titubeando un poco.

—Pues me resulta familiar.

—Era de mi madre. Pero dígame, ¿qué ocurrió después?

—¿De que se lo dejara? Pues no sé, supongo que estaría ocupada dando a luz a alguien, ¿no?

—¡La tormenta! ¡La cueva! ¿A quién se encontró en la cueva?

—Era, nada más y nada menos, que ¡una yegua!

—¿Una yegua?

—¡Sí! Y de pura raza, hija de un alazán magnífico que aún tenemos en nuestros establos. Se llama Duchess. El nombre se lo puso mi padre, como es fácil adivinar.

—¿Y solo estaba el animal?

—Bueno, es posible que a su lado, de pie, con el cuello de la levita levantado y sujetando las riendas fuertemente estuviera su jinete, y que fuera lord Skeffington.

—¡Lord Skeffington! —exclamó miss Thompson.

—Qué curioso, eso es lo que dije yo, palabra por palabra. Como comprenderá, me quedé paralizada al casi chocarme con el caballero.

Él también se sorprendió visiblemente al verme entrar con tanta precipitación y titubeó un minuto, justo antes de ofrecerse a abandonar, junto a su montura, el lugar para cederme en exclusiva tan exiguo espacio. Yo me negué en redondo y le respondí:

—No, por favor, no me han educado para permitir tal cosa.

Después de un intercambio de unos cuantos ofrecimientos tan generosos como falsos, el joven tuvo una idea:

—Se me ocurre una solución para que ninguno se moje, que creo que es tan decorosa que no podría parecer reproachable a nadie, ni siquiera a... ¡a la hija de un vicario!

—Algo me dice que pronto podremos comprobar ese extremo.

—Esta es la idea: que cada uno de nosotros se sitúe en un lado de mi yegua, porque no puede haber nada indecoroso en que un británico de alta cuna se encuentre piel con piel con un caballo. —Y como me vio dudar, añadió muy serio—: Sobre todo si la montura es un miembro de la aristocracia, como es Duchess.

Así que nos acomodamos, tal y como había propuesto. He de aclarar que la hendidura en la roca en realidad formaba una especie de pasillo claramente insuficiente para que cupieran confortablemente dos personas, en especial si en medio se encuentra una yegua adulta.

De manera que las estrecheces rompían no solo todas las normas sociales que rigen el pudoroso encuentro entre una dama y un caballero, sino también las relativas a establos y caballerizas para potros y potrancas de más de dos años.

Iniciamos algunos tímidos intentos de conversación, especialmente sobre el tiempo, hasta que quedó claro que ambos estábamos de acuerdo en que, sin duda, llovía.

Después pronunciamos, uno u otro, variaciones sobre el verbo escampar, en un número indeterminado de veces: «A ver si escampa», «Esperemos que pronto escampe», «Después, en cuanto escampa, sale el sol en un momento», «Sí... y los caracoles también».

Confieso que me sentía violenta por la cercanía y el calor de su cuerpo, tan fuerte, tan musculoso, algo sudoroso después de haber galopado bajo la tormenta.

—¡Su musculoso cuerpo! Nunca había oído hablar así de un caballero —me interrumpió miss Thompson, hablando muy alto súbitamente.

—Ni lo ha oído, querida, ni lo ha oído. Me refería a la yegua, que, todo hay que decirlo, menudo calor desprendía.

—Ejem, continúe, por favor.

—Después de aquellas primeras frases, se produjo un incómodo silencio, que él rompió:

—He de insistir en cederle el uso de la cueva, lady Hawthornetone-Williamsmith. Es mi deber de caballero.

Me negué tajantemente por mucho que insistió, al parecer muy impresionado por mi decisión.

—Oh, no, por favor, mi padre jamás me perdonaría que dejara mojarse bajo la lluvia...

—¿A un caballero?

—No, qué va, no creo que eso le importe lo más mínimo, pero es que me parece que vuestra montura es hija de uno de sus caballos favoritos.

Lord Skeffington se rio, aunque no sé por qué.

Yo ya no sabía qué hacer ni qué decir. Skeffington no paraba de mirarme y yo me preguntaba si sería por mis rizos deshechos, el chal que chorreaba por todas partes o porque, francamente, tampoco había nada más en qué fijarse en ese espacio tan pequeño.

—Milady, debo confesarle una cosa: al principio la juzgué mal, pero ahora reconozco que tiene usted un sentido del humor poco habitual en una joven de hoy en día —dijo, volviendo a romper el silencio.

—Agradezco su comentario y, si no tuviera miedo a clavarme un estribo en el estómago, haría una reverencia —le respondí y sonreí cortésmente, aunque no tenía ni idea de a qué se refería.

—Es usted una muchacha realmente deliciosa —contestó, riéndose abiertamente.

Siempre me han dicho que es de buena educación hacer pasar un buen rato a las visitas, así que supuse que algo debía de estar haciendo bien —aunque no supiera el qué— y continué sonriendo al lomo de la yegua, que era lo único que podía verme la cara por completo, mientras el joven lord seguía hablando:

—Me resulta adorable encontrar en una muchacha una personalidad tan especial.

—Mi madre dice que es más adorable aún una buena renta anual.

Se volvió a reír y siguió charlando muy animado:

—Además, quiero agradecerle que, aunque llevamos aquí un buen rato, todavía no haya mencionado nada sobre las bondades de Londres.

—El hecho de que apenas haya estado una vez en mi vida quizá tenga algo que ver.

—Una criatura encantadora.

—Fue cuando se produjo mi presentación en sociedad, pero como no paró de llover en aquella temporada, aparte de a los bailes, casi no fuimos a ninguna parte. Es más, la noche de mi presentación, al bajar del carruaje, se me cayó un zapato en un charco y hube de pasar toda esa noche solemne con un zapato empapado. No sé si fue por eso que no me quedó muy buen recuerdo de la capital.

Él continuaba riendo. No tengo ni idea de qué era tan gracioso, pero ¿quién era yo para quitarle la ilusión?

La lluvia cesó tan bruscamente como había empezado, que es algo que curiosamente he leído en todos mis libros donde hay una escena de lluvia, el sol iluminó la entrada de nuestro pequeño refugio y los tres salimos al exterior oyendo de fondo el *critch-critch* de los caracoles que pisábamos a nuestro paso.

Él se mostró dispuesto a acompañarme gentilmente, pero yo insistí en que no lo hiciera. Estábamos ya despidiéndonos cuando se quedó pensativo y me preguntó:

—No puedo evitar interesarme por el motivo que la trae por este rincón, cabalgo por estos caminos casi a diario y nunca la había visto por aquí.

—Estaba realizando una visita.

—Perdone que me inmiscuya, pero me sorprende que no venga con usted su dama de compañía.

—¿Miss Peabody? Lo previsto era que me acompañara, pero cuando supo que era muy posible que no nos ofrecieran una taza de té, recordó que tenía que realizar unos recados sin falta. Una extraña coincidencia, ¿verdad?

—Oh, sí una gran casualidad, es cierto —dijo sonriendo, y es que se le veía de un excelente humor, algo a lo que quizá contribuía el hecho de estar alejado de Agnes—. Y dígame, ¿fue así, no le han ofrecido un refrigerio?

—No, para ser exactos, he sido yo quien se lo ha ofrecido a ellos, qué original, ¿verdad?

—Sí, mucho, pero no sé si la comprendo.

Le conté en pocas palabras, o eso me creo yo, aunque por la extensión que suelen adquirir mis cartas, quizá no eran tan pocas, en qué consistía la visita, y creo que terminé diciendo algo como:

—Aunque era todo de lo menos apetitoso, empanada de hígado y otras cosas por el estilo. Así que me he permitido, que no se entere nadie, llevarles también una botellita de jerez, a mí es lo único que me hace pasar el hígado.

—Tranquila, le guardaré el secreto —dijo, sin abandonar su sonrisa, y la verdad es que así, sonriente, ganaba mucho. ¡Hasta juraría que tenía todos los dientes!

—Es más, me he dado cuenta de que los días que se sirve hígado en mi casa, el nivel de jerez decae considerablemente.

—Ese secreto también quedará entre nosotros.

—Anda, qué curioso, quedará entre nosotros, como Duchess. —Se rio abiertamente—. También les he llevado algunos pastelillos que le he pedido a mi doncella que robara de la cocina, porque ¡se habían olvidado del postre! Y la verdad, ofrecer cualquier comida sin postre me parece de pésimo gusto. Y encima una tan mala, algo les tendrá que quitar el mal sabor de boca, ¿no cree?

—Sin duda. —Aunque los sinsabores de los Smith no le hacían borrar la sonrisa—. Y recuérdeme quiénes son esos Smith. ¿Una viuda y sus hijos, me ha dicho?

—Oh, sí, una viuda que vive con unos cuantos niños, no sabría decirle cuántos porque, la verdad, si me vuelve a guardar el secreto, no los he contado. Una mujer muy agradable esa mistress Smith, aunque con un gusto francamente dudoso porque le ha hecho ilusión esa comida tan horrible. Incluso sus hijos eran bastante educados; en el tiempo que he estado ahí, no han conseguido volverme loca del todo, no como a algunos que conozco que... —Me callé súbitamente pensando que había hablado de más.

—Oh, sí, creo que sé a quiénes se refiere —dijo con gesto de sufrimiento—. ¿Por qué cree que vengo todos los días a cabalgar tan lejos de Arlington Road?

—Pues estos niños Smith todavía no le han causado la muerte a ninguna mascota, ¿puede creerlo?

—Realmente es admirable.

—Claro que nunca han tenido alguna, pero digo yo que igualmente es meritorio, ¿no le parece?

El joven caballero sonrió de nuevo.

—En efecto, es meritorio, como su visita a dicha casa.

Sonreí preguntándome cómo podía saber que me había costado tanto encontrar el *cottage*.

—Disculpe, milady, antes, en la cueva, con la yegua por medio, como nuestros secretos, no me he dado cuenta de que está encogida por el frío. ¿Ha salido tan ligera de ropa esta mañana a pesar del frío?

—No, qué va, llevaba mi Spencer, un abrigo de un color azul celeste, que resulta de lo más calentito, pero se lo he tenido que dar a la viuda Smith, que tenía hasta los labios azules del frío.

—Comprendo, es una acción admirable.

Y añadió algo sobre la caridad, que si no se cuenta es más caridad, o no sé qué, que no te puedo repetir porque no me enteré de mucho, aunque te aseguro que sí que fue un acto de caridad. ¡Tendrías que haber visto lo mal que le quedaba el vestido aquel con el azul de sus labios!

—¿Y ha estado pasando frío por haberle dado su abrigo a una necesitada? Me avergüenzo de mí mismo, en cuanto vuelva a Arlington Road me encargaré personalmente de que los criados provean de leña a los Smith.

—Qué buena idea, usted mándeles leña y yo me encargaré de que le lleven ropa que le pegue más a mistress Smith.

—Es usted adorable, querida amiga, permítame que le llame así. Eso y que le ofrezca mi casaca —dijo, quitándosela y entregándomela.

—Oh, no, por favor, no.

—Se lo suplico, no escucharé sus quejas —sentenció con tanta autoridad que no me dejó decirle que el corte de esa chaqueta me quedaba fatal con lo que llevaba puesto.

Y seguidamente subió a su montura y emprendió la marcha a buen paso, y yo aproveché la ocasión para quitarme los zapatos y, por fin —¡cuánto lo deseaba!—, vaciarlos de agua. Que llevaba los pies chapoteando dentro desde hacía media hora.

Y así estaba, con los zapatos en la mano, cuando oí cómo una montura se acercaba. Recé para que fuera Branson, que venía a rescatarme con un landó seco y un té caliente, pero no, ¡era el propio lord Skeffington, que regresaba!

—¿Y qué hizo? —preguntó miss Thompson, abanicándose compulsivamente.

—Desmontar de su caballo, dirigirse a mí y, sin mediar una palabra, él...

—Él ¿qué?

—Él me besó. Y una vez más, sin hablar, se marchó a caballo.

—¿Y usted? ¿Qué hizo?

—¿Yo? Yo me turbé.

Ay (esto es un suspiro, Edwina). ¡Qué más puedo decir! Termino aquí mi carta esperando que te hayas quedado con la cara que se quedó miss Thompson. Yo, por mi parte, seguiré suspirando y me quedaré haciendo cosas de enamorada. Te confieso que me gustaría que me hubiera regalado una flor que dejar secando entre las páginas de un libro de poesía, o algo así, porque ¡no es fácil conservar la manga de una casaca dentro de las hojas de un libro!

Afectísimo recibimiento de tu cordial amiga (creo que, con la emoción, me he liado un poco),



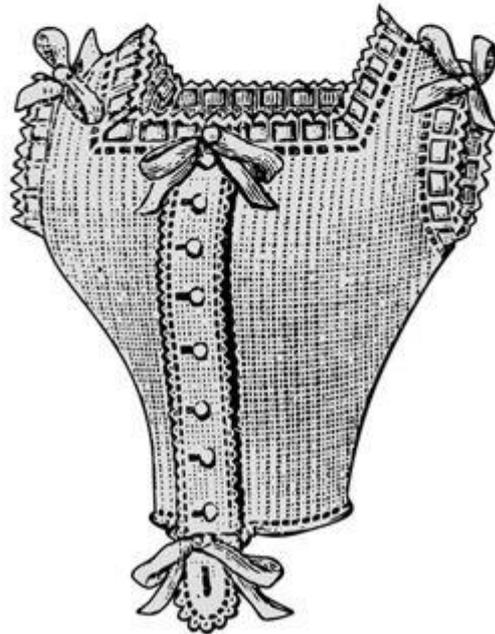
Yo



Capítulo 25



El último baile



Querida Edwina,

Ah, querida, no sabes lo inquieta que me encontraba desde que sucedió lo que... lo que sucedió con lord Skeffington. Algo que no he podido olvidar y que he descrito, con todos los detalles, a lo largo de las veinte páginas de mi diario que le he dedicado. ¿Nunca te había contado que llevaba un diario? No me extraña, porque me lo he comprado solo con la sana intención de recordar esto, no te creas.

En los últimos días mi inquietud aumentaba todavía más, sabiendo que tenía que acudir a un baile más en la comarca, el último de la temporada —«O eso espero», exclama mi padre cuando oye hablar de este tema—, y que irremediamente ahí encontraría a mis variados pretendientes.

¿Te he dicho ya que tengo varios firmes candidatos a mi mano, mi queridísima Edwina? Venga, a cambio de recordártelo, tú puedes volver a contarme lo inadecuado que es Freddy Ploverhead, cuánto enfada a tu tío y tutor y por qué eso le hace tu favorito.

Y digo que tenía que acudir al baile aunque sería más correcto decir que el baile acudiría a mi propia casa, ya que lo celebramos aquí, en Paisley Manors. En definitiva, que no me quedaría más remedio que encontrarme a la vez y cara a cara con todos mis pretendientes.

El baile comenzó como todos más o menos: saludos, saludos, saludos. ¿Quién ha llegado ya? ¿Quién va peor vestido? ¿Se ha emborrachado ya el capitán Hursthall?

Yo, por mi parte, en cuanto tuve ocasión llevé a miss Thompson a un rincón para hablar con ella. Claro que hay que tener principios, y el principio de todo era fijarse en lo que llevaba puesto. Miss Thompson iba bastante bien para haber pasado por una cortina hacía apenas unas semanas, con un vestido mío de hacía un par de temporadas, convenientemente arreglado, ese vestido azul cielo pero así como cielo a media tarde que... Espera, ¿ese es el vestido que yo le había dicho que se pusiera? En realidad, yo creía que le había dicho que se pusiera uno de color avena.

—Ese... ¿ese es el vestido que le dije que se pusiera esta noche?

—Sí, claro que lo es, y ha demostrado tener un magnífico gusto.

—Yo recordaba que...

—Que yo le dije que no me parecía que me quedara bien, que sería mejor otro, pero usted insistió tanto y ¡qué razón tenía! ¡Cuánto tengo que aprender de usted, querida amiga!

Dejé a un lado el tema del vestido para comunicarle mi inquietud.

—Querida, estoy muy inquieta —nunca he dicho que conozca muchos adjetivos diferentes— y necesito hablar con una buena amiga.

—La comprendo, de hecho yo también quería comentar con una amiga algo que me preocupa.

—Pues dígame después qué tal le va con ella, que yo ahora tengo cosas más importantes en la cabeza.

Anémona abrió la boca como si fuera a decir algo y se quedó mirándome mientras emitía pequeños «eh» y «ah», ella sabrá por qué (a lo mejor es que la gente *sencilla* se entretiene así). Y, en tanto ella seguía repasando las vocales, continué con mi siempre amena charla:

—Es la primera vez que voy a ver a lord Skeffington desde que sé que nos amamos.

—¿Le ama? ¿Desde cuándo? —preguntó y, ya de paso, cerró la boca.

—Ay, ay, ay, cabecita loca, ¿acaso no recuerda que le conté que me besó tras la tormenta?

—Lo recuerdo perfectamente, pero no sabía que le amara.

—¿Y qué otra cosa podría ser? Ya, comprendo, como no ha leído los libros que le presté, y que curiosamente no hace más que olvidarse en mi casa, no sabe que cada vez que a la protagonista la besan resulta que se enamora del caballero y que todo acaba bien. Así que no puede haber otra explicación: si hay beso, hay amor verdadero.

—Pero... —Anémona suspiró— no sé qué contestar, la verdad, solo soy la hija de un párroco y no entiendo especialmente de este tema. Así que si dice que es así, ¿sabe lo que le digo? Que sean muy felices. Yo voy a ver si me puedo tomar un ponche.

Se acababa de marchar cuando aparecieron la duquesa de Bouvril y su vacuno primogénito. Ella, encantada de verme como de costumbre, y él, con ese aspecto que suele tener de estar buscando el establo más cercano.

—Es maravilloso que hayamos encontrado a esta jovencita nada más entrar, así nadie se te adelantará para solicitarle los dos primeros bailes, ¿verdad, querido? —dijo la duquesa, dándole un sutil empujón a su retoño.

—Eeeeh, uuum, por supuesto, para mí sería un honor el aaah.

No hace falta que te diga quién pronunció esta última frase, ¿verdad?

No sé si es propio de una jovencita aceptar bailar con un hombre estando comprometida —aunque sea ficticiamente— con otro, pero como cuando quise contestar vi que ya estaban saludando a otros invitados, me quedé sola con la palabra en la boca, comprometida para los primeros dos aaah que tocaran y los siguientes dos uuum.

Después de ver alejarse a la duquesa y a su, cada vez más, anacoluto hijo, me moví por el salón con la intención de localizar a lord Skeffington.

A la que localicé fue a mi madre, que estaba charlando con mistress Pilgrim y con miss Peabody. Supe que lo que decían debía ser interesante porque se cubrían la boca para hablar al tiempo que miraban a una dama de cierta edad que repartía saludos cerca de ellas.

—Ahí está la duquesa de Barrington, pavoneándose como siempre. En su época, allá en Essex, se la consideraba una belleza local...

—... pero más bien era porque en esa localidad nunca hubo demasiada belleza.

Y se reían tapándose la cara con los abanicos, menos miss Peabody, que sigue sin tener uno para poder cotillear como una auténtica dama. Yo tampoco pude evitar reírme.

—¿Se puede saber de qué te ríes, jovencita? —preguntó mi madre cuando se dio cuenta de mi presencia.

—Essex, han dicho Essex.

Puso los ojos en blanco y dijo mirando a mistress Pilgrim:

—De veras que no sé cuál pudo ser el error al educar a esta niña. No sé en qué se equivocaría toda esa gente desconocida en la que hemos ido confiado su educación desde el día en que nació sin que después nos haya importado ni lo más mínimo lo que hacían con ella.

Miss Peabody, que un segundo antes se estaba riendo con ganas (además de con la cara tapada), se levantó con gesto adusto —que para entendernos es el gesto que ponen siempre las señoritas de compañía, las amas de llaves y los directores de escuela.

—Es inexcusable que haya olvidado mis obligaciones —dijo, muy digna— y que esté aquí departiendo amigablemente cuando debería estar acompañando a esta jovencita.

Después de esto, continué moviéndome —seguida por miss Peabody— por la sala buscando a mi enamorado, bueno, yo buscaba a mi enamorado y miss Peabody buscaba no perder el paso detrás de mí. Pero no conseguí localizarlo, quizá porque tuve que inclinar tantas veces la cabeza para saludar que apenas veía más que zapatos y botas.

Mientras seguía pasando entre la gente, pude escuchar algunos trazos de conversación.

—Es terrible, solo tengo comprometidos dos bailes y son con mister Hursthall, cuyo único requisito para sacarte a bailar es que hayas nacido en un siglo posterior al suyo.

—Peor es el caso de mi prima, me acaba de decir que a ella el único hombre que le pide un baile es con el que está casada.

—La verdad es que los bailes no son lo mismo desde que mister Firth se casó.

Ah, mister Firth, el soltero más deseado de todo el condado de los últimos años, ¿nunca te he hablado de él, Edwina? Un poco displicente, quizá, pero en el fondo se adivinaba un gran corazón. Pero eso habrá que preguntárselo a miss Jennifer, con la que se casó el año pasado, que era la segunda hija de la familia Ehle, a la que conoció estando de viaje en casa de un amigo. Cuando contrajeron matrimonio, se comentó mucho la boda, y cuando mi madre y mistress Pilgrim hablaban de ellos, siempre salía en la conversación la frase «casamiento muy desigual», y la verdad es que sí, yo ya me había fijado en que él era mucho más alto que ella.

Comenzó la primera pieza de la noche, que bailé con el futuro duque, a su vez, mi pasado futuro marido. Casi me estaba doliendo la cabeza de pensar en esto cuando paró la música, momento en el que conseguí atisbar a lord Skeffington entre la gente y pude ver claramente cómo él también miraba hacia mí. Así que hice lo que haría cualquier mujer en mi lugar: simular que me lo estaba pasando maravillosamente y reírme como una loca, haciendo ver que Bouvril era divertidísimo y hasta estaba capacitado para acabar las frases que empezaba.

Y no paraba de reírme y de decir cosas como: «¡Oh, Bouvril, cómo es usted!».

Al final se paró y me preguntó muy serio:

—¿Me he vuelto súbitamente gracioso o es que sufre usted un ataque?

—Lo segundo, me temo.

—En ese caso —exclamó sorprendentemente animado—, lo mejor es que vaya a buscarle algún tipo de eem.

No sé qué sería lo que pensaba traerme, pero debía de encontrarse al final de la sala, porque allí es donde se dirigió sin perder un minuto.

Me pareció detectar un movimiento de aproximación en lord Skeffington, pero antes de poder avanzar un paso, lord Arlington se me había acercado y me solicitaba que le concediera el inmenso honor de bailar con él la segunda pieza de la noche. Yo, al haberla prometido ya al duque, tuve que rechazar su propuesta.

El hecho que había ido a buscar Bouvril debía de ser algo muy difícil de conseguir, porque pasó aquel segundo baile y seguía sin aparecer.

Hubo un pequeño descanso. Busqué con la mirada a lord Skeffington, pero le había vuelto a perder, y miss Thompson tampoco se encontraba a la vista, y aunque localicé a miss Peabody en una silla de un rincón, frotándose los pies discretamente, preferí dejarla descansar, que yo sé lo que es sufrir de los pies... créeme. Por fin encontré sentada a mi madre, que ahora conversaba en la idéntica actitud conspiradora de antes pero con una dama cuya imagen me parecía haber visto hacía poco. Entre sus cuchicheos pude entender:

—... ella dice que en su juventud era habitual de palacio *en época del difunto rey*.

—Rey al que nunca menciona por su nombre completo.

—Pero por su aspecto, juraría que fue Enrique VIII.

Se rieron hasta que mi madre me vio y volvió a toser como anteriormente. No sé, quizá había cogido frío.

—Ah, querida, estás ahí. Te presento a la duquesa de Barrington, una buena amiga de Essex.

Me sonaba el nombre de la dama que me presentó, pero apenas le presté atención porque vi que se acercaba lord Skeffington a solicitar el honor de bailar la próxima contradanza (nombre este que siempre me ha resultado muy confuso). Pero al mirar mi carné de baile, comprobé que también le había prometido esa pieza a lord Bouvril y se me pasaron las dos: la oportunidad de bailar con él y la taquicardia.

Hubo más bailes, más momentos en los que evité bailar con lord Arlington, y más presentaciones de personas que no me interesaban pero a las que sonreí forzosamente; que en nuestros años en el internado no aprenderíamos letras, ni ciencias, ni arte, ni matemáticas, pero a sonreír sin ganas, a eso no nos gana nadie.

Allí estaban, por ejemplo, el duque de Molesworth, que dicen las malas lenguas que ha perdido grandes cantidades por el juego y las peores, que solo viene a los bailes a pedir préstamos a los amigos.

No es que nadie viniera a contármelo en persona, es que la tía de Agnes estaba en la galería exterior detallándolo y lo escuché perfectamente. Y por la celeridad con la que abandonó el baile, sospecho que él también.

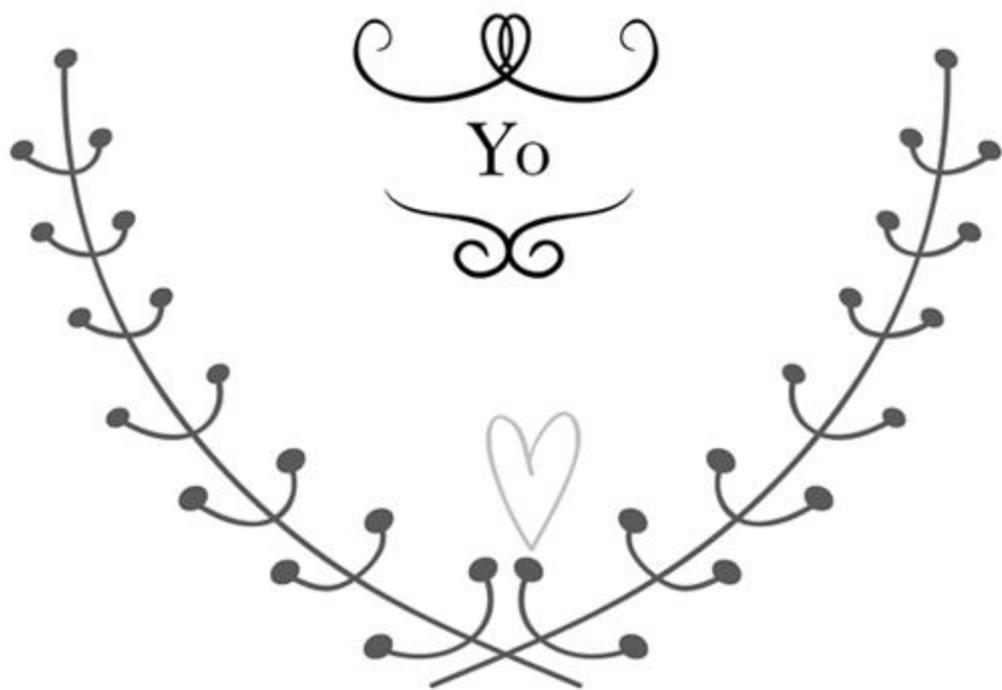
Después del último desplante, lord Arlington desapareció entre la gente tras una correctísima reverencia. Y las piezas se fueron sucediendo sin que volvieran ni él ni el olvidadizo futuro duque, que me daba miedo que se hubiera perdido si tenía que preguntar el camino de vuelta con su facilidad de palabra.

Mi madre se iba impacientando y llegó el momento en que consideró que debía hablar conmigo seriamente.

—Hija, pienso que deberías aceptar la primera propuesta para volver a la pista de baile. No creo que lord Arlington regrese, porque me ha parecido que se iba muy ofendido, pero puedes bailar con algún otro. Por ejemplo, mister Hursthall ha venido hace un rato a preguntarme si le podrías conceder...

—No, madre, mister Hursthall no, se lo suplico.

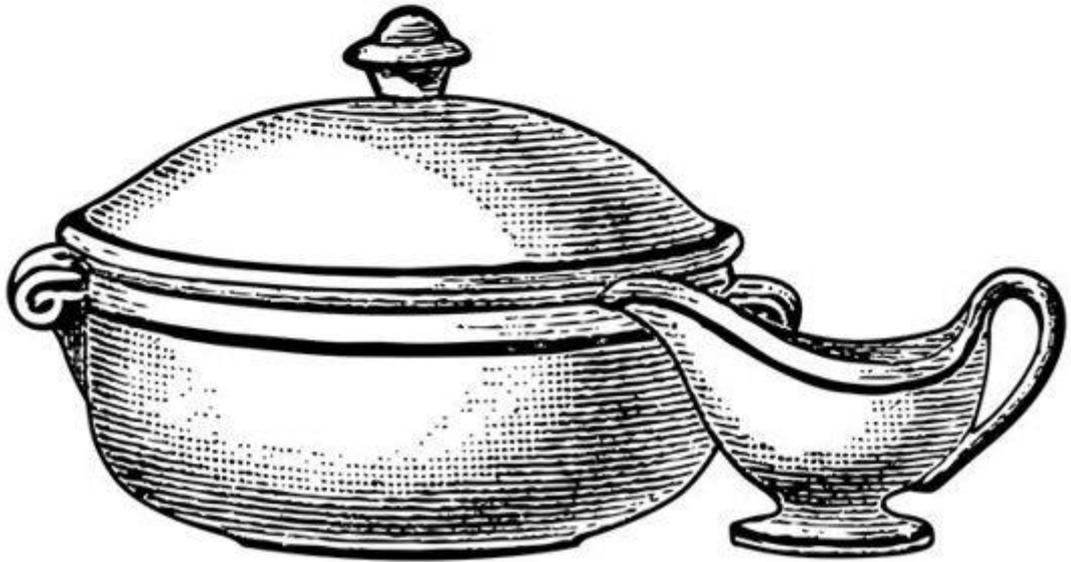
Lo siento, Edwina, siento tener que interrumpir aquí mi carta, sé que te dejo con una gran intriga, o quizá solo con una intriga mediana, pero, una vez más, la extensión de esta carta unida a las serias amenazas del cartero de no volver a recoger el correo de esta casa me obligan a interrumpir mi relato, no sin antes desear que recibas un cordial saludo de tu afectísima amiga,



Capítulo 26



El final del juego



Querida Edwina,

Aprovechando un descanso de los músicos y que unas damas acudían a saludar a mi madre, emprendí una discreta retirada, para librarme de la amenaza de bailar con el capitán Hursthall y, de paso, provocar un encuentro, totalmente casual, con lord Skeffington, o por lo menos encontrar a mi pareja para los siguientes bailes. De la que no pude librarme fue de miss Peabody, que volvía a seguirme de cerca, dándole un aire de noche mágica a la fiesta, con sus quejas constantes sobre sus juanetes.

Terminamos por salir del salón donde celebrábamos el baile y llegué a uno anexo, donde se habían montado unas mesas de *whist*. Por cierto que jamás había entrado antes en esa sala, de veras te digo, Edwina, que a veces me pregunto si alguna vez llegaré a conocer todas y cada una de las habitaciones de Paisley Manors.

Entre los que jugaban o se entretenían viendo jugar a los demás, casi todos eran personas de edad, principalmente caballeros y también algunas señoras que ya habían revisado todos los vestidos de la fiesta y consideraban su participación en el baile finalizada. La única joven que había entre ellos era mi amiga Anémona; al verla comprendí, algo avergonzada, que si parecía poco interesada en bailar era para evitar situaciones incómodas como las de la primera fiesta, cuando solo lord Arlington se dignó a invitarla, y que en veladas posteriores no había recibido gran número de peticiones, excepto algunas más del propio Arlington.

Recordé incluso que se había mostrado algo reticente cuando la invité y que solo asistió porque me negué a aceptar las excusas que impidieran su asistencia, precisamente al baile que ofrecía mi familia. Me sentí culpable por haberla puesto, aunque fuera inocentemente, en una situación incómoda.

Mientras me acercaba a ella, pude ver cómo mistress Fitzsimmons, el doctor Watkins y su esposa acechaban a mi amiga con la peligrosa actitud de quien necesita alguien para completar la mesa.

—Estimada miss Thompson, podría ser usted la jugadora que nos falta. ¿Nos haría el honor?

—Reconozco que no... —intentaba defenderse Anémona, sonrojándose levemente. Comprendí que no quería confesar que no conocía el *whist*, algo que en sociedad es imperdonable y haría patente su humilde origen, así que acudí en su ayuda.

—Reconoce que tiene las reglas del *whist* muy olvidadas —dije y decidí pasar ahí algún tiempo para ayudarle en lo posible.

—Le refrescaremos la memoria entre todos, querida amiga —exclamó entusiasta mistress Watkins—. Verá, una baza está formada por un grupo de cartas igual al número de jugadores de la partida. Cada una de esas cartas ha sido jugada sobre la mesa por uno de los jugadores siguiendo el turno de juego.

—Bien, perfecto —consintió Anémona.

—Un momento, un momento, antes de nada hay que empezar con el sorteo de las parejas —exclamó mistress Fitzsimmons.

—Por favor, no le comenten a mi padre que acudo a reuniones sociales donde se sortean las parejas. —Anémona se ruborizó.

—No se asuste, querida, no es más que una forma de hablar, lo único que queremos es saber quién formará pareja con quién.

Se procedió al sorteo y se determinó que mi amiga sería la pareja del doctor.

Mistress Fitzsimmons siguió con la explicación:

—Tenga en cuenta que en el *whist* lo importante es ganar las bazas y no con qué cartas se haga, ya que solo las bazas tienen valor en puntos, y vale tanto la baza ganada con un dos como la ganada con un as.

—Sí, claro, claro —decían los demás—. Seguro que no ha podido olvidar eso, ¿verdad?

—No, claro —respondía con voz débil mi protegida.

—¿Por qué no juegan un poco? Seguro que en cuanto se ponga a ello, recordará sin problema la mecánica del juego —propuse.

A todos les pareció buena idea y comenzó el juego; yo me quedé al lado de mi *sencilla* amiga para apuntarle lo que tenía que ir haciendo.

Anémona, siguiendo mi consejo, echó una carta que yo le indiqué, y al momento el doctor le preguntó:

—¿Con esa carta arrastra?

—¿Disculpe? —preguntó atemorizada Anémona.

—Dígale que sí, que arrastra —le susurré al oído.

—Es que no sé muy bien qué es arrastrar —me contestó del mismo modo.

—Es como decir «salir de triunfo».

—¿Por qué va a querer nadie salir de un triunfo? ¿No habría que entrar?

—Salir de triunfo se hace para eliminar las cartas de ese palo de las manos de los contrarios y evitar así que puedan fallar.

—¿Y no deberíamos —preguntó, tapándose la cara con las cartas— querer que los contrarios fallen precisamente?

—Es que fallar es jugar un triunfo en una baza cuando no se puede asistir.

—Y digo yo que si no se puede asistir a la partida, se manda una nota de disculpa o algo así, ¿no? Las cartas seguían apareciendo y desapareciendo de la mesa, sin que Anémona, que seguía haciendo lo que yo le decía, acabara de entender aquello.

Yo seguía explicándole todo lo que conozco del juego, ya sabes, Edwina, el firme, el honor, la manga.

—Es sencillo, como ve.

—No estoy yo tan convencida, y se lo digo yo, que sé lo que es hacer economías para dar de comer a doce personas con la asignación de un vicario rural.

—Le explicaré el renuncio.

—Ah, ¿pero puedo renunciar? —preguntó mi amiga, sonriendo por primera vez.

—Y no olvide que un modo alternativo de determinar el palo de triunfo de cada mano es fijarlo previamente. En estos casos es corriente usar para señalarlo una secuencia de palos fija, que puede ser cualquiera.

—No, claro, ¡quién podría olvidarlo!

—Es importante saber que si se utiliza el orden alfabético —intervino mistress Fitzsimmons—, el triunfo de la primera mano son los corazones, diamantes el de la segunda, picas el de la tercera y tréboles el de la cuarta. Después de las cuatro primeras manos...

—¿Pero hay más de cuatro manos? —exclamó Anémona, con el terror dibujado en su mirada.

—Ya verá como enseguida vuelve a coger práctica —dijo en tono tranquilizador el doctor Watkins.

—Si así lo desea, creo que puedo prestarle la Biblia —se ofreció mistress Fitzsimmons.

—No hace falta, de veras, en casa precisamente lo que no nos faltan son biblias, no se crea.

—Ah, no, querida, me refiero a la Biblia del *whist*, ya sabe *El tratado corto del juego del whist*.

—Corto no sé si será, pero ameno... parece un rato —me susurró Anémona.

—Ah, sí, quién no conoce ese libro y a su autor, Edrilon Hoyle —apostilló mistress Watkins.

—¿Edrilon no es cuando se arrastra un triunfo o se renuncia a una mano? —me susurró Anémona.

La mano llegaba a su fin, los músicos volvían a tocar en el salón de baile y miss Peabody se impacientaba:

—Me temo que voy a tener que privarles de la compañía de nuestra anfitriona, porque escucho de nuevo la música y esta jovencita tiene bailes ya comprometidos —afirmó, aunque no recordaba yo cuáles.

Todos respondieron al tiempo que me excusaban y que, por supuesto, no esperaban que una joven dama pasara toda la noche sin bailar y otras frases similares.

Pero a mí la joven dama que me preocupaba en ese momento era la *sencilla* miss Anémona, que me suplicaba con la mirada que no la abandonara a su suerte.

—Se me ocurre que podrían recordarle a miss Thompson una variedad del *whist* que quizá haya olvidado: aquella en que un jugador no participa y lleva la cuenta, ya saben, esa variedad para tres jugadores, en la que al inexistente cuarto jugador se le llama muerto.

La idea fue aceptada con entusiasmo por todos y no te sorprenderá saber que mi *humilde* amiga se ofreció rápidamente como muerto, sin que nadie le llevara la contraria. Y así es como mi señorita de compañía y yo volvimos al salón del baile, dejando a Anémona como la difunta más aliviada que uno pueda imaginarse.

Me marché satisfecha, pues, y a tiempo de sortear a Billy Fitzsimmons, que al parecer entraba buscando a su madre, evitando de paso hacer frente a su mala costumbre de pedirme un baile, o que me case con él, en los momentos más inoportunos.

De vuelta a la sala de baile, mi paciencia fue recompensada porque al fin pude encontrarme con lord Skeffington y, tras los más alambicados saludos y fórmulas, me solicitó la siguiente pieza que tuviese libre, algo por lo que no iba a tener que esperar mucho tiempo, para ser sinceros.

¡Ah, Edwina! ¡Qué emocionada me sentí cuando me condujo a la pista! ¡Qué temblor al sentir el tacto de su guante en mi guante!

Pero en cuanto empezó a sonar la música, ¡qué terrible decepción! Toda la velada deseando que me sacase a bailar para poder hablar de lo ocurrido y, al consistir todos los bailes de moda en cambios de pareja y reverencias, no pude intercambiar con él ni tres palabras.

Eso sí, he descubierto que al señor Collins le sudan las manos, por si te interesa, y no sé quién me ha pasado una notita discretamente, cuando me daba la mano en algún giro. Pone: «No acudas a la cita de esta noche, mi marido vigila».

Sospecho que no era para mí.

No hubo más posibilidades de charlar porque la orquesta atacó la última pieza de la noche. La pieza no se dejó, salió huyendo y creo que todavía la están buscando.

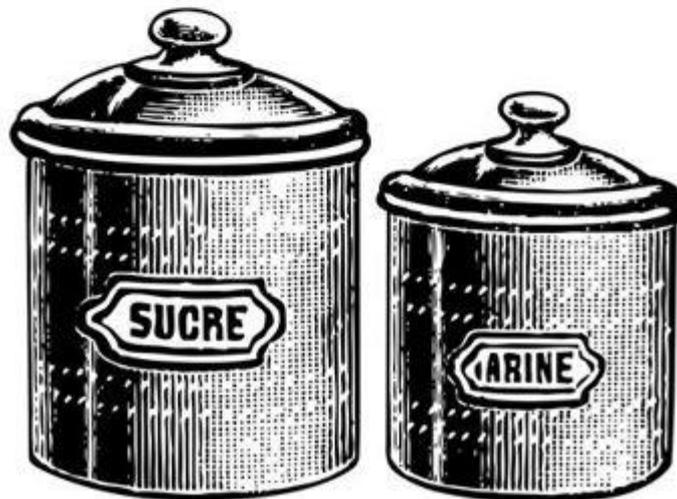
Recibe un afectísimo saludo de tu siempre cordial amiga,



Capítulo 27



*En el que nuestra heroína
(yo, Edwina, yo) debe
rechazar a un caballero*



Querida Edwina,

Ah, querida amiga, cuán dubitativa me encuentro desde que te escribí la última carta (que vale que fue anoche, pero, oye, no se me ha pasado). En fin, que no puedo dejar de dudar entre todos mis pretendientes. Y te escribo para que tú me aconsejes y, sobre todo, para que te reconcoma la envidia al saber que tengo nada más y nada menos que tres caballeros que desean contraer matrimonio conmigo.

¿Qué? ¿Has dejado ya de tener la mirada nublada por la envidia? ¿Puedes leer bien la carta? Entonces continuaré.

Por una parte, está el futuro duque de Bouvril, que está claro que siente mucho interés por mí porque no ha parado de solicitarme bailes en las últimas reuniones sociales. Otra cosa es que después no se presente, pero solicitarlos, los solicita.

Y si él ha mostrado interés, qué decir de su madre la duquesa, con cuyas bendiciones evidentemente cuento; algo de lo que me he dado cuenta a pesar de que es muy sutil en mi presencia y de que ha enviado una nota a mis padres para preguntar cuántos invitados aproximadamente acudirían a la boda de uno de sus hijos, pongamos, yo.

Reconozco que al principio no me parecía muy divertido ni atractivo, pero mejoró mucho en mi estima el día que comenzó a criticar a Agnes, tú me entiendes, Edwina, y sabes qué quería decir al comentar constructivamente todas las cosas que detestamos de ella. Además, hay que tener en cuenta que cuando mi madre oye su nombre y su título, me llama querida hijita y le sube el sueldo a Branson, que, hoy por hoy, es el que tiene más cariño de toda la casa al futuro duque.

¿Debo acceder a la proposición matrimonial de un hombre al que solo he conseguido oír unas pocas frases completas hasta ahora? Por otra parte, hay que tener en cuenta que esas frases fueron para hablar mal de miss Agnes Mallowan, y eso es algo tentador.

En todo caso, es algo que debo pensar seriamente porque estoy a punto de cumplir los diecinueve, así que me quedan por delante, siendo optimistas, como máximo quince o veinte años de convivencia matrimonial, eso si antes no le ahogo con una almohada cuando esté dormido.

Qué locuras digo, ¡como si fuéramos a compartir el lecho después de que le proporcione un par de terneros! Es más, no creo que un matrimonio con tal cantidad de posesiones diseminadas por el país tenga necesidad de verse más que lo imprescindible. Yo puedo estar en Bath mientras él esté cazando, o puedo estar en el castillo de Escocia mientras él esté cazando, o puedo estar haciendo cualquier cosa en cualquier otro lugar del imperio que no disponga de temporada de caza, mientras él esté cazando.

Creo que lo más importante para garantizar nuestra felicidad es que no se nos junten demasiado los *mientras*.

Por otra parte tenemos a lord Skeffington, del que ahora mismo sé que... Y que además... Bueno, lo que realmente importa es que me besó. Y yo, yo me turbé.

Sé, por mis muchas lecturas, que un beso equivale a amor y que un beso bajo la lluvia cuenta, por lo menos, el doble. Lo que no sé es qué significa lo de estar pisando caracoles, ahora que lo pienso. Pero una parte de mí no puede evitar preguntarse si lord Skeffington es un pretendiente serio o si solo se habrá aprovechado, dada la inusual situación, de una jovencita inocente como yo (inocente y con ganas de casarse, la verdad). Y por otro lado, hay que tener en cuenta que no he vuelto a saber de él desde el accidentado baile. ¡Y ya ha pasado casi un día completo!

En estos momentos llego a preguntarme si no será —¡oh, no!— un villano como el falso duque Wensworth de *La princesa y el dependiente de vinos*, que resultó ser, nada más y nada menos, que ¡francés!

En fin, que estoy realmente confusa y debe de ser lo normal porque las protagonistas de todos estos libros es lo que hacen cuando alguien las besa: sentirse confundidas constantemente. Violet, la protagonista de *La condesa y el caballero*, dice en ese capítulo que se sentía tan confundida que no sabía ni volver a su casa y estuvo tres meses viviendo en la de Vivian, la heroína de *La damisela y el facineroso*.

Por otra parte, no podemos olvidar a mi pretendiente hasta ahora más fiel, el joven por el que yo me sentía claramente inclinada hace apenas unas semanas y que... Un momento, que Branson llama a la puerta.

—Lord Arlington, milady.

¡Cielos! ¡Branson es el mayordomo más eficaz del mundo, entra para finalizar mis frases! Perdona que interrumpa aquí mi carta, tengo que atenderle —tendrías que ver cuánto carraspea en estos momentos—, pero juro que en cuanto pueda retomaré la escritura y te contaré cualquier cosa reseñable que haya pasado.

Para que veas (como si te fueras a enterar) que no te miento, ahora que puedo volver a escribir, te voy a contar todo lo que ha sucedido en este ínterin (que significa «en este rato»), porque sí que ha sido reseñable, muy reseñable.

Empezaré con el diálogo que mantuve con mi mayordomo cuando me interrumpió:

—Disculpe, Branson, ¿qué decía?

—Le anunciaba que lord Arlington ha venido, señorita.

—¿Lord Arlington está aquí?

—Sí, se encuentra esperando en el salón de recibir.

—¡Qué oportuno!

—No tanto, no se crea, me ha interrumpido cuando supervisaba la limpieza de la plata.

Me quedé pensativa: en esos momentos, poco después de ser besada por otro hombre, ¿cómo podría escuchar su proposición de matrimonio? Porque ni por un momento dudé que viniera a pedir mi mano.

¿Cómo no voy a pensarlo, si lleva «dejándose caer» por mi casa a la hora del té durante el último mes?

Reconozco que es posible que cada vez que un hombre soltero cruza conmigo más de tres frases seguidas, y no te digo nada si son cuatro, es vagamente posible que me imagine cómo quedaríamos juntos frente al altar el día de nuestro enlace.

Pero, por favor, no creas que soy una loca que se ve casada con el primer caballero con aspecto de poseer tierras, e incluso título, que le dirige la palabra. No, faltaría más. Hará unas tres semanas, sin ir más lejos, un forastero se mostró claramente interesado en mí cuando me dedicó por lo menos uno o dos minutos de su tiempo para preguntarme: «¿Sería tan amable de indicarme si este es el camino hacia a la granja Parsons?».

Y ni me vi casada con él ni nada. De hecho, no pasé de escoger el vestido para la ceremonia.

En todo caso, decidí ganar un poco de tiempo y buscar a alguien que desalentara sus propósitos.

—En fin, Branson, ofrézcale un jerez y busque a mi madre para que se nos una en el saloncito azul.

—Milady y miss Peabody no se encuentran en casa en estos momentos, y casi mejor, porque en el saloncito azul no iban a encontrar a nadie, ya que he pasado al caballero al saloncito verde.

—¿Y no hay nadie más en casa? Espere, a ver si lo adivino: mi padre está de caza con sus perros, mi hermano triscando en algún lugar del jardín con su amigo, o su amigo con mi hermano, quién sabe. No sé, deme un minuto... ¿No habrá dejado mi madre a sus perritos por aquí?

—Estoy seguro, porque ha ido de visita y no creo que en ninguna casa decente los admitan.

—Pues llévelos al saloncito del color que estime pertinente.

—¿De veras quiere que lleve a los perros de su madre a donde haya seres humanos?

—Sí, Branson.

—¿Seres humanos vivos?

—Sí, sí.

—Entonces, con el permiso de milady, le ofreceré al caballero un whisky en vez de un jerez.

Al fin bajé al saloncito sin saber todavía qué iba a hacer o decir, aunque confiaba en que los irritantes ladridos de esas dos bestezuelas impidieran cualquier intento de conversación. Tomé aire, me puse recta y, con la mejor de mis sonrisas, abrí la puerta dispuesta a enfrentarme a lo que fuera... Que resultó ser una estancia vacía, porque me había vuelto a equivocarme de habitación.

Cuando llegué al salón adecuado ya me estaban esperando un coro de ladridos y lord Arlington, masajeándose las sienes con los ojos entornados.

—Lord Arlington. ¡Qué inesperado placer!

—Lady Hawthornetone-Williamsmith, es para mí un honor eh... poder... umm...

Estaba claro que por una vez aquellas pulgas de pelo largo estaban sirviendo para algo, o eso o que lo de Bouvril era contagioso.

—Supongo que no le importará que nos acompañen los perritos de mi madre. Son adorables, ¿verdad?

—Adorables es exactamente la palabra que estaba buscando.

—Es que me ha pedido que los vigile en su ausencia.

—¿Teme que se ahorquen accidentalmente?

A decir verdad, no estoy muy segura de que dijera eso exactamente porque casi no le podía oír con los ladridos.

—Son tan cariñosos —dije cogiendo a una de las ratas chillonas en brazos para demostrarlo— que le he hecho prometer a mi madre que me los dará como regalo de bodas el día que yo me case.

—El caballero que tenga la fortuna de ser su esposo será muy feliz, sin duda, con tan dulce compañía —contestó con lentitud, abriendo sus ojos considerablemente.

Iba a soltar una risita estúpida, pero, en ese momento, la *dulce compañía* en cuestión me mordió en la mano con la que simulaba acariciarlo.

Tuve que reprimir a duras penas un grito y hasta alguna palabra poco digna de una damisela. Momento en el que el pequeño monstruo aprovechó para huir de mis brazos quedando, eso sí, en silencio por un momento, supongo que satisfecho de haber saciado su sed de sangre (algo que siempre he sospechado).

—¿Se encuentra bien?

—Oh, sí, sí, perfectamente.

—No sé si sabe usted, queridísima amiga, y permítame el atrevimiento de llamarle «queridísima amiga», no sé si sabe lo importante que es para mí su bienestar. Y ese es precisamente el motivo que me ha traído hasta esta casa hoy.

Le vi muy envalentonado, aprovechando el momento de silencio de los peluches con colmillos, y supe que debía acabar con aquello antes de que dijera algo más. No podía permitir que se me declarara en esos momentos porque no podría aceptar su proposición estando mi corazón tan confuso.

Oh, cielos, ¿has visto cómo hablo, Edwina? «Corazón confuso». Esto es más emocionante que *La archiduquesa y el herrero*, el joven herrero, que golpeaba el hierro con sus musculosos brazos que... Bueno, mejor vuelvo a mi historia.

—Veo que no me pregunta nada, y casi lo prefiero, porque ha llegado el momento de decirle que...

Supe que debía cortar su conversación inmediatamente, pues cada vez adquiriría un cariz más peligroso.

—¿Y cómo se encuentra?

—¿Cómo?

—Le preguntaba que cómo se encuentra de salud.

—Bien, muchas gracias, pero verá...

—Pero ¿bien, bien? ¿Nada? ¿Ni un resfriado, ni una indigestión leve?

—Nada, le aseguro que me encuentro bien de salud, muchas gracias por preguntar —dijo, carraspeando impaciente.

—¿Y su hermana? ¿Disfruta de buena salud?

—Sí, afortunadamente.

—¿Y sus sobrinos?

—Bien, se encuentran todos muy saludables y... activos.

—¿Y la *nanny* de sus sobrinos? —reconozco que me estaba quedando sin recursos.

Lord Arlington pareció dudar unos segundos.

—Bueno, tengo entendido que ella no se encuentra bien del todo.

—¿Ah no? ¿Y qué le ocurre? Estoy terriblemente interesada por ella —afirmé. Aunque no tengo ni idea de si la he visto en alguna ocasión, cómo se llama y mucho menos qué anodino aspecto puede tener.

—No conozco los detalles concretos, pero el médico le ha aconsejado que se retire a una casa de salud de Bath.

Me parece que yo sí conozco esos *detalles concretos*, no es por nada.

Iba a comenzar una larga disertación sobre la importancia de la salud o sobre la dificultad de encontrar buen servicio hoy en día, aún no lo había decidido, cuando Sweetie y Candy —los dos demonios peludos— decidieron comenzar de nuevo a ladrar.

Digo ladrar, pero la verdad es que lo suyo no se puede calificar de ladrido. A ver si te lo sé explicar, a ver: ¿te acuerdas de lo que pasaba cuando una tiza nueva chirriaba en la pizarra?

—Verá, milady, lo que he venido a decirle es realmente importante —dijo lord Arlington, que ya no podía disimular un gesto de impaciencia—, le ruego que no me interrumpa.

Guaguaguaguagua.

—No pensaba interrumpirle, amigo mío, ni muchísimo menos, tan solo quería preguntarle si no querría una taza de té y si acaso no...

Guaguaguaguagua.

—No quiero una taza de té, lo que quiero es que no me interrumpa más.

Guaguaguaguagua.

—Por favor, siento haberle dado esa impresión. Mi padre dice siempre que es lamentable cuando se da una falsa impresión a nuestros amigos y...

Guaguaguaguagua.

—Por favor, debo hablarle de un caballero que no es quien dice ser.

—¿Es que conoce al duque Wensworth?

—Conozco a lord Skeffington, señora —exclamó ya muy arrebatado—, y le aseguro que lo conozco muy bien. Demasiado bien, diría yo.

Los pequeños vampiros con collar se callaron al instante, como si se hubieran dado cuenta de que se hablaba en serio.

—Y me es penoso decirle que no es quien dice ser. Compruebe si existe un lord Skeffington y verá como no siempre hay que fiarse de la gente a la que se acaba de conocer —exclamó ya con el sombrero y la capa en la mano.

—¡Pero si me lo presentó usted! Permítame que le sugiera que no presente a la gente si no está seguro de su nombre.

En ese momento se abrió la puerta y apareció mi madre para alegría —e innumerables ladridos— de sus irritantes cariñitos. Viendo a lord Arlington supongo que comprendió que estaba a punto de marcharse, y de darle un tabardillo, y se dirigió a él.

—¿Cómo, lord Arlington, se va usted ya?

—Mis respetos, señoras, pero debo marcharme.

—¡Qué lástima! Precisamente ahora que pensaba dar un paseo con mis queridas mascotas. ¿No querría usted acompañarnos?

Te juro, Edwina, que hasta ese momento no creía posible que un caballero de tan noble linaje pudiera dar un portazo tan fuerte.

Recibe la cordialidad del saludo de tu afectísima amiga,



Yo





*De no dar crédito,
y además sin parar*



«Había nacido destinada a algo extraordinario.
Descubrir la falsedad de sus propias opiniones».
Juicio y sentimiento



Capítulo 28



Donde aparecen las primeras sorpresas



Querida Edwina,

Créeme, querida amiga, que nada podría haberme sorprendido más que lo que dijo lord Arlington. ¿Cómo que no existía lord Skeffington? ¿Acaso se trataba de un espíritu, un fantasma, o peor aún, de un fantasma sin título?

Después de que me hiciera repetirle palabra por palabra todo lo ocurrido (incluidos los *guauguauguau*), mi madre me explicó que era bastante improbable que lord Arlington hubiera venido a avisarnos de que su amigo era en realidad un alma en pena y que más bien se trataría de un engaño terrenal sobre el título del joven.

Multitud de dudas asaltaron mi mente, cual condes disfrazados de salteadores de caminos que parece que van a secuestrar a una jovencita para después revelar un corazón tierno que... a veces me da por pensar estas cosas, ya sabes, cómo sería de apasionante mi vida si pudiera vivir en mis

carnes historias tan bonitas como la de *La señorita de compañía y el caíd*, libro que, ahora que conozco a miss Peabody, he de admitir que ha perdido parte de su encanto.

Las dudas eran porque hasta ahora siempre había pensado en nobles caballeros que se hacen pasar por miembros de las profesiones menos recomendables para un caballero (como si hubiera alguna profesión que fuera digna de ser ejercida por un caballero, ahora que lo pienso), pero nunca en que esto pudiera darse en orden inverso.

Y si Skeffington se hiciera pasar por lord Skeffington y en verdad se tratara, no sé... del pirata Skeffington. Pirata... ¡me habría besado un pirata! Un pirata que me llevaría cautiva en su barco y... Una cosa, Edwina, tú no sabrás qué renta anual viene teniendo un pirata, ¿verdad?

Pero todas estas reflexiones no tuvieron cabida porque mi madre, mucho más práctica, propuso un plan.

—Creo que lo mejor es que comprobemos si existe el título en el libro adecuado.

—¿*La duquesita y el espectro*?

—¿Qué dices, hija? El libro fundamental en la vida de cualquier noble británico o, en general, de cualquier persona con gusto. Con gusto por saber quién es la gente importante de este país.

Al momento acudimos a la biblioteca, y no me refiero, por supuesto, al coqueto rincón donde guardo mis interesantes libros, sino a la biblioteca oficial de la mansión, ese lugar únicamente frecuentado por algún invitado que desea echarse una siesta discreta en uno de sus grandes sillones, entretanto algún grueso libro encuadernado en piel se le resbala de las manos.

Yo, por mi parte, solo entré una vez hace siete años, cuando jugaba al escondite con mis primos de Sussex. No me ves, pero no puedo evitar reír... Sussex, he dicho Sussex.

Mi madre se dirigió resuelta hacia una estantería que se encontraba a nuestra altura y, sin dudar pero con mucho esfuerzo, cogió un grueso tomo en cuya portada se podía leer *Crónica de la alta nobleza británica. Nueva edición con anexo de baja nobleza y gente de medio pelo*.

Durante un buen rato buscamos entre sus páginas a todos nuestros conocidos y por supuesto a nuestra familia, y cuando por fin nos cansamos, al joven de quien mi madre aún ignoraba que había mancillado mis labios. Ah, querida, ¡cuántos años intentando soltar esto de «mancillado mis labios»! Pero, nada, está visto que no hay cosa más difícil que a una le mancillen los labios cuando quieres que te los mancillen.

Al fin descubrimos lo que nuestro vecino había asegurado: no aparecía ni un solo Skeffington entre sus páginas.

Te juro, querida, que de lo sorprendida que estaba no hubiera sido capaz ni de cerrar el libro yo sola (aunque no sé si esto es una señal de sorpresa o de incipiente artritis, la verdad).

No sé cuánto tiempo nos hubiéramos quedado paradas en medio de la biblioteca, con el libro entre las dos, de no ser por que Branson nos interrumpió con su acostumbrada mezcla de servilismo y desprecio profesional para anunciarnos una nueva visita aquella tarde.

Así que le dejé a mi digna madre la tarea de seguir sujetando el libro con cara de tonta, mientras me dirigía al saloncito donde me esperaba miss Thompson, mi *humilde* de cabecera.

Iba a referirle lo que acababa de ocurrir —en cuanto acabáramos de hacernos reverencias e intercambiáramos algunas simplezas sobre el tiempo—, pero se me adelantó: antes casi de que pudiera abrir la boca, me espetó (si es que «espetó» significa que me lo soltó a la cara y, si no, pues nada, que me lo dijo así de cualquier manera).

—Disculpe si no me ando con rodeos, pero tengo que decirle algo muy importante que sé que le sorprenderá.

—Qué casualidad, yo también.

—Por favor, le ruego que me permita continuar: es un sorprendente secreto que debo confesarle y que sin duda le sorprenderá.

—Eso ya lo ha dicho.

—¿El qué?

—Que sin duda me sorprenderá y que además es sorprendente.

—Es que creo que he perdido el hilo, pero vengo decidida a confesarle que...

En aquel preciso momento Branson llamó discretamente a la puerta y con más carga de desprecio —aún— de la acostumbrada, anunció la llegada de mistress Pilgrim, solicitando que se le informase de si los martes era el nuevo día de recibir, para poder cambiar estratégicamente su tarde de descanso.

Todavía estaba quejándose cuando la viuda irrumpió congestionada, casi sin aliento y muy alterada. El mayordomo la dejó pasar y se retiró con un gélido: «Avisaré a milady».

Pero casi no se le escuchó porque nuestra nueva visitante ya estaba cacareando y luchando con su sombrerito, que, con las prisas, se le había escorado peligrosamente hacia un lado, incluso más de lo acostumbrado.

—Tome asiento, por favor —dije, más que por ser cortés porque resoplaba como si fuera a caerse muerta allí mismo, y pensé que siempre sería más sencillo levantar el cuerpo de uno de los sillones que del suelo.

—Queridas, he de contarles algo que sin duda les sorprenderá —exclamó, después de desplomarse sobre uno de los asientos.

—Vaya, debe de ser el día.

Mistress Pilgrim, congestionada, había empezado a abanicarse.

—Cómo me alegro de encontrarlas aquí a ambas.

—¿Por qué? —preguntó miss Thompson con los ojos muy abiertos.

—Porque si después de venir corriendo hasta aquí no hubiera encontrado a nadie, habría sido una gracia, ¿no le parece?

En ese momento mi madre entró en el salón y saludó a nuestras visitas, ofreciéndole unas sales a la viuda.

—Las sales no, por favor, querida, ese olor me repugna. Pero si me pudiera ofrecer algún tónico o reconstituyente, se lo agradecería.

—¿De qué tipo?

—De los que vienen en una botella con una etiqueta que pone brandy.

Avisamos al enfurruñado Branson y, en cuanto lo hubo traído y mistress Pilgrim bebido la mitad de la copa de un solo trago, mi madre tomó la palabra.

—Dígame, querida señora, qué le trae por aquí y tan alterada.

—¡Un escándalo! ¡Un terrible escándalo!

—A lo mejor es algo que al principio parece malo, pero que si se piensa es una buena noticia, ¿no? —se oyó la voz de Anémona como un débil hilillo.

—¡De ninguna manera! —contestó tajantemente la viuda—. Es algo terrible.

—Precisamente esta misma tarde nos hemos enterado de que... —intervino mi madre.

Pero mistress Pilgrim, a la que el sombrero ya le tapaba por completo todo el ojo derecho, la interrumpió sin ninguna ceremonia.

—Las bases de nuestra sociedad se tambalean, amiga mía.

Y se quedó callada. No sabiendo si se trataba de una pausa dramática o que definitivamente se había quedado sin aire, metí baza.

—En esta tarde, al parecer, todo son sorpresas. Precisamente miss Thompson me estaba diciendo que tenía que comunicarme una, ¿no es así?

—No tiene ninguna importancia, de verdad. —Anémona parecía hacerse más y más pequeña en su asiento.

—Estoy segura de ello, querida, sobre todo si se compara con mis noticias —intervino mistress Pilgrim, que se toma muy a pecho que alguien le dispute su bien ganado puesto de cotilla local. Miró a su alrededor y, una vez se hubo asegurado de que las tres la observábamos atentamente, aún sin colocarse el sombrero, comenzó—: No sé si recordarán que el último baile el joven Bouvril...

—Me solicitó todos los bailes —dije para finalizar la frase.

La viuda me lanzó una mirada que hizo que guardara silencio inmediatamente.

—Le solicitaría todos los bailes, pero, a partir del segundo, desapareció del salón sin que se le volviera a ver, ¿verdad?

—Bueno, es un Bouvril, no esperaba que recordara al mismo tiempo cómo volver del saloncito de fumar y que tenía que bailar el cotillón, ¿verdad?

Mistress Pilgrim siguió hablando, ahora más lentamente, como saboreando las palabras.

—Y, sin duda, también se darían cuenta de que a la joven Agnes Mallowan nadie pudo localizarla tras los primeros bailes, ¿no es cierto?

Nos miramos unas a las otras porque, francamente, ninguna se había dado cuenta.

—Continúe, querida —mi madre rompió el silencio.

—Pues bien, no solo se produjo la ausencia notoria de ambos en la fiesta, sino que además la duquesa abandonó la velada sin su hijo, habiendo recibido un recado de que unos amigos lo habían acompañado de vuelta a casa. Pero cuando llegó a su mansión... —Aquí hizo una pausa dramática y nos miró a todas intrigantemente, cosa que habría sido mucho más impactante si no hubiera tenido el ojo derecho tapado por completo por las plumas de su sombrero—. Pero cuando llegó a su hogar descubrió que, aunque era tarde, su hijo no había regresado a casa.

Tomó aire y se movió hasta el borde de su asiento.

—Ni Agnes regresó a la suya. ¿Entienden lo que quiero decir? Ambos desaparecieron del mismo baile y ninguno regresó a su hogar. En *toda* la noche. ¿Comprenden lo terrible que es?

Pero para ser terrible, la verdad es que sonreía bastante.

—Y otra cosa, ¿ese jarrón azul es nuevo? ¿Dónde lo han comprado? —preguntó mirando la mesita de su derecha, que incluso cuando está realmente ocupada nunca se olvida de su sagrado deber de husmear un poco en las casas ajenas.

Después de unos cuantos «ohs» y «ahs» (aparte de las pertinentes explicaciones sobre el jarrón), mistress Pilgrim continuó contándonos la terrible historia haciendo solo algunos descansos para darle algún trago al brandy, donde el pájaro del sombrero sufría un serio peligro de morir ahogado.

Te resumiré el resto de la historia y sin ave del paraíso de por medio (de nada):

Apenas amaneció, en las casas de ambos jóvenes se habían recibido idénticas notas, en las que, por lo visto, se contaba que habían huido juntos a otro condado, donde un pastor amigo de la pareja —y del generoso bolsillo de Bouvril— les habría convertido en matrimonio incluso antes de que se recibieran dichas notas por sus respectivos destinatarios.

—¿Agnes Mallowan y Bouvril? Nunca les he visto ni siquiera cruzar una palabra —exclamé—. Claro que en el caso de él eso tiene una explicación.

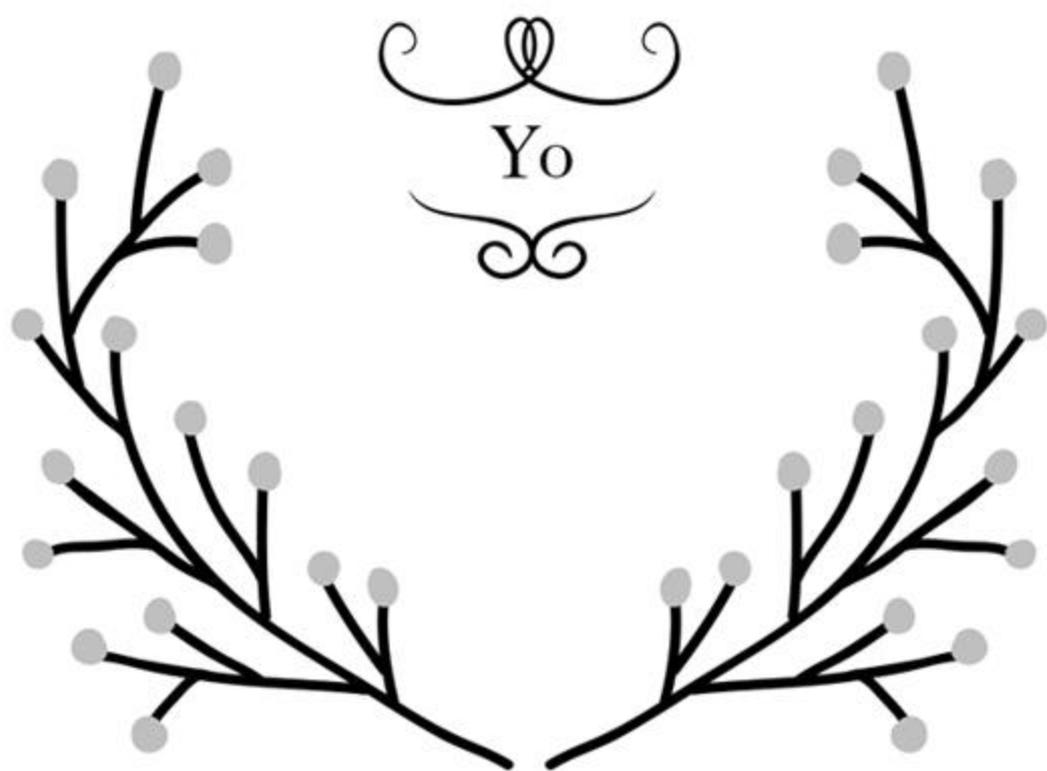
Parece ser que en Londres (aaaah, Londres) se habían tratado mucho durante la pasada temporada, tanto que la duquesa se empezó a preocupar por la excesiva familiaridad y, conocedora de la inexistente dote de Agnes, se opuso abiertamente a tanta visita y tanta confianza.

O bien porque era ya demasiado tarde, o quizá precisamente por la prohibición, los jóvenes se comprometieron en secreto. A partir de entonces, en público comenzaron a evitarse y, mientras planeaban su fuga y matrimonio, se dedicaban a frecuentar la compañía de otros jóvenes por los que no sentían (ejem) interés de ningún tipo.

Cuando el relato llegó a este punto, las tres me miraron fijamente durante un segundo, para desviar la mirada también a la vez y comenzar a hablar al unísono sobre el terrible tiempo que estábamos sufriendo en los últimos días.

Ellas sabrán por qué.

Recibe la cordialidad del afectísimo saludo de tu amiga,



Capítulo 29



La visita de los prófugos



Querida Edwina,

Te ruego que me disculpes porque me he dado cuenta de que hace ya varias cartas que no te pregunto por tu salud ni por la de tu familia, especialmente por la apoplejía que amenaza con darle a tu tío si sigue visitándote Freddy Ploverhead.

Algo así ha estado a punto de darle a mi madre esta mañana, o eso me ha parecido, cuando la he oído exclamar, y digo exclamar porque se trata de una Hawthornetone-Williamsmith, que de cualquier otra diría que gritaba como una posesa:

—¡El sol ha caído del cielo! ¡El infierno se ha congelado! El... el... ¡El canal de la Mancha ha desaparecido y ahora estamos unidos al continente!

Como todas estas imprecaciones no son propias de ella, lo primero que pensé es que el jardinero había vuelto a descubrir dónde guarda Branson el whisky bueno, ese que mi padre nunca ha llegado a probar.

Pero justo después me he dado cuenta de que podía ser algo relacionado con el desclasado Skeffington, cuya identidad sigue siendo un misterio. Cuando mi familia intentó obtener algún tipo de explicación, fue imposible localizarlo en Arlington Road, residencia que al parecer abandonó poco después del último baile. Aunque más sorprendente aún es que el propio lord Arlington también se encuentra ausente, sin dar una explicación, y que el último lugar en el que se le vio fue en mi propia casa cuando me desveló la mentira de su compañero.

¿Tú qué crees, Edwina? ¿Debo preocuparme de que dos caballeros, nada menos, desaparezcan misteriosamente justo después de estar conmigo?

Aunque más me inquieta pensar en que Skeffington me haya engañado vilmente, mintiéndome sobre la naturaleza de sus intenciones (de las que jamás ha dicho una palabra, ahora que lo pienso) y, lo que es peor, sobre su patrimonio y árbol genealógico. ¿Y lord Arlington? ¿Habrá ido en su búsqueda para pedirle explicaciones?

Preocupada por todas estas incógnitas, he bajado presta al encuentro de mi madre, y digo presta porque soy una Hawthornetone-Williamsmith, que si no diría que he corrido escaleras abajo, pensando que había llegado alguna noticia que confirmara mis peores temores acerca de Skeffington.

El ver a mi madre mirando una nota que tenía en la mano con gesto indignado me ha terminado de preocupar, pero creo que he podido disimular:

—¿Qué ocurre, madre? ¿Mistress Pilgrim ha vuelto a traernos su pastel de riñones?

—Es increíble, Bouvril ha entregado su tarjeta a Branson y espera que les recibamos a él y a su esposa. ¡Su esposa, la llama!

¿La pareja fugada? Saber que no se trataba de algo deshonroso sobre mi galán me hizo relajarme, además pensé que una fuga hacía quedar bien hasta mi beso con un hombre misterioso. Mientras, mi madre seguía exclamando muy ofendida:

—Yo, aceptar a una mujer que se ha fugado, ¡fugado! Que se ha fugado con un hombre, ¡con un hombre!

Claro que más sorprendente hubiera sido que Agnes hubiera huido con un ama de cría, no se puede negar, he pensado yo, pero he preferido no decir nada porque ya me he dado cuenta de que estos pensamientos profundos que a veces tengo no siempre son bienvenidos, quién sabe por qué.

—Es inaudito. ¡Inaudito! En mi casa. ¡Mi casa!

Estarás de acuerdo conmigo, Edwina, en que la actitud de ambos es muy reprochable, pero hay que reconocer que por lo menos nos ha dado la oportunidad de poder decir inaudito, que no se decía inaudito en esta casa desde que descubrimos que en realidad nadie conocía de nada a ese señor que venía a cenar los jueves desde hacía tres años.

Antes de que siguiera diciendo lo mismo, ¡lo mismo! (perdón, se me ha pegado), Branson, que seguía de pie frente a ella, con la bandejita de las tarjetas en la mano, emitió una tosecilla. Branson, al ser el más digno de toda la casa, no tiene funciones corporales de ningún tipo, por eso no tose, si acaso emite algún carraspeo solo para avisar de algo discretamente.

—Discúlpeme, milady, ¿puedo preguntar si se les recibe formalmente? ¿O prefieren que dé órdenes de que suelten a Lord y a Duke, que tengo entendido que hoy se han quedado con hambre?

—Por supuesto que sí, claro que los recibiremos. Si no, ¿cómo íbamos a poder criticarlos? Por favor, hágales pasar, pero esfuércese en poner un gesto de superioridad moral aún mayor que de costumbre.

—¿El de dignidad ofendida, milady?

—Sí, pero muy ofendida, que se trasluzca ampliamente la condena de la sociedad a su ignominiosa conducta.

—¿Ese gesto? Perfecto, es mi especialidad, señora.

—Pero a ella, ¿eh? A él le puedes dar la impresión de que en el fondo se le perdona porque no ha sido más que una travesura. Los hombres, ya se sabe, se dejan atrapar por malvadas sirenas como Agnes —intenté imaginarme a Agnes como una sirena, pero fue algo demasiado desagradable, no por la cola y las escamas, sino por cómo se le pueden quedar esos rizos suyos con la humedad— que los arrastran al pecado, a ellos que no tienen capacidad de raciocinio y...

—Madre, Branson se ha ido hace cinco minutos y nuestros invitados ya están en la puerta.

—Oh... Sí, bueno hija, recuerda, «dignidad ofendida», ¿eh? Cuando recuerdo todos esos bailes que le concediste a Bouvril... esos bailes que, que, que... ¡Que te los devuelva!

En ese momento la sirena y el que no tenía capacidad de raciocinio entraron en el salón.

Nos saludamos durante varios minutos: reverencias, más saludos, más reverencias, más saludos... Como ves, fue algo muy frío, que casi rozaba la mala educación.

—Querido duque —exclamó mi madre—, es para mí un inmenso honor poder recibirlos a usted y a nuestra estimada amiga Agnes. Queridísima Agnes, ¿puedo decir que estás especialmente radiante esta mañana?

Como ves, mi madre cuando se pone dura, se pone dura.

—Es usted muy aaam.

Adivina quién sembró esta flor en el jardín de la poesía británica.

—... Muy amable en recibirnos sin haberle avisado de nuestra visita. Esperamos no causarle ningún trastorno —continuó Agnes.

—No es ningún trastorno, amiga mía.

—No, no, insisto en que las hemos pillado de improviso, no hay más que ver a su hija, a la que sin duda hemos interrumpido a medio peinar.

Respondí a tan encantador comentario con una reverencia, que quería decir (y ella lo sabía): «¡Ah, mi queridísima Agnes, cómo voy a echarte de menos cuando sufras un espantoso accidente de caza en el que los sabuesos de tu marido te ataquen y devoren lentamente hasta que no quede de ti ni ese lazo tan espantoso que llevas en el sombrero!».

Por su mirada, comprendí que había entendido perfectamente todo, incluido lo del lazo, así que continué:

—Mi estimada amiga, hoy estás especialmente resplandeciente, debe ser el matrimonio.

Con lo que quería decir: «Porque estás casada, ¿no? Lo digo porque como nadie ha asistido a esa boda misteriosa que quizá no haya llegado a celebrarse».

Ella me sonrió y contestó:

—Tú sí que resplandeces, no creo que no haya soltero de la zona que no te considere una jovencita adorable. («Claro que se ha celebrado mi boda, claro que sí, no como la tuya, que solo se celebra en tu imaginación»).

—Cómo anhelaba poder felicitarte en persona, amiga mía. («A ti, porque al bóvido de tu marido da igual lo que le diga, que no se va a enterar»).

—Es un detalle encantador. («Seguro que te habías creído que ibas a ser duquesa, ¿verdad? Pues ya puedes borrar de tu diario de colegiala el nombre de mi maridito y tu nombre de casada con él»).

—No tan encantador como vuestra visita. («Tranquila, solo había puesto “señora duquesa de eeem”»).

Mi madre ha interrumpido este amable intercambio, dirigiéndose al recién casado.

—Y dígame, estimado amigo, ¿cómo se encuentra su madre de salud?

—Lamento tener que decir que se encuentra en cama desde que volvimos de eeemm, ummmm.

Esta vez, nadie le terminó la frase, aunque todas sabíamos qué era lo que quería decir.

—Espero de todo corazón que se restablezca y pronto la podamos ver de nuevo incorporada a nuestra vida social —respondió mi madre, aunque en realidad quería decir: «Estamos deseando ver qué cara pone en público».

—¿Me permites que sigamos llamándote Agnes sencillamente? («¿En vez de lagartija robahombres?») —pregunté yo.

—Por supuesto, amiga, por supuesto. («¿Te acuerdas de cuando te hablé mal de mí? Pues fue idea mía, y tú te lo creíste todo»).

—¿Y tu familia, querida Agnes? («Hay tanta gente que habla mal de ti, que no me sorprendió».)

—Pues mi familia se encuentra perfectamente, de hecho, mi padre declara sentirse mejor que nunca.

—Qué curioso, ¿eh? La duquesa se encuentra indispuesta al mismo tiempo que el señor Mallowan mejora espectacularmente de cualquier problema de salud. («Con la alegría de la herencia, es posible que hasta tu tía haya empezado a oír perfectamente»).

—Y sus hermanos, ¿todos bien de salud? —Mi madre seguía dirigiéndose a Bovril, al tiempo que evitaba en lo posible ni tan siquiera mirar a la futura duquesa.

—Todos se encuentran eeeem.

—Perfectamente, lo que mi esposo («y recalco lo de esposo») quiere decir es que se encuentran perfectamente.

—... de caza, todos se encuentran de caza.

—Vaya, Agnes, parece que tu esposo no quería decir eso, claro, como lleva tan poco tiempo siendo tu esposo. («Si es que lo es»).

—¡Qué adorable malentendido! («Que sí, sí que lo es, por mucho que te pese»).

La conversación empezaba a decaer y la situación, a pesar de todos los esfuerzos, se notaba tensa. Claro que el hecho de que mi madre no les hubiera ofrecido asiento no ayudaba. Y es que, como me dijo después, ella podría recibir en su casa a cualquier sabandija indecorosa, pero no dejaría que cualquier sabandija indecorosa se sentara en sus sillas Sheraton.

—¿Residirán ustedes en Londres a partir de ahora?

—En cuanto uuum.

—Sí, en cuanto todo esté preparado en la mansión que será nuestro pequeño hogar como casados. («¿He mencionado ya que estamos casados?»).

—Exacto eeeeemm.

—... querida, exacto, querida —volvió a acabar la frase Agnes.

—Ummm —rumió Bouvril con un gesto que en su caso quería decir: «Qué contento estoy de no tener no ya que terminar las frases, ¡ni siquiera tengo que empezarlas!».

Decidí alargar un poco la conversación, en vista de que a la feliz recién casada se la veía cada vez más cansada y empezaba a cambiar el peso de un pie a otro. Así que planteé un tema de vital importancia, de esos a los que los británicos no nos podemos resistir.

—¿No les parece que esta temporada está siendo especialmente cálida? («Deberías estar avergonzada, Agnes. Fugarte en medio de la noche en compañía de un hombre... y además de un hombre tan poco atractivo»).

Agnes me miró con una mirada fulminante y lanzó un ataque final.

—Pero por las noches refresca. («No te parecería tan poco atractivo si supieras que posee más de cinco mil acres»).

—Es verdad, no se puede salir sin un chal a partir de las seis. («Te contestaría, pero eso supondría rebajarme a tu nivel... además de tener que reconocer que no tengo ni idea de cuánto son cinco mil acres ni vagamente»).

—Es cierto, refresca mucho últimamente, y como ya se está haciendo tarde y no queríamos que los recién casados cogieran frío por nuestra culpa... —dijo mi madre con gesto impaciente, aunque no eran ni las doce de la mañana.

—Oh, sí, por supuesto, no queremos importunarlas más —respondió Agnes con una reverencia—. Querido, es hora de que nos retiremos.

—¿Se van tan pronto? —exclamó mi madre, dirigiéndose a la puerta a grandes zancadas—. Qué pena, otro día vengan a visitarnos con más tiempo. Hija, despídete de nuestros invitados. No, no esperaremos a Branson, los acompañaremos personalmente a la salida.

Así nos despedimos formalmente, en medio de varias sonrisas de sincero desprecio, los inevitables umm y ammm, y la promesa de visitarles en su nuevo hogar.

Ya en la puerta no pude evitar volver a dirigirme a Agnes.

—Y no duden de que iremos a visitarles en cuanto la duquesa madre se haya repuesto («del horrible disgusto de tener una nuera que se va a gastar toda su fortuna en sombreritos tan feos como el que llevas hoy»).

Mi madre finalizó definitivamente la visita diciendo:

—Querida hija, no retrases más a nuestros invitados.

Lo que en realidad significaba: «¿No te he dicho que mantener conversaciones mentales con los invitados es de mala educación?».

Y más vale que te deje ahora mismo, porque otra cosa que me ha dicho muchas veces mi madre es que si el cartero pasa a una hora es que pasa a esa hora. ¡Me pregunto si algún día existirá algún tipo de mecanismo que permita que podamos echar las cartas al correo, sin necesidad de que el cartero venga a por ellas!

Tuya afectísima, tu cordial amiga que te saluda,



Capítulo 30



*Lo que contó el lord,
si es que era un lord*



Querida Edwina,

En estos últimos días no te he podido escribir porque, por una vez, he tenido algo más importante que hacer que intentar que los adorables perritos de mi madre no me muerdan los tobillos y los de mi padre no me arranquen la cabeza de cuajo. Y es que, si la anterior carta que te envié estaba cargada de noticias sorprendentes, prepárate para leer lo que ocurrió al día siguiente.

Lucy me estaba arreglando para salir de visita por toda la vecindad con la sana intención de poder paladear el dulce sabor del comportamiento totalmente inadecuado de los fugados, incluidas sus visitas sociales como matrimonio, y poder repetir, casa por casa, cuánto nos desagradaba su inmoralidad y cuánto placer nos producía poder comentarlo.

Pero Branson, todavía enfurruñado por el ajeteo de los últimos días, me anunció que alguien más tenía la falta de tacto de aparecer sin haber anunciado previamente su visita. Cuando le pregunté que quién era, me dijo que un joven noble con poco criterio social.

Bajé por las escaleras intentando parecer que no estaba a punto de faltarme el aliento interrogándome sobre cuál de los muchos nobles que conozco sería. O de los que no son nobles y se hacen pasar por nobles quién sabe con qué oscuras intenciones respecto a jovencitas inocentes que... Empiezo a comprender por qué el peso de mis cartas siempre inquieta al servicio.

En cuanto llegué al saloncito, contemplé con el corazón en un puño (qué asco, ¿verdad?) que el joven caballero que me esperaba era nada más y nada menos que... que... Venga dime, querida, ¿tú por cuál apuestas? Por favor, contéstame a vuelta de correo.

Era lord Skeffington, si es que ese era su nombre. Intenté ocultar mi azoramiento con una reverencia muy prolongada y haciendo un poco el tonto con el chal que llevaba, así como de cualquier manera, caído sobre los brazos, y que, para ser exactos, Lucy me había colocado de la manera más *descuidada* posible durante por lo menos un cuarto de hora.

—Lamento tener que comunicarle que en estos momentos no pueden recibirle mis padres, tal y como desearían.

—Tendré que privarme del placer de su compañía.

Recordé que miss Peabody había salido con mi madre, que, por lo que se ve, necesita más de una señorita de compañía que yo, porque últimamente están todo el día juntas comprando telas o haciendo visitas o... no, realmente es que mi madre no hace nada más en todo el día, así que es todo lo que pueden hacer juntas, o separadas.

—No sé si es correcto que una jovencita reciba sola a un caballero.

—Para ser sincero, esperaba poder hablar con usted en privado.

Después de la súbita desaparición y estando su identidad más que en entredicho, había pensando que cuando lo viera, debería hacerle objeto de mi desdén. Es más, yo pretendía indicarle con mis gestos donosos y mis palabras cortantes que reprobaba su engaño, tal y como hacía Violet en *La vizcondesa y el leñador*, pero una cosa es pensarlo y otra hacerlo, sobre todo cuando a una llevan enseñándole recato toda la vida y a azorarse en presencia de un caballero (o lo que sea).

Así que me senté, me puse aún más colorada y, mientras bajaba todavía más la cabeza y hacía más el tonto con el chal, esperé que notara que todo lo hacía con el mayor de los desdenes.

Después, creo que dije muy bajito (pero no estoy muy segura):

—A lo mejor podríamos ver si queda algún perro de mi padre por ahí.

Pero creo que no me escuchó, porque se sentó en el sillón más cercano, impetuosamente (o por lo menos como yo me imagino que es eso de ser impetuoso, porque siendo británica no hay muchos momentos en los que una pueda observar comportamientos impetuosos, la verdad).

—¿Qué opina usted de Londres? —me preguntó sin más preámbulos.

—No mucho, la verdad.

—Excelente, entonces. Milady, deseo solicitarle el placer de poder hacerle la corte oficialmente.

Pensé en qué podría decir que resumiera el cúmulo de pensamientos que en ese momento pasaban por mi mente, algo que expresara que estaba sumamente sorprendida con tamaño atrevimiento, al tiempo que dudosa sobre la auténtica naturaleza de sus intenciones, y sumamente inquieta sobre si se trataba de un embaucador pero... ¿Y si acaso se tratara del desafortunado caso de un noble víctima de un terrible error tipográfico?

Pensé en cómo traducir todo ese caudal de ideas a palabras, de la forma más correcta posible, pero total y absolutamente inequívoca. Me armé de valor, tomé aire y exclamé:

—Oh.

Seguidamente, y algo decepcionada con mi elocuencia, me quedé mirando fijamente la alfombra, sin atreverme a levantar siquiera los ojos.

—Si usted me concediera ese honor, y siempre con el permiso de su familia, me haría el hombre más dichoso de la tierra.

—Oh —insistí. Olvidadas mis aspiraciones discursivas y aceptada ya mi falta de argumentos, me dedicaba a estudiar la alfombra preguntándome si el dibujo consistía en flores rojas sobre fondo

verde o verdes sobre fondo rojo. La verdad es que bien contemplada sí que tiene bastante interés. ¡Ahora entiendo por qué miss Thompson la miraba tanto aquel día!

Él se levantó con el mismo brío que antes y empezó a andar arriba y abajo delante de mí, de manera que ahora veía sus botas pisando ora una flor verde, ora una roja, ora una morada, mientras yo me preguntaba por qué los ingleses tenemos un gusto tan dudoso a la hora de escoger colores.

—Verá, querida amiga, si es que puedo llamarla así, creo que comprendo su azoramiento y que se encuentre sorprendida ante mis palabras, ya que habrá sido consciente del interés que mostraba hacia una joven de la vecindad. ¿No es así? Pero si usted me lo permite, podré dar una explicación de mi comportamiento de las últimas semanas.

¿Agnes? Por favor, ¿quién puede pensar en la señorita Mallowan cuando se tiene cerca a la señorita Hawthornetone-Williamsmith? ¿Desde cuándo es Agnes rival para mí? Porque ser besada por un impostor, por un cazafortunas, pase, pero por lo menos que se trate de un impostor con un poco de gusto.

No era ese el tema que quería que me explicara, sino algo mucho más cercano a mi corazón de jovencita enamorada como: ¿son sus sentimientos puros? ¿De verdad no tiene título? Y, sobre todo, ¿de cuánto es su renta anual?

—Oh —repetí, y se ve que lo tomó como un «Por favor, explíqueme qué ha ocurrido», porque pasó a contarme su historia.

—Pero aún más importante que aclarar ese punto, es que le diga algo que creo que le va a sorprender.

—Oh —que significaba: «No creería la de veces que se presenta gente en esta casa diciendo eso».

—Yo... yo no soy lord Skeffington, en realidad.

Guardé silencio porque lo sabía perfectamente y porque estaba concentrada pidiéndole al Altísimo: «Por favor, por favor, que sea salteador de caminos, pirata, soldado de fortuna, todo menos comerciante», pero, por la pausa dramática que hicieron sus botas encima de un floripondio amarillo (sorprendente la variedad cromática de este estampado) y porque me dio la sensación de que esperaba algún tipo de respuesta, dije lo que me pareció más sensato en ese momento.

—Oh.

Debió de quedarse muy satisfecho con mi elaborada contestación, porque reanudó su paseíto y continuó con su charla:

—Quería decírselo antes de que lo supiera por otro.

—Oh —respondí, pero en este caso quería decir: «Subestima usted la eficacia de nuestra red de cotilleo local».

—Como usted sin duda no ignora, miss Agnes es la segunda hija de un baronet de edad avanzada que dispone, gracias a su título, de una fortuna regular.

—Oh. —Y dije «oh» porque ahora sí que me había quedado sin palabras (no como antes, claro). ¿Son estos los temas de conversación de los impostores, la genealogía de los Mallowan? Además, una señorita no habla nunca de dinero y no puede preguntar qué significa eso de «fortuna regular».

—Después de haber enviudado de un matrimonio en el que no hubo hijos, a ya una edad avanzada, Mallowan decidió volver a casarse con una mujer mucho más joven que él (o sea, cualquiera), de la que al parecer se encaprichó a pesar de no tener ella apenas fortuna, ni regular, ni irregular.

»Pensaba que aquella joven le podría dar rápidamente un heredero para su título, y lo cierto es que la unión fue bendecida por dos hijas en poco tiempo. Aunque eso sí, ningún varón para el título de baronet. Supongo que aprecia la ironía... ¿no? Bueno, ejem, lo que importa es que ninguna de ellas heredaría nada en absoluto: ni de su padre, al ser muchachas, ni de su poco acaudalada madre.

»Mallowan no ha perdido la esperanza de concebir un muchacho que solucione este problema hasta fecha muy cercana, en la que se ha visto realmente anciano y con dos hijas casaderas que no van a tener ya un hermano que las acoja bajo su protección cuando él falte.

»Cuando comprendió que eso no iba a pasar, se decidió al fin a buscar a su pariente masculino más cercano destinado a recibir su herencia.

»No la aburriré con su complicado árbol genealógico, baste con decir que le faltan muchas ramas y que por sus propios medios le fue imposible deducir quién podría ser ese sobrino lejano. Así que decidió encargar a un abogado que localizara al susodicho... Se me está quedando la boca seca, ¿es posible que el mayordomo me sirva alguna bebida?

—Oh —exclamé sorprendida de mi propia falta de tacto social y preguntándome cómo a través de «ohs» podría convencer a Branson para que trajera un té, un jerez o lo que sea que se ofrezca a un lord que ya no es un lord, pero que parece extraordinariamente bien enterado de los cotilleos de los Mallowan.

Toqué la campanilla esperando ver aparecer a Branson. Y así fue, solo que justo detrás de él apareció también miss Thompson que, sin tardar ni un segundo, soltó su habitual «Tengo que decirle algo que sin duda le...».

Entonces vio a lord... bueno, a quien fuera en ese momento que la observaba interrogante, me miró a mí y, sin esperar más respuesta que nuestras asombradas miradas, resopló, musitó algo como «Da igual, si lo mío no es importante», se giró y desapareció de nuestra vista.

Aquí debo hacer una pausa, querida amiga, sabiendo que tú también (y, sobre todo, nuestro cartero) necesitas un descanso.

Recibe el saludo cordial de tu amiga afectísima,



Capítulo 31



Lo que el lord,
o lo que fuera, siguió
contando



Querida Edwina,

Tras la extraña y breve intervención de mi *sencilla* amiga y de que, por fin, mi acompañante masculino repusiera las fuerzas gracias al refrigerio traído espontáneamente por Branson, mi visitante se aclaró la voz y continuó su charla.

—¿Dónde me había quedado? Ah, sí, en el abogado. Pues bien, el leguleyo realizó las convenientes investigaciones y por fin localizó al heredero legal que, como con toda seguridad ya habrá descubierto, era yo mismo.

En cuanto oí la palabra «heredero» decidí que ya era el momento de que se me pasara la timidez, y de paso la tortícolis, y levanté la vista de la alfombra.

No, por supuesto que no había descubierto que era él, pero ya que parecía hacerle tanta ilusión al hombre, decidí ocultar este pequeño detalle.

—Fui citado en su despacho y, después de comprobar mi identidad, me explicó todo lo relativo a mis parientes lejanos. En cuanto conocí la triste situación de las hermanas Mallowan, y dado que era yo quien disfrutaría de lo que correspondía a su padre mientras ellas se verían en la lamentable tesitura de buscar marido sin apenas dote, sentí que mi deber me exigía reparar en parte este agravio contrayendo matrimonio con una de ellas.

»Pero una cosa es ser un caballero y otra muy diferente es no tener... ¿cómo decirlo? No poder... En fin, que pensé que lo mínimo era conocerlas, pero sin tener la presión que supondría en nuestras relaciones la extraña situación que el reparto de la herencia provocaría entre nosotros. Comprende, ¿verdad?

No, no había comprendido absolutamente nada porque, siendo sincera, ni soy capaz de mantener la atención tanto tiempo ni sabía cuándo me descubriría que era el hijo secreto de un pirata y una novicia demasiado aficionada a los paseos extramuros. Pero no sabiendo cómo expresar esto y temiendo, por otra parte, que la escasa variedad de mis palabras pudiera aburrirle, buscaba desesperada qué contestar.

—Ah —respondí al fin, dándole un giro refrescante a mi conversación.

Debía de estar esperando algo así, porque continuó complacido.

—En definitiva, que tracé rápidamente un plan y le prometí al abogado una sustanciosa compensación si de momento no comunicaba el resultado de sus pesquisas al baronet y, al contrario, me proporcionaba a mí suficiente información de esa rama de la familia; de manera que pudiera conocer discretamente a mis primas y comprobar si debía, gallardamente, ofrecer mi mano a alguna de ellas. O si no sería mejor que me guardara la gallardía y les regalara alguna pequeña casita apartada donde vivir dignamente su pobreza, mientras yo me bebía con tranquilidad el mejor oporto de la bodega de su padre. Acordado esto, unos días más tarde, el letrado —¿no estaba hablando de un abogado?, me preguntaba yo— ya me había conseguido unos datos de los Mallowan que me iban a resultar muy útiles. Me dijo que la hermana mayor estaba prácticamente comprometida con un joven de un nivel social tan inferior que había aceptado el matrimonio a pesar de la dote irrisoria. Por lo tanto, la única hermana soltera era lady Agnes, que estaba a punto de abandonar Lon... —puso los ojos en blanco— la capital, para dirigirse a este lugar del país aprovechando que aquí comenzaba la época de bailes y demás distracciones potencialmente casamenteras.

»Recordé que uno de mis colegas del internado, lord Arlington, vivía en esta zona. Y pensé que nada más natural que este me invitara a pasar unas semanas con él y que aquí me relacionara con su círculo social, en el que se encontraría Agnes Mallowan. Sin embargo, por prudencia, decidí pedirle que me presentara a todos con una identidad falsa, y de ahí el nombre inventado.

Bueno, pues ahí se acababa la explicación, ¿no? Ya me estaba levantando para dar por concluida la visita, pero siguió hablando y me senté de nuevo.

—Así que me acerqué a miss Agnes decidido a conocer sus intereses, sus gustos... y descubrí que todos se podían resumir en una única palabra: Londres.

—Algo había oído —no pude evitar interrumpirle.

—Durante seis semanas no he parado de oír comentarios sobre Londres al hilo de cualquier afirmación o pregunta que yo le hiciera: «Lleva un vestido encantador, señorita», «Es que es de Londres». «Parece que hoy hace un tiempo de lo más desapacible», «Esto nunca ocurre en Londres». En fin que, francamente, no encontraba la compañía de miss Agnes tan encantadora como yo hubiera imaginado, sobre todo cuando ya había conocido a una joven dama que había empezado a cautivar me. No me haga repetir quién es, por favor.

Y en ese momento era él el que miraba la alfombra.

Te dejo un momento, querida Edwina, para que suspires un poco, yo lo voy a hacer por mi parte: ¡aaaaaah!

—Pero estaba atado de pies y manos —qué incómodo, ¿verdad?—, dudando constantemente entre mis sentimientos y mis obligaciones con los Mallowan, que ya me empezaba a convencer de que tampoco eran tantas, porque, total, solo me iba a quedar con todo aquello que poseían.

»Hasta que en el baile de hace unas noches encontré a mi prima más despistada que de costumbre. Es más, en un par de ocasiones hice alusiones a la capital y ni siquiera respondió. Cuando le dije que Londres me parecía un lugar feo y ruidoso y ni se inmutó, comprendí que algo ocurría. ¿Qué sería? ¿Se habría dado cuenta de que mi cortejo no era sincero, o quizá le apretaba demasiado el corsé?

»Poco después, a pesar de haberme prometido un baile, había desaparecido de la fiesta. Cuando me di cuenta de que el lamentable futuro duque de Bouvril también se había esfumado de la sala, empecé a intuir que no podía ser una casualidad. Supongo que usted también lo notó. Intenté poner cara de «por supuesto».

—Así que en cuanto abandoné la fiesta, llamé a mi criado y le pedí que a primera hora de la mañana fuera, con la excusa de realizar unos recados, a la mansión de los Bouvril y a la de esa tía tan rara de miss Agnes, y que con cualquier excusa sonsacara a la servidumbre si los jóvenes habían vuelto a casa.

»En fin, que pronto volvió con la noticia del escándalo que a mí, personalmente, me liberaba de tan odioso deber.

»Hubiera venido en cuanto lo supe para hablar con usted, pero mi buen amigo lord Arlington — estará bien tener un marido un poco crédulo, ¿verdad, Edwina?—, preocupándose únicamente por mi bienestar, me sugirió que antes de hablar con usted irreflexivamente, emprendiera viaje para consultar todo el asunto con mi familia.

»Y ahora que me han dado sus bendiciones, soy libre para decirle que es usted una criatura deliciosa, una mezcla entre ingenio y belleza incontestable. Y que sé que la amo porque me lo dice mi corazón y las mariposas de mi estómago.

—¿Usted también ha probado el pastel de riñones de mistress Pilgrim?

Nunca lo sabré porque se oyeron unos discretos golpes en la puerta y, una vez más, en el mismo día, Branson apareció más imperturbablemente enfadado que nunca anunciando otra visita que ignoraba las más elementales normas sociales.

—Si se trata de miss Thompson, que vuelve para contarme algo que quizá me sorprenda, dígame que estoy ocupada.

—No, se trata del otro joven caballero, que me extraña que venga ahora, porque es muy pronto para el té.

Nueva pausa y nuevas miradas amenazadoras de mi mayordomo si no le entrego ahora mismo esta carta que amenaza con convertirse en el volumen más grueso de toda la biblioteca de Paisley Manors.

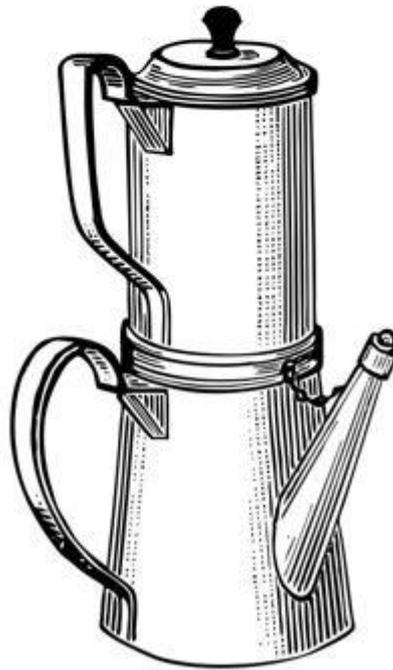
Recibe la cordialidad del afectísimo saludo de tu amiga,



Capítulo 32



Lo que el otro lord contó



Continúo, querida Edwina,

¡Lord Arlington en mi casa, junto a lord Skeffington, que ahora ya no era lord Skeffington!

El que era su amigo pero ahora era su rival por *mí*, que había sido capaz de traicionarle por *mí*, a punto de perder una amistad de años por *mí*.

Iba a irrumpir en cualquier momento y se produciría una espantosa escena entre ambos. Seguro que habría violencia entre esos hombres que ahora se disputaban mi amor. ¿Llegarían a las manos? ¿Se batirían en duelo por mi causa?

Quise llamar a todo el servicio: ¡Branson, Lucy, pronto! Buscad a toda mi familia, a mi madre, a mi padre, a Lord, a Duke, al que sea de mis posibles hermanos, a los vecinos, que venga quien sea y sobre todo mistress Pilgrim, que no falte mistress Pilgrim.

¿Para separarlos? No, por supuesto que no: ¡para que todo el mundo lo sepa! ¿Cómo es que nadie va a ver cómo dos caballeros se baten, e incluso mueren, por mí? ¿De qué sirve que la alfombra de las flores horribles se llene de sangre si nadie va a verlo?

Pero esto solo llegué a pensarlo, porque no soy tan rápida de reflejos y, antes de que llegara a lo de la sangre y la alfombra, lord Arlington ya había entrado rápidamente en el salón y sin apenas mirarme se había dirigido con paso firme hacia su ¿ex? amigo, acercándose mucho, muchísimo, mucho más de lo que según las normas sociales se considera correcto. Ya estaba esperando ver aparecer un guante en su mano y contemplar la inevitable bofetada cuando cayó a sus pies de rodillas.

¿Esta es la nueva forma de retar a un caballero, arrodillarse y bajar la cabeza? Será una moda extranjera, sin duda.

—Amigo, querido amigo, vengo a pedirle mis más humildes disculpas.

—Alce la vista, por favor —le contestó el falso lord Skeffington, emocionado.

—No, no puedo.

—Es que parece que no, pero una vez que te pones a mirar los dibujos de la alfombra resulta bastante entretenido —intervine.

—Me lo impide la vergüenza que no puedo evitar sentir por mi inexcusable comportamiento.

—Por favor, se lo suplico, levántese y explíquenos qué ha sucedido —le respondió su amigo (o lo que fuera).

Lord Arlington se levantó del suelo, se sacudió discretamente el pantalón —lo que me lleva a sospechar si no habrá en esta casa demasiada manga ancha con el servicio y su rendimiento— y comenzó a hablar.

—Como bien sabe, pertenezco a una de las familias más antiguas de la región y esto ha sido motivo de orgullo desde que nací. —¿Será de la familia de Lord y Duke?, me pregunté.

»Pero últimamente, y esto se me hace muy difícil de decir, las cosas no han ido tan bien como yo quisiera. Al liquidar los bienes de mis padres después de su lamentable fallecimiento, descubrimos que una serie de malas inversiones por parte de mi abuelo, seguidas de una serie de compras desafortunadas de mi padre, habían precipitado a mi familia a la más absoluta de las bancarrotas.

»Al parecer, vivimos por encima de nuestras posibilidades desde hace años y tenemos acreedores distribuidos por cuatro o cinco condados. Tanto Arlington Road como nuestra casa de Londres están hipotecadas hace tiempo y, si nada lo remedia, pronto las perderemos. Tampoco el matrimonio de mi hermana fue especialmente brillante y su numerosa prole no ayuda demasiado.

»Incluso hemos tenido que faltar a todo decoro para rechazar visitas de los vecinos que, habiendo conocido Arlington Road en sus momentos de esplendor, descubrirían ahora cómo habían desaparecido la plata, las obras de arte... Solo nos atrevimos a aceptar que se alojara en nuestra casa porque no la había conocido en su estado original, cuando vivíamos en el lujo y aún tomábamos las comidas con vino, el té con azúcar y el pan con...

—¿Levadura? —me aventuré a preguntar.

—... y el pan con mantequilla. Todas las esperanzas de la familia en poder salvar algo del patrimonio familiar están colocadas sobre mis aristocráticos hombros, y en eso es en lo único que pensaba cuando comencé a cortejar a lady Hawthornetone-Williamsmith.

Carraspeé por si acaso no se había dado cuenta de que la citada lady Hawthornetone-Williamsmith estaba precisamente delante de sus arruinadas narices.

—Ese fue el único motivo de frecuentar esta casa; bueno, ese y los sándwiches de pepino que nos ahorran la merienda de los niños. Pero le juro, querido amigo mío, que nada, absolutamente nada más, me impulsaba a venir a verla.

Que creo yo, Edwina, que ya había quedado claro la primera vez, no es por nada.

—Todo parecía ir bien excepto por la insistencia de Bouvril. Aunque tampoco lo veía un rival muy serio y, francamente —esto lo dijo sonriendo orgulloso—, creo que soy capaz de convencer a una jovencita atolondrada de que acceda a una petición de mano interesada.

En esos momentos, querida Edwina, empecé a estar de acuerdo con Branson: realmente deberíamos restringir las visitas de según quién a esta casa.

—Siento tener que reconocerlo, pero me resigné a pensar que si otros habían aportado a mi apellido honores, títulos y tierras, yo por lo menos conseguiría una esposa de veinticinco mil libras —dijo con pena, sacudiendo la cabeza—. Pero en cuanto supe que usted, mi inseparable compañero de estudios, la deseaba cortejar, comprendí que debía ganar tiempo como fuera. Una vez que conseguí que usted saliera de escena, aunque fuera brevemente, vine a esta casa con intención de hacerle parecer poco fiable.

Su amigo (o lo que fuera) abrió la boca, pero Arlington no le dejó pronunciar ni una palabra (tener un marido que no consiga meter baza en la conversación está bien, ¿verdad, Edwina?).

—Cuando salí de aquí me sentía un miserable, un ser abyecto capaz de traicionar a su camarada y de casarse con *cualquiera* con tal de medrar.

Edwina, amiga mía, lo de cualquiera tampoco es muy bueno, ¿no?

—No pudiendo soportarlo, cabalgué sin ningún rumbo, dispuesto a olvidarlo todo en la primera taberna que encontrara. La fortuna quiso que esa taberna fuera El Oso y el Calamar, y no, yo tampoco sé dónde se han podido conocer esos dos, y que allí, para mi sorpresa, me encontrara con nuestro camarada de estudios Applebee.

—Applebee, ¡el viejo truhán! —le interrumpió emocionado su compañero.

—Sí, increíble dar aquí con él, ¿verdad?

—¿Recuerda cuando le robó la toga al Tortuga?

—¡El Tortuga! ¡El profesor de matemáticas!

Llegados a este punto de la conversación, decidí que era el momento adecuado para salir al tocador un rato sin que a la vuelta nadie se hubiera percatado de mi ausencia, aunque habiéndome ahorrado varias apasionantes historias de brutal camaradería estudiantil que se desarrollaban entre las más sonoras risotadas.

No sé cómo empezaría la tierna escena que ambos recordaban —llenos de nostalgia— cuando yo volví al saloncito, pero acababa así:

—... y creo que aún están buscando el ojo.

Más carcajadas y, al fin, secándose las lágrimas y casi sin aliento, reanudaron la conversación.

—Aaaaaah, el viejo Applebee. Bueno, ¿y qué se contaba?

—Pues desde que fue expulsado por aquella minucia del ojo, ha prosperado en el ejército y, por lo que dice, está más que claro que la situación política en Europa hoy en día es un auténtico polvorín. Y si, con suerte, estalla el conflicto, hay grandes posibilidades para los oficiales de sacar tajada. Yo le pregunté si era seguro que habría guerra y él me dijo riendo que por supuesto que habría una auténtica matanza.

—Qué magnífica noticia —exclamó su amigo.

—Una carnicería, qué maravilla —añadí yo, por si acaso se habían olvidado de que estaba ahí.

Lord Arlington seguía hablando con entusiasmo.

—Sí que lo es. Porque con el nombre de mi familia y mi título podré ser oficial sin ningún problema y, en cuanto quiera darme cuenta, un ayuda de cámara me estará lustrando las botas mientras desde mi camarote veo cómo masacran a la marinería a mi cargo. ¡Por no hablar de lo lejos que tendré a mis sobrinos! Amigo, por favor, nunca dude que jamás, jamás, jamás, tuve el más mínimo interés en lady Hawthornstone-Williamsmith, y que solo y exclusivamente me acerqué a ella por su dote; y que si no hubiera sido por mi extrema situación personal, nunca, bajo ningún concepto, ni siquiera pensando en una renta anual tan jugosa, en ningún caso, créame, me hubiera fijado en ella.

No sé, Edwina, a lo mejor soy un poco suspicaz, pero comienzo a dudar de la sinceridad de sus sentimientos cuando me cortejaba.

—Caballero, permítame que le diga que es un auténtico... amigo —afirmó el antiguo lord Skeffington, claramente emocionado.

No era la palabra amigo en la que yo estaba pensando.

Se abrazaron demostrando su cariño mutuo de la única forma que dos auténticos hombres pueden demostrar la amistad: golpeándose fuerte y repetidamente la espalda el uno al otro.

—Debo marchar ya. Considere esto una despedida y recuerde que cuenta con mis bendiciones y mis mejores deseos —exclamó lord Arlington, muy emocionado, cuando por fin se separaron. Y cuando ya empezaba a creer que me había fundido con el estampado del sillón en el que me encontraba sentada, se giró hacia mí, hizo una reverencia y dijo—: Como siempre, lady Hawthornetone-Williamsmith, no puedo expresar con palabras el enorme placer que me ha producido disfrutar de su compañía.

—Yo soy la que no tengo palabras para expresar lo que me ha producido su visita.

Y así, sin más, cruzó la puerta del saloncito y desapareció —espero que durante largo tiempo— de nuestra vista.

Su amigo se quedó de pie mirando hacia la puerta y no pude evitar fijarme en que tenía los ojos enrojecidos y que incluso algunas lágrimas se le escapaban, aunque supuse que no querría reconocerlo.

—Está muy emocionado por su partida, ¿verdad? —le pregunté al fin.

—Sí, eso y que creo que me ha roto una costilla. Si no fuera mucha molestia, ¿podría pedir que avisaran a un médico, por favor?

Y así fue, Edwina, como el primer día de mi primer cortejo oficial acabó con la llegada del doctor Watkins, y aunque generalmente se dice que la que menos se desea en una casa es la visita del médico, en este caso no fue la visita más desagradable del día, ni mucho menos.

Afectísimo recibimiento de tu cordial amiga (no sé, creo que me he liado),





*Final feliz y además...
¡muy bonito!*



«Contar con grandes ingresos es la mejor receta para la felicidad
que he oído».

La abadía de Northanger



Capítulo 33



*Aún quedaba otra sorpresa
(más aún, de verdad, que sí,
que es en serio)*



Querida Edwina,

Reconozco que estas semanas no han transcurrido como yo esperaba: el cortejo formal —que yo imaginaba repleto de románticas poesías, románticos paseos y de cualquier otra cosa que se te ocurra a la que se le pueda anteponer la palabra «romántico», cosas que creía que disfrutaría junto a mi pretendiente— se ha visto limitado a unas cuantas notas en las que me explicaba que la fuerza de sus sentimientos no era menor, pero que la de su espalda sí, ya que, desde la efusiva muestra de cariño de su compañero de estudios, se encontraba guardando el más estricto reposo según consejo médico.

Hace un par de días, su criado trajo un recado para mis padres en el que solicitaba el placer de su presencia y se disculpaba, con mucha floritura, por no poder visitarlos y tener que pedirles que acudieran a Arlington Road, donde les recibiría gustoso.

Mientras Lucy me peinaba esa noche, me contó en confianza que en la nota explicaba también que deseaba consultarles un tema de la máxima importancia. No pude pegar ojo en toda la noche al no poder de dejar de darle vueltas al asunto. ¿Querría hacerles *la gran pregunta* o más bien consultarles sobre algún buen linimento que se pueda comprar por la zona?

Al día siguiente seguía tan inquieta que decidí salir al jardín, a pasearme un poquito con mi chal estratégicamente caído a medio brazo, que una cosa es estar inquieta y otra muy diferente no saber llevar un chal en condiciones.

Al fin volvieron mis padres y después de unos quince minutos de oír cómo sus voces se acercaban y se alejaban alternativamente, en medio de ese laberinto de setos que es el jardín del ala norte, por fin los vi aparecer.

En cuanto mi padre me vio, se mostró inusualmente efusivo.

—Hija. —Hice una reverencia esperando que continuara hablando—. Verás, jovencita, hemos de comentar algo contigo de la máxima importancia para tu futuro. Estoy... es decir... que estoy... —Un inoportuno ataque de tos frustró tan prometedor comienzo—. Estoy seguro de que tu madre quiere comentártelo a solas.

Y seguidamente desapareció entre los arbustos con la única compañía de una mirada asesina de su esposa.

Yo no me ofendí porque sé que a mi padre no se le dan bien estas cosas y además sus obligaciones como terrateniente (esquilmar las reservas de caza de la zona y pasearse con displicencia entre sus aparceros) le reclaman.

Mi madre me tomó del brazo y continuamos el paseo juntas.

—Querida, seguramente no ignoras cuál es el interés que tiene cierto caballero en tu persona, ¿verdad?

—Ji, ji, ji, ji.

—Por esas risitas deduzco que no lo ignoras, o que no tienes ni idea de a qué caballero me refiero. —Suspiró—. Espero que sea lo primero y que no haga falta que sea yo quien te lo cuente, teniendo, como tienes, a Lucy para que te explique estas cosas y, si no lo hace, francamente, no sé para qué sirve una buena primera doncella. En todo caso, te comunico que el joven caballero alojado en Arlington Road ha solicitado formalmente tu mano a lord Hawthornetone-Williamsmith.

Me miró a los ojos y creo que adivinó que estaba confusa.

—Tu padre, hijita, que se lo ha pedido a tu padre. Algo sabías sobre la proposición que nos iban a hacer, ¿no es así?

—Ji, ji, ji.

—Eso ya lo has dicho, criatura. —Volvió a suspirar, cosa que le ocurre con una frecuencia inusitada cuando se encuentra hablando conmigo—. ¿Significan esas risas que no te desagrada este proyecto matrimonial?

—Ji, ji, ji.

—No sé por qué, pero sabía que ibas a responder eso.

—Verá, madre, sí que lo sabía y no, no me desagrada. He de decir que al principio no estaba interesada en dicho caballero, pero después, cuando hemos empezado a conocernos mejor...

—¿Conoceréis? —exclamó riéndose—. Ah, mi dulce niña. ¿Por qué crees que os conocéis vosotros? ¿Por un par de bailes? ¿Por una nota entregada furtivamente? ¿Un beso robado, quizá? Nadie se conoce por esas cosas.

—¿Y eso es malo? ¿No debería casarme?

—*Au contraire*. —Mi madre, como yo, sabe poco francés pero le saca mucho partido—. Jovencita, eso es lo mejor de todo. Mira, querida, un buen matrimonio, sólido y duradero, se basa precisamente en el desconocimiento mutuo; que si ya lo supiéramos todo el uno del otro, nos aburriríamos enseguida, y hay que tener en cuenta que tenemos toda la vida por delante para descubrir todas y cada una de las cosas que nos irritan profunda y malsanamente de nuestro cónyuge.

»Es más, ¿tú crees que si yo hubiera conocido de verdad a tu padre me habría casado con él?

»A los jóvenes de hoy en día se os permiten demasiadas libertades. En mi época, apenas si podías tratar con alguien del otro sexo. Nos veíamos mucho menos y aun cuando nos encontrábamos nos servía de poco ya que, por ejemplo, era difícil saber cómo era una mujer debajo de tanta falda y tanto miriñaque.

»Incluso después de casarse, cuentan que tu tío segundo, lord Harrington, se enteró de que su esposa era coja tras dieciocho años de matrimonio, cuando su terrier favorito, en medio de la caza del zorro de Shropshire, decidió salir corriendo con su pata de madera en la boca en vez de con el zorro, para gran disgusto de lady Harrington y profundo deleite del zorro en cuestión.

—¿Y qué ocurrió después?

—Al zorro no tengo ni idea, pero me lo puedo imaginar, aunque, no sé si se lo debo contar a una jovencita tan impresionable como tú, se oyeron rumores de que Skippy y la pierna iniciaron una feliz convivencia en la costa de Cornualles.

Después de tan edificante historia, seguimos caminando por el jardín, ella delante y yo siguiéndola muy de cerca, más que nada, porque si perdiese a mi guía por ese laberinto de arbustos, no creo que encontrara el camino de vuelta a la mansión ni en un millón de años. Y quizá mi prometido, después de todo, se cansara de esperar.

—Y qué decir de las pelucas, hija. Ten en cuenta que entonces estaban de moda las pelucas para mujeres y hombres.

—Todavía hay algunos hombres mayores que las llevan. ¿Es que echan de menos esa moda?

¿Cuál es la palabra para esa gente, madre? ¿Nostálgicos?

—Alopécicos, hija, la palabra es alopécicos. —Volvió a suspirar y siguió hablando con aire nostálgico—: Hija, he de confesarte que en lo primero que me fijé de tu padre fue en que llevaba una magnífica peluca. Es más, al poco tiempo de la boda descubrí que lo único magnífico que tenía, de hecho, era la peluca.

Alcanzamos el paseo principal que lleva a nuestra casa cuando ya empezaba a aburrirme mortalmente porque la conversación se había desviado peligrosamente de lo único que podría interesarme: mi compromiso y yo misma. Justo en ese momento, vimos que por el camino avanzaba una muchacha hacia nosotras.

—Creo que se acerca tu amiga miss Thompson. Os dejaré solas para que podáis hablar a gusto y yo no tenga que oírlos a disgusto.

Y se perdió entre los setos. Y digo bien, se perdió, porque a eso de las ocho tuvo que salir Branson con una partida de rescate.

Cuando me encontré con mi joven invitada, tomamos asiento en un banquito muy cuco que tenemos estratégicamente colocado delante de una fuente y que viene muy bien para, con la excusa de contemplar algún pajarito bebiendo o esa estatua tan desagradable de un cisne que parece que está escupiendo el agua que sale, para poder disimuladamente quitarte los zapatos un rato.

Tomé la palabra, encantada de que Anémona me brindara la posibilidad de presumir de mi compromiso a domicilio.

—Querida, tengo una gran noticia que es posible que le sorprenda —le dije y, oye, según lo decía, me parecía que esta frase me era vagamente familiar.

—Ruego que me disculpe por interrumpirle, pero antes de eso deseo felicitarle por su compromiso matrimonial.

—¿Cómo puede saberlo ya, querida amiga?

—Mistress Pilgrim se ha pasado por nuestra casa y nos ha dado la buena noticia.

—¿Mistress Pilgrim sabía que me comprometía antes que yo misma? Yo apenas lo sé hace unos minutos.

—Pues ella nos lo ha contado a mi padre y a mí hace ya un buen rato. En realidad, desde que nos lo ha dicho, me ha dado tiempo a terminar la comida, dar de comer a las gallinas, tender la ropa y despedirme de mi padre, que ha decidido sustituir su sermón de esta semana por una felicitación por su compromiso matrimonial.

—O sea que no solo lo saben en la vicaría, es que antes de mañana a las doce lo sabrá todo el pueblo.

—No creo que haya que esperarse al domingo: mistress Pilgrim me ha dicho que se iba de prisa porque tenía varias visitas más que hacer por la vecindad, así que sospecho que lo sabrá todo el condado antes de una hora.

—Mirándolo bien, nos evita tener que dar una fiesta para anunciar el compromiso.

Francamente, ya no sabía con qué darle envidia a mi protegida, teniendo en cuenta que sin duda sabía más detalles de los que conocía yo sobre mi propio compromiso. Así que decidí cambiar de tema.

—En fin, dígame, querida, ¿cuáles son sus novedades? ¿No tenía algo que contarme? Me suena algún asunto que me iba a sorprender, o algo por el estilo, ¿no es así?

—Oh, nada importante. Al fin y al cabo, ya no es ninguna sorpresa, pronto lo va a conocer por otros medios, me temo.

—Comprendo, lo sabe mistress Pilgrim.

—Más bien me refería a que hoy mismo será comunicado oficialmente.

Cada vez estaba más sorprendida. ¿Qué me tendría que comunicar oficialmente alguien tan *humilde* como Anémona? ¿Que se ha hecho un vestido con unas cortinas, o unas cortinas con un vestido, o unos trapos con un vestido que sacó de unas cortinas?

—Pero cuéntemelo. ¿Para qué estoy yo si no es para escuchar a una buena amiga como usted cuando lo necesita?

No pude evitar fijarme en que ponía los ojos en blanco, quién sabe por qué, antes de contestarme.

—Bueno, verás, resulta que hoy mismo va a anunciarse un nuevo compromiso en su familia.

No pude evitar reírme.

—¡Querida! ¡Qué cosas dice! ¡Cómo va a casarse alguien más en mi familia! ¿Quién más hay que pudiera casarse?

—Su hermano Vincent.

—¡Pero si es solo un niño!

—Tiene diecisiete años, los mismos que tengo yo.

—¿Ah, sí? ¿Tiene diecisiete ya? Ahora que lo pienso, creo que alguien lo mencionó hace poco. En fin, hay que ver cómo crecen estos muchachos tan... que... que corren tanto y que montan tanto a caballo. Pero eso es una tontería. ¿Con quién se va a comprometer? Si no sale de Paisley Manors, ni va a bailes, ni conoce más jóvenes que a mí y a...

—Y a mí.

Créeme, Edwina, que en ese momento habría pedido las sales si no me hubiera quedado muda por completo. Anémona, sin embargo, me miraba muy tranquila desde el banco, donde parecía muy confortable como si... como si... ¡Como si todo esto fuera a ser suyo! Me sonrió y empezó a hablar con mucha serenidad.

—Comprendo lo que está pensando, querida amiga, que las diferencias de clase entre su familia y la mía, tan *humilde* es la palabra, ¿no? Tan *humilde* son muchas. Pero Vincent y yo hemos estado hablando de esto largo y tendido, y al final hemos llegado a la conclusión de que, aunque al principio esta elección pueda chocar a sus padres, tarde o temprano verán que no resulta deshonoroso para ninguna familia (por muy noble que sea) emparentar con un honorable miembro de la Iglesia anglicana. ¿No le parece?

Se quedó mirándome como esperando a que le contestase algo. Pero de mi boca no salía ni un solo sonido, aunque parpadeé un par de veces para que supiera que no había muerto.

—Me tomaré eso como un sí. Además, siguiendo con nuestro razonamiento, como bien sabéis vuestro hermano es el heredero único y forzoso de, en fin —dijo, lanzando una mirada a su alrededor—, de todo esto y no necesita que su mujer aporte aún más a su fortuna propia. Para resumir una larga disertación: que se puede casar con quien le plazca.

Parpadeé dos veces más.

—Además, después de esta magnífica noticia que acaban de recibir gracias a usted, sus padres estarán en la mejor de las disposiciones, ya que su gran preocupación era casar a su hija

mayor —llámame suspicaz, Edwina, pero yo creo que ha dicho *mayor* con cierta intención—, y el matrimonio de su hijo menor, aunque no sea el soñado, les parecerá bien.

Muchos más parpadeos.

—Veo que sigue estando de acuerdo conmigo. Y con seguridad, también estará de acuerdo en que, en el improbable caso de que aun así se nieguen e insistan en separarnos a cualquier precio, hay algo que les convencerá definitivamente y es que el compromiso ya es público.

—¿Cómo es posible?

—Me alegra ver que se incorpora a la conversación y que ha conseguido sacarse la polvorilla del ojo. Pues verás, he aprovechado la visita de la viuda más, ejem, comunicativa de nuestro entorno para darle la buena noticia de nuestro compromiso. De manera que ahora mismo está contando que se van a celebrar dos bodas en Paisley Manors dentro de poco. Si no me equivoco, antes de esta noche habrán empezado a llegar las felicitaciones. Y estoy segura de que sus padres jamás querrían afrontar el escándalo de un compromiso roto en el último momento. ¿No cree, querida amiga?

—¿Por qué no me... no me...?

—¿Por qué no se lo dije antes? Pues verás, llevo intentando decírselo las últimas tres semanas, con un resultado que podríamos calificar de poco satisfactorio. Sea como sea, creo que será mejor que me marche ya, porque quizá no sea la visita mejor aceptada en esta casa el día de hoy.

—¡Pero miss Thompson!

—¡Por favor! No me llame miss Thompson. Puede llamarme hermana o, si quiere ser más formal, lady Hawthornetone-Williamsmith. Porque, como bien sabe, aunque algunos la llamen así en la región, el título corresponde de momento a su madre; y el día que ella nos falte, día este que creo que he adelantado sustancialmente, yo seré lady Hawthornetone-Williamsmith. Qué curioso, ¿verdad?

Y sin más, se levantó, hizo una reverencia y se marchó dejándome con la palabra en la boca, porque aún no había conseguido preguntarle lo más importante: «¿Y cuál de los dos es Vincent?».

Recibe cordialidad y saludos afectísimos de tu amiga,



Capítulo 34



El final, pero de verdad.
Lo que algunos llaman
epílogo



Querida Edwina,

¡Edwina, hoy por fin, ha llegado el día! ¡Hoy es el día de mi boda!

Apenas si te he escrito desde que me comprometí, pero es que he estado sumida en una vorágine de felicitaciones y preparativos. La que se mostró más afectada con mi compromiso fue miss Peabody, que lloró desconsoladamente al saberlo.

—Qué amable, me conmueve, de veras, yo también le he cogido cariño, pero guarde alguna lagrimita de felicidad para el día de la boda.

—Me ofende: no lloro de felicidad, las señoritas de compañía nunca lloramos de felicidad, raramente tenemos motivos para ello, y además, sería poco profesional.

—¿Ah, no? ¿Y por qué llora entonces?

—Pues porque ahora que no tengo que hacerle de carabina a la señorita, perderé mi trabajo y no sabe lo difícil que es encontrar una ocupación adecuada hoy en día. Además, me he acostumbrado a la deplorable relajación de costumbres de esta casa, donde no me escaldan con el té ni me desprecian públicamente.

—Sí, es lo que tenemos los Hawthornetone-Williamsmith, que al final se nos coge cariño, a nosotros y a nuestra, ¿cómo ha dicho?, ¿deplorabilidad?

—¡Si hasta la señorita me ha regalado un abanico! Y mi sueño siempre ha sido no tener que esconderme detrás de los abanicos de las demás para hacer comentarios maliciosos.

Yo intentaba animarla utilizando mis mejores razones, pero con tan poco éxito que no podía evitar pensar en lo conveniente que hubiera sido regalarle también unos cuantos pañuelos.

—Y ya nadie me muerde las canillas desde que desaparecieron los dulces perritos de la señora.

—Tiene razón, y es curioso, hace tiempo que no se les oye. Ya decía yo que me sentía más contenta y ahora veo que no es por estar comprometida.

Miss Peabody seguía llorando desconsoladamente.

—¿Ve? Ahora digo canillas, una palabra de todo punto reprochable; en esta familia me han acostumbrado tan mal que no valgo ya para que me insulten y me lancen desde la almena más alta de ningún castillo.

—Lo que no veo es por qué se tiene que ir de Paisley Manors, puede quedarse con mi madre, que ahora que me voy, no tiene a quién ponerle gesto de resignación después de escucharle hablar. Y me he dado cuenta de que han hecho muy buenas migas, el otro día, incluso me dijo que le podríamos pagar otro vestido.

—¡Yo, teniendo un tercer vestido! ¡Qué locuras dice! Pero... ¿Pero que me quede para hacer qué?

—Pues... compañía. ¿No? Anímese, yo hablaré con ella para que la contrate.

—¿Cree que le hará caso?

—Sería la primera vez, pero ahora que voy a ser una mujer casada, quién sabe. Por otra parte, también puede venirse con mi marido —¡he dicho marido!— y conmigo por temporadas, porque un marido no digo yo que esté mal, pero a la hora de acompañar, usted es la experta.

—Visto así...

—¿Quién le hará si no esas labores horribles a mis hijos? ¿Quién les hará vivir la experiencia de llevar desde la cuna, prendas de punto que pican horriblemente?

—Me abrume —contestó, bastante aliviada.

—Lo digo de todo corazón. ¡Todos los niños necesitan alguien que les provoque una urticaria de por vida!

Y así ha sido, todo se solucionó convenientemente y miss Peabody no abandonará nuestra familia. Y ahora estoy más tranquila, sabiendo que el día de mañana mis futuros hijos (¡he dicho hijos!) tendrán quien les explique quiénes eran esos cuatro caballeros a los que tanto gustaba cabalgar juntos y antes de acostarlos les cuente bonitos cuentos sobre niños abandonados por sus padres en un bosque y brujas antropófagas que los devoran acompañados con tostaditas y mermelada.

Por fin ha llegado el momento, después de semanas de preparaciones, modistas, carreras y desmayos en mi casa. O mejor dicho, en la que hoy mismo dejará de ser mi casa, ahora que lo pienso. Y la que empezará a ser la casa de Anémona, lo que es aún más sorprendente.

Y es que en otra habitación, cerca de la que me encuentro, está miss Thompson, a punto de dejar de ser miss Thompson. Pues sí, Edwina, mi *sencilla* amiga va a pasar a ser, sencillamente, mi cuñada.

Será agradable tener a una amiga formando parte de la familia, ¿verdad? Agradable e inesperado, porque reconozco que nunca se me había ocurrido la idea de que una amiga pudiera convertirse en parte de mi familia. Ni siquiera sospechaba que alguien de tu familia te pudiera caer bien.

El otro día, sin ir más lejos, nos estábamos probando juntas sombreros y ahí, entre plumas y risas, me dijo:

—Quiero aprovechar este momento para decirle que siempre le estaré agradecida por haberme abierto las puertas de la parroquia (es un símil, amiga mía), para que pudiera conocer un mundo

muy diferente. Y ahora que conozco ambos ambientes, puedo quedarme con lo mejor y lo peor de cada uno. Y he de decir que si en algo gana su mundo, y el que ahora será el mío, es en los banquetes, los vestidos y creo que no me disgustará demasiado —se sonrió— cuando tenga servicio. ¡Ah, y esos té! Esos té acompañados de bandejas de varios pisos llenas de pasteles, eso es algo que nunca le agradeceré lo suficiente que me mostrara. ¿Lo peor? El *whist*, tener que acudir a las veladas musicales de mistress Watkins —un escalofrío recorrió la espalda de ambas— y los sándwiches de pepino.

En fin, Edwina, que prefiero a Anémona en mi casa que a alguien como no sé... ¡Agnes!

Respecto a mi familia, tal y como preveían los novios, aunque al enterarse mis padres (ambos) tuvieron que pedir las sales que yo misma no pude hacerme traer aunque las necesitase, al final accedieron al matrimonio. Sobre todo porque mistress Pilgrim efectivamente lo había cacareado con tanta eficacia que toda la comarca estaba ya enterada del compromiso a la hora de la cena.

Hay que reconocer que después del impacto inicial (del impacto, las sales y tres copitas de brandy), mi madre se mostró bastante satisfecha de tener a miss Thompson como nuera, pues al fin y al cabo la conoce y cree que la puede mangonear a su antojo. Y va contándole a todo aquel que la quiere escuchar —o que no quiere y no se escabulle lo suficientemente rápido— que mucho peor hubiera sido que mi hermano se hubiera casado en secreto con una pobretona con ínfulas como Agnes.

Mi padre, al prestar poca atención a todo lo que concierne a la configuración social de nuestra pequeña comunidad vecinal, al principio exclamó horrorizado: «No tendré que pasarme las reuniones familiares gritando al oído a la tía sorda, ¿verdad?». Así que cuando le explicamos que no, que no era la de la tía sorda, se mostró bastante más satisfecho.

Hay que agradecerle a la nueva señora de Bouvril que haya conseguido unirnos a todos en el convencimiento de que preferimos tener en la familia a cualquier otra mujer del país.

Así pues, en estas semanas de preparativos nupciales, miss Thompson, quizá contenta por estar a punto de dejar de tener un apellido tan vulgar, ha accedido de buena gana a todas las amables sugerencias y sutiles consejos que le ofrecemos mi madre y yo sobre su pelo, su ropa, su ajuar y cualquier otra decisión con respecto a su inminente vida de casada sobre la que no nos ha pedido opinión alguna.

La mala suerte es que, así entre nosotras, Anémona está demostrando tener una memoria espantosa y es incapaz de acordarse de absolutamente nada de lo que se le aconseja amablemente y que acoge con mucha sonrisa y mucho asentimiento de cabeza. Yo creo que con cada movimiento de cabeza, se le escapa cada una de las sugerencias. Sin ir más lejos, acabo de ver su vestido de novia y no se parece en nada al que decidió libremente que le quedaría tan bien como decía mi madre, y es sorprendentemente similar (idéntico, diría yo) al que ella quería al principio. Otra buena noticia es que juntas han encontrado un pasatiempo en común, y es que mi futura... inminente cuñada es una auténtica experta en costura, algo que antes hacía por necesidad, y ahora hará por afición o por lo menos por afición a tener contenta a su suegra, ya que mi madre se ha apuntado a la reciente moda de las labores con retales con tanto entusiasmo que ha mandado hacer varias decenas de vestidos con tejidos primorosos, solo con la intención de poder hacerlos retales después.

Incluso creo que han conseguido convencer a miss Peabody de que deje de bordar uno o dos tormentos del infierno a los que es tan aficionada y se una a ellas en interminables veladas de costura.

Créeme, Edwina, al decirte que cuando me pongo triste pensando que al contraer matrimonio me tengo que despedir de mi familia, amigos y todo aquello que he conocido hasta ahora, recuerdo esas veladas de costura y al instante tengo más ganas que nunca de casarme.

Hay que reconocer que mi padre tenía ciertas reticencias pensando que el reverendo no podría aportar nada para los gastos de la boda, pero en cuanto supo que se podrían unir ambas celebraciones y que la familia de mi prometido lo pagaría casi todo, se animó considerablemente. Así que al final da la impresión de que todos estamos contentos, incluso Lord y Duke parecen algo más satisfechos esta última semana, y los pequeños perritos de mi madre tampoco molestan,

de hecho hace unos cuantos días que no se los ve por ninguna parte, desde hace exactamente una semana. Qué casualidad, ¿verdad?

Así que hoy todo está preparado y todo es de lo más selecto: las flores, la comida, nuestros vestidos... Y todo, todo, todo terminará por ser pagado por la herencia que jamás recibirá Agnes. Ah, ¿existe acaso mayor felicidad?

Por cierto que mi gran amiga Agnes y el futuro duque se han esforzado mucho para que todos supiéramos que habían vuelto al redil —no me preguntes cómo me ha venido esta imagen a la cabeza— después de su inesperada fuga y han sido perdonados por tan escandaloso comportamiento ahora que se han asegurado de que todo el condado sepa que son un matrimonio. En fin, que ambas familias los han perdonado. Aunque, como suponíamos, la familia de Agnes la perdonó más a ella, en vista de la fortuna con la que han emparentado, y que la duquesa, bueno... la duquesa le cuenta a todo el mundo que por lo menos su hijo no se ha casado con la hija de un párroco.

Tengo que finalizar esta carta, la próxima que te escriba será ya como una mujer casada. ¡Una mujer casada, Edwina! ¡¡Aaaaaah!! No sé por qué, pero creo que esto del grito resultaría más eficaz en persona. Así que prepárate, que será lo primero que oigas cuando vayamos a Londres a visitarte. Aunque no sé cómo será, porque mi futuro marido, cada vez que oye mencionar Londres pregunta si es poco masculino pedir las sales.

Por la ventana puedo ver cómo todos están ya preparados.

Ahí está la familia de mi prometido, el padrino de mi hermano que es —como no podía ser de otra manera— su amigo Vincent (espera, no consigo verles bien la cara desde aquí, ¿quién es quién? No sé, ¿a quién le importa?), Agnes del brazo de su marido (al que juraría que ahora mismo le está acabando una frase), lord Arlington de permiso con su flamante uniforme, un grupo sorprendentemente numeroso de pastores anglicanos (que o bien forman parte de la familia de Anémona o se nos ha colado un sínodo en casa).

¿Y quién más? Miss Peabody, que no para de abanicarse con mi regalo al tiempo que estrena un vestido nuevo. Ahí llega mistress Pilgrim hablando con todos, sobre todo al capitán Hursthall que la lleva del brazo, aunque sin cesar de atusarse el bigote cuando se cruza con alguna jovencita.

¡Cielos, Edwina, qué horror! Una bandada de pájaros amenaza con posarse en el jardín y arruinarnos la boda... ah, no, son los Fitzsimmons, a los que apenas se reconoce bajo la bandada del sombrero de miss Eleanora.

Y en fin, ahí están todos, atendidos por mis padres y mi prometido, que corre en dirección opuesta a su amigo, que amenaza con abrazarle de nuevo. ¡Ah, mi prometido!

Prometido que, una vez se recuperó de su costilla rota y se fijó fecha para la boda, solo he podido ver rodeado de un mar de familiares que discutían sobre los gastos de la celebración, mi renta anual, cuántos invitados eran admisibles, quién pagaría qué y otros detalles por el estilo.

Qué romántica es una boda, ¿verdad?

Hace un par de días, sin embargo, después de una de esas agotadoras sesiones entre ambas familias, cuando ya se habían despedido y parecía que se marchaban, él volvió corriendo con el pretexto de recoger unos guantes olvidados y me llevó aparte unos instantes.

—No tenemos mucho tiempo, mis padres me esperan en el carruaje, pero yo no puedo casarme sin decirle algo.

—¿Que me ama?

—Esto, sí, bueno, supongo, pero es que ¡ni siquiera sé cuál es su nombre!

—Ahora que lo dice, es verdad. Y ni siquiera recuerdo que se haya mencionado su verdadero apellido, pero, para empezar, ¿cuál es su nombre de pila?

—Algernon.

—Por todos los cielos. ¡Algernon! Qué nombre más... adecuado. Déjeme unos segundos para que me acostumbre a él. ¿Y el apellido?

—Pincus.

El resto de mi vida seré mistress Pincus. «¿Cómo está usted mistress Pincus?», me preguntará la gente y yo diré: «¿Cómo quiere usted que esté, llamándome mistress Pincus?».

Nos quedamos unos segundos en silencio, a la luz de las velas.

—Discúlpeme, pero ¿veo lágrimas en sus ojos?

—Es de la emoción.

Se oyeron unos pasos en el pasillo, sin duda de un criado que mandaban sus padres para pedirle que volviera pronto.

—Creo que me reclaman, pero antes tengo que preguntarle algo.

—Espero que no sea qué opino de ser la señora de Algernon Pincus.

—No es eso. Por favor, dígame, ¿cómo se llama?

—Jane.

—Lo sabía.

Agradecimientos

A mi editora, Miryam Galaz. Su trabajo, apoyo y buen gusto incontestable han hecho posible la publicación de este libro.

A Mónica Gutiérrez (

<http://serendipia-monica.blogspot.com>

), escritora, bloguera, amiga y mi primera correctora. Sin su ayuda, consejos y enmiendas, este libro es muy posible que no se hubiera completado. Y lo que es peor, no tendría las comas tan bien puestas.

A Isabel G. Orejas (

<http://www.fromisi.com>

), bloguera y sobre todo paciente amiga, siempre dispuesta a atender mis dudas, peticiones y paranoias.

A Yolanda de Pablos, mi lectora «menos uno», por sus palabras siempre amables y generosas. Pero que muy generosas.

A Manuel Olano, por su generoso ofrecimiento y paciencia infinita a la hora de hacerme las fotos.

A Miryam Villegas, por sugerirme incluir citas de Jane Austen.

A Mónica de @janeaustenmx, por facilitarme cientos de citas de Austen para escoger.

A todos los lectores de mi blog (

<http://loqueahorroenpsicoanalisis.blogspot.com.es/>

) por meterme en la cabeza la idea loca de que Edwina podría tener su propia novela. Y sobre todo, por seguirme todos estos años en pos de la dominación mundial.

A los autores de la incontable cantidad de libros sobre Jane Austen, su época, obra y vida, que me han supuesto una ayuda insustituible, especialmente *Jane Austen's Guide to Good Manners*, de Joshephine Ross (Bloomsbury).

A todos y todas los que hacen que Jane Austen tenga una presencia muy viva en internet a través de foros, webs, blogs y redes sociales, y que me han proporcionado una fuente de información inagotable para elaborar esta novela. No podría nombrar todos los que he consultado en algún momento, pero no puedo dejar de mencionar a: Jane Austen en Castellano (

<http://janeaustencastellano.wordpress.com/>

), Hablando de Jane (

<http://hablandodejaneausten.com/>

), El rincón de la novela romántica (

<http://www.rnovelaromantica.com/>

), Sociedad Victoriana Augusta (

<http://www.sociedadaugusta.com/>

) y El salón de té de Jane Austen (

<http://janeausten.mforos.com>

).

Y a Montse, por estar escogiendo ya el vestido. Una cosa Montse: en Estocolmo hace mucho frío.

Confesiones de una heredera con demasiado tiempo libre

Belén Barroso Guerrero

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web

www.conlicencia.com

o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, María Jesús Gutiérrez, 2015

© de la imagen de la portada, Gianluca Folì, 2015

© del diseño de interiores, María Jesús Gutiérrez, 2015

© Belén Barroso Guerrero, 2015

© Espasa Libros, S. L. U., 2015

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2015

ISBN: 978-84-670-4408-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Safekat, S. L.

www.safekat.com